La vida de un muerto

Óscar de la Borbolla



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



Óscar de la Borbolla (Ciudad de Méxic
Filósofo, poeta, escritor y profesor titular en
de Metafísica y Ontología de la Escuela Nac
Estudios Profesionales de Acatlán. Licen
máster en Filosofía por la UNAM, y do
Filosofía por la Universidad Complute
Madrid. Ha colaborado como articulista e
publicaciones periódicas: *Alfil*; *Blanco Móvil*;
El Nacional; *Excélsior*; *Los Universitarios*; *M*
la Cultura; *Revista Mexicana de Cultura*, ent
Con el relato «Las esquinas del azar» gana el
Internacional de Cuento Plural 1987, así
Premio Nacional de Humor La Sonrisa 1
Nada es para tanto. Es autor de los libros: *
para inconformes (2010), *La libertad de ser*
(2010), *Las vocales malditas* (2010), *El futur*
de nadie (2011), *El arte de dudar* (2017) *La*
de pensar (2019) y *Todo está permitido* (2020)

COLECCIÓN CONTINENTES

La vida de un muerto

Óscar de la Borbolla

La vida de un muerto

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Grupo Editorial Patria, 1998
2.ª edición en Grupo Patria Cultural, 2009
3.ª edición entre el Gobierno de la Ciudad de México y la Secretaría de la Cultura, 2004

4.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

La vida de un muerto
© Óscar de la Borbolla

CORRECCIÓN
Olga Molina

DIAGRAMACIÓN
Odalis C. Vargas B.

DISEÑO DE PORTADA
Mónica Piscitelli

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2026
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22,
urbanización El Silencio, municipio Libertador,
Apartado Postal 1010, Caracas, Venezuela

Teléfono: (+0058 212) 4828989

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
DEPÓSITO LEGAL N.° DC2025001515
ISBN 978-980-01-2593-9

A Beca, la razón de que todavía frecuente el mundo

I

Con las manos crispadas, Benito Correa se hundió en el ataúd: se acomodó para un viaje sin retorno: medio kilo de barbitúricos tragados con coñac le daban la certeza de que al día siguiente, cuando su esposa volviera, sería demasiado tarde para que intentaran salvarlo. A Benito Correa no le gustaba dar molestias a nadie. Contrató el ataúd, los servicios de cremación de su cadáver y hasta consiguió de modo fraudulento su propia acta de defunción: ¿para qué condenar a su esposa con los engorrosos trámites que ocasiona un suicidio o, peor aún, arriesgarse a terminar en un camión colector de basura?, pues de acuerdo con las muestras de desdén hacia su persona, esta conducta sería la más esperable en su esposa.

Dejó los documentos sobre el sofá de la sala, ahí acostumbraba poner los recados importantes, y ya vestido con un traje negro y bien maquillado para contrarrestar la previsible palidez que adquiriría su rostro, se metió en el ataúd a esperar su muerte. No quería ocupar sus últimos minutos repasando los motivos que lo habían orillado a

matarse. La decisión ya estaba en marcha, ¿para qué insistir? Era preferible pensar en otras cosas: en los días luminosos, en la sensación de la nieve que alguna vez le había jaspeado la ropa o en el mar, en ese mar que lo mismo se desdobla como un pergamino en la playa, que se estrella como un prisionero impotente en los acantilados. Había que irse del mundo con otro recuerdo en la memoria y se sirvió otro trago, porque haciendo cuentas no todo había sido tan grave ni tan lamentable. Fue así como el coñac, eficaz remedio de neurología cantinera, sumado al esfuerzo de cubrir la conciencia con puros ratos buenos, modificó la bioquímica de su pesimismo y le hizo entender que si estaba decidido a todo era una necedad matarse y se incorporó con la torpeza de un borracho que se ha reconciliado con la vida.

Benito Correa se puso a cantar y lo que minutos antes parecía una tragedia de ataúd, se convirtió en un escándalo de tocadiscos a todo volumen y de vecinos que llamaron a la policía porque un marica excesivamente maquillado no paraba de gritar por el cubo de luz su amor a la vida, y a rastras lo llevaron a la delegación para bajarle con una lavativa lo puto y lo borracho; aunque lo que en verdad le bajaron fue la muerte disfrazada de alcohol y el reloj y la cartera y el anillo, y ya no le bajaron el traje negro, porque con las patadas, la picana, el pocito de las inmundicias y el también reglamentario balde de agua helada había quedado inservible.

Benito Correa pasó la noche en los separos de la delegación en compañía de unos sujetos patibularios que, en cuanto lo vieron descuidado, se le fueron encima con intenciones sodomitas y se defendió como pudo en lo que llegaban los guardias que a garrotazos restituyeron la paz en los separos y, aunque Benito recibió su parte, la consideró una feliz actualización de la nalgada con la que tiempo atrás una partera lo había traído al mundo. Y contra los barrotes de la celda, sudoroso y

magullado, sintió que renacía, porque si había decidido quitarse la vida, bien podía quitarse de esa vida cuya lógica lo había conducido al suicidio. Empezaría de nuevo: abandonaría a su esposa, dejaría su trabajo, cortaría a sus parientes y, sobre todo, se desprendería del pasado: ya no se esforzaría por mantenerlo, que se hundiera de golpe o poco a poco en la desmemoria, pues no valía un carajo. Así, decidió asumir como propio el primer nombre que le viniese a la cabeza e inventarse una historia congruente con su actual circunstancia: la cárcel.

Me llamo Tony Lugano, le dijo al maleante que había iniciado la trifulca y este, que aún se sobaba los macanazos, se le quedó viendo sin entender lo que esa revelación significaba. Benito Correa repitió: Me llamo Tony Lugano. ¿Y qué?, le contestaron algunos de los detenidos. ¡¿Qué acaso no han oído de mí?!, dijo indignado y arrebató a un preso el abrigo sucio que usaba como almohada. Su desplante fue exacto: el cráneo del hombre resonó con fuerza al golpear en el suelo; pero, sobre todo, la amenaza de que los celadores volvieran mantuvo a todos quietos. Me llamo Tony Lugano, dijo una vez más y pidió un cigarrillo. Nadie hizo caso. Se puso de pie y con todas sus fuerzas descargó una patada contra las costillas del hombre que dormía delante: algunas manos se tendieron hacia él con sendos cigarros: ¡Lumbre, pendejos!, ordenó y se alumbró la celda. Yo sólo soy Abel Sánchez, dijo uno de los detenidos y, por supuesto, que sé de usted, maestro. Correa fingió no sorprenderse, aspiró el humo y permaneció callado. Abel se le acercó: Maestro, dijo con voz de reverencia, yo soy un simple carterista, pero quisiera, algún día, llegarle siquiera a los talones. No te será fácil, respondió y se quedó pensando cómo habría tenido que ser la vida de Tony Lugano, para que auténticamente mereciera la admiración del carterista y ese cigarrillo que disfrutaba gratis. Benito Correa imaginó la infancia de Tony, el instante fatídico que había marcado su destino.

Tony tendría, en ese tiempo, a lo sumo doce años y capitaneaba una pandilla de seis chiquillos que acostumbraban entrar a los supermercados a meterse en los calzones puños de cacahuates o, bajo la camisa, bolsas de papas fritas que luego tenían que tragar pulverizadas. Una tarde, Tony perdió definitivamente el interés por esa rapiña poquitera que nunca lo sacaría de pobre y que, encima de todo, resultaba nauseabunda, pues Héctor Pérez, su compinche más hábil para hurtar cacahuates, solía, por chico y por miedoso, zurrarse en los calzones y, después, ni lavando el botín se volvía comestible. Tony definió su vida diciendo: Esto sabe a mierda. Esto nos pasa por culeros, y el asco y el hambre le inspiraron el que habría de ser su primer gran golpe.

Benito Correa se brincó el recuerdo de los preparativos, los días de planear y ensayar una y otra vez lo que cada niño haría, y se fue directo a la escena del banco: al famoso lunes del que habló la prensa, porque los lunes eran el día en que ciertas señoras iban a la sucursal bancaria y ellos las habían elegido como madres postizas para entrar detrás de cada una sin despertar sospechas. Vigilaron durante semanas el banco hasta que cada quien escogió una madre apropiada: Una señora que muy seguramente tendría o podía tener un hijo como ellos; incluso Roque Segal, el vikingo huérfano, el mocoso menos estándar del grupo por ojiazul y rubio, se consiguió una madre que ni mandada a hacer: una bailarina de flamenco joven y despampanante a la que Tony se refería con el diminutivo «mamacita» haciendo enojar al imbécil de Roque, que se tomaba muy a pecho el que esa mujer fuera su madre.

Ya sólo había un problema: que ese día las «madres» no llegasen a tiempo o no se presentaran todas esa vez. Sin embargo, la fortuna había decidido apoyar a Tony y, tal como lo tenía planeado, las mujeres llegaron por goteo y los seis chiquillos, a medio paso de ellas, entraron en la sucursal

bancaria y ocuparon sus puestos; cada niño amagó con un arma a su respectiva madre, para que fuesen ellas las que perpetraran el asalto: A nosotros no nos van a tomar en serio, había dicho Tony y tenía razón, pues los policías al ver que seis mujeres amenazadas por sus hijos estaban asaltando el banco quedaron tan sorprendidos que, antes de que consiguieran reponerse, ya estaban desarmados. Diles que pongan el dinero en bolsas, ordenó Tony y no hizo falta que su presunta madre lo repitiera, pues la mayoría de los empleados ya se ocupaba de retacar con billetes unos sacos de lona. El plan salía de maravilla: las madres no sólo daban seriedad al asalto, sino que contagiaban su nerviosismo a los guardias suprimiendo en ellos cualquier asomo de heroicidad. Que nadie intente nada, dijo Tony desde la puerta: Esta mujer es nuestro rehén, y se llevaron a la madre de Roque, quien para colmo de facilidades había dejado su auto a unos metros del banco y, sin ningún contratiempo, salieron disparados.

La madre de Roque era una rubia de nariz pequeña y senos operados, cuyo atractivo, artificial o no, estaba fuera de discusiones; pero en ese momento su principal virtud era el espíritu de cooperación que mostraba: unas ganas de ayudar que iban más allá de su estricto papel de rehén, pues no sólo hundió el acelerador y se perdió por las calles metiéndose por aquí y por allá para que nadie pudiera seguirlos, sino que a través de un amplio rodeo los llevó a su casa y los invitó a quedarse hasta que pasara el peligro. Todos estaban encantados, salvo Roque Segal, pues según sus palabras: una madre decente no debía comportarse de ese modo y, menos, andar de resbalosa con el jefe de una banda de ladrones. Porque Laura Travis –ese resultó ser su nombre– luego de hacerse una rápida idea de las jerarquías de los niños y de echarle una ojeada al botín, empezó a derretirse por Tony y no hay derecho de que ese cabrón se aproveche: el dinero es de todos.

Que si serás pendejo, dijo Tony cuando Roque se le plantó delante para exigirle respeto: porque las madres de los amigos son sagradas y ni entre ladrones se mete uno con ellas. Qué te pasa, pinche loco, ella no es tu madre. Sí lo es, respondió Roque, yo la elegí. Pues elige otra. No, esta es la mía. Yo la encontré, yo la elegí, es sólo para mí y se le fue encima. El saldo fue un ojo morado, dos ceniceros rotos, unos cuantos raspones y el inicio de la grieta en la banda, pues Héctor y Paco defendieron a Roque; pero nosotros estamos contigo, dijeron a coro Jaime y Pedro. Tony dominó la situación al hundir la rodilla sobre el pecho de Roque: Ríndete, le dijo y, como Roque en vano trataba de zafarse, tuvo que aceptar su derrota o, mejor dicho, diferir su venganza para un mejor momento.

Laura volvió a la sala cuando los ánimos se habían serenado en apariencia y, aunque nadie le explicó la causa de los estropicios, entendió en el acto lo que había ocurrido: a Roque se le notaba a leguas su condición de huérfano: el chamaco había buscado por todos los medios despertarle un sentimiento maternal y a Tony, en cambio, se le asomaban otra clase de necesidades para las que ella estaba mejor dispuesta. Ven, le dijo a Tony, voy a curarte ese raspón que tienes en la frente y, refiriéndose a los demás agregó: Ustedes pónganse a ver la tele. Roque dio un portazo y se encerró en el baño.

Benito Correa aspiró hondo el humo del cigarro: el recuerdo de esa ficticia iniciación sexual terminó de convencerlo de que era preferible ser Tony, porque así, exactamente así, tendría que haber sido su vida: como la de Tony, que lejos de sentirse cohibido frente a Laura, sólo fingió que se sentía cohibido, pues no lo turbaba el roce de sus senos, porque Tony estaba sobre el borde de la cama y ella, de pie, tan cerca, tan tibia y perfumadamente cerca, limpiándole la herida y preguntando: ¿Te duele? No mucho, casi nada. De todos modos, tómame de la cintura y, si te duele el mertiolate, me aprietas.

Y él, obediente, la tomó de la cintura y sintió una descarga estática producto de las virtudes lubricantes del nailon y el satín, pues bajo sus manos el vestido se resbalaba sobre la pantaleta haciendo que la piel de Laura no dejara de moverse, de escaparse. Me haces cosquillas, dijo ella contorsionándose. Tony se abrazó a sus caderas y Laura lo detuvo. ¿Adónde vas? No tenemos prisa, deja que te cure la frente. No tengo nada en la frente, dijo Tony con un asomo de despecho infantil. Entonces, ¿adónde te duele?, preguntó y empezó a palparlo. Tony se recostó en la cama. ¿Aquí?, preguntó ella. Más arriba, respondió él. ¿Aquí? Sí, ahí, precisamente ahí, dijo cerrando los ojos.

Qué novedoso le resultaba no ser él quien abriera su bragueta, qué distinta era la sensación de no acariciarse él mismo, qué diferencia sentir las manos de una mujer jugueteando con su sexo. ¿Cómo sabía Laura la presión, la dirección y hasta el ritmo que debía imprimir a sus manos para tenerlo así? ¿Y ese placer formaría parte del botín, sería uno de los insospechados beneficios que, según decían, traía el dinero? Laura se montó sobre la cara de Tony. Él adelantó la nariz hasta hundírsela en la pantaleta: justamente donde el nailon irradiaba un calor especial. Era como si los grados de temperatura que le faltaban a Laura en las nalgas se le hubieran concentrado en el sexo y tuviese fiebre sólo allí; era una bocanada caliente que, por lo visto, o mejor aún por lo sentido, también le salía de la boca, pues Laura, con labios y palabras, se inclinó hacia él para enseñarle la existencia de esa lumbre que arde por adentro y que si quieres conocer completa, dijo levantándose, deberás darme parte del dinero. Tony abrió los ojos: Laura se repintaba los labios frente al tocador y él, en cambio, que se había quedado a una sola caricia de la meta, temblaba y tartamudeaba. ¿Que te dé qué?, dijo cuando por fin consiguió escupir su desconcierto. Que me des una parte

de la plata, repitió Laura pausadamente con una tranquilidad de frígida que habría congelado a cualquiera, pero que a Tony lo dejó como estaba, es decir, con el entusiasmo en ristre y la creencia de que así era el modo como sucedían esas cosas. Muy bien, dijo, tendrás tu parte. La quiero ahora, respondió ella. ¿Ahorita? Sí, ahoritita. Está bien, dijo Tony levantando los hombros y enfundándose los pantalones para ir a la sala donde todos, incluido Roque, miraban idiotizados la televisión; tomó una de las bolsas del botín y, con el entusiasmo en franco retroceso por culpa de los negocios, volvió a la recámara donde Laura, ya sin pantaletas, lo recibió como si nada, es decir, como si no se hubieran separado ni un instante y ella siguiera en la cima del furor diciendo, entre jadeos: Penétrame. Tony se acercó asombrado y, una vez más, su nula experiencia le hizo pensar que así pasaban esas cosas y, como aún tenía mucho que aprender, se deshizo del pantalón, saltó sobre Laura y el paréntesis comercial se convirtió en un mero parpadeo en el continuo del placer.

Porque Laura, además de las formas sugerentes con las que la naturaleza la había favorecido, tenía tantas horas de vuelo y sobrevuelo sobre los hombres, que le bastó con plantar los labios en el cuello de Tony para recuperar el hilo y hacer que su falo se levantara como el minutero de un reloj eléctrico que al llegar a las doce desapareció en un sentón que hizo que los ojos y el prepucio de Tony se fueran hacia atrás: los unos hacia arriba y el otro para abajo y para arriba, pues Laura, qué resortes, qué acuclillada manera de describir con las nalgas una espiral que a ratos descendía como plomada de golpe y a veces, más transroscada, corrigiendo a cada tanto el eje y el sentido de la rotación, giraba como el remolino caótico de una lavadora automática. Porque eso fue lo que ocurrió: primer tiempo, remojo; segundo, prelavado con desagüe; tercero, restregada intensa y, para terminar, un centrifugado tan

violento que arrasó hasta con las últimas manchas de la infancia de Tony, haciendo que comprendiera que lo dorado de la edad dorada no era sino una miserable cenefa de involuntarias eyaculaciones nocturnas.

Laura se abandonó sobre él: sexo retráctil y palpitante envuelto por sexo anegado y en paz; senos maduros de mujer contra pecho lampiño de hombre emergente sobre el que se extendió un incomparable bienestar que a los treinta segundos se convirtió en leve opresión y que al cumplirse el minuto resultó pesadísimo. Tony intentó moverse: Laura le impedía respirar, sacar el brazo, rascarse la nariz. Tony aún no sabía acomodarse bajo el reposo del amor: subir una rodilla y hacer que su compañera se deslizase a un lado; no sabía lo oportuno de encender un cigarrillo en momentos así, de echar mano de esa pirotecnia, socialmente bien vista, que obliga a las mujeres, de natural más encimoso, a alejarse, a que suspendan la invasión del espacio vital que pasado el placer vuelve a establecerse con su reclamo territorial, y la empujó: Me estás aplastando, dijo. Laura rezongó, le dio la espalda y se quedó dormida. Tras la puerta entornada, excitados y asustados, los demás niños de la pandilla, que desde el comienzo habían estado espiando, empezaron a jalonearse y a cuchichear entre sonrisas: ahora te toca a ti, vas tú. Roque Segal cayó de bruces en el centro de la recámara. Tony se incorporó y, con esa mirada que habría de caracterizarlo para siempre, hizo que Roque, rojo de coraje y vergüenza, se pusiera pálido y bajara la vista. Desde la puerta, los amigos le hacían señas para azuzarlo; desde su interior, el odio y el miedo lo mantenían inmóvil; ante él, esa mirada amenazante y el cuerpo de Laura como la prueba manoseada por Tony de que aquella mujer no era su madre. Roque retrocedió: era preferible la burla a esa evidencia de orfandad, a esa certeza de que Laura, aunque matara a Tony para

conseguirla, cuando mucho se convertiría en su mamacita, pero jamás en su verdadera madre. Y salió corriendo de la recámara y de la casa y de la pandilla jurando no salir nunca de la vida de Tony: a Tony lo perseguiría con su venganza para toda la vida y a través de todas las vidas en las que intentara esconderse. Para Tony fue un día especial: su primer asalto bancario, su primer enemigo para siempre y, de aquí en adelante, dijo Laura, no te conformarás con acariciarte. De cuanto ocurrió ese día, lo único lamentable para Tony fue perder a Roque, pues tan sólo ellos compartían un rasgo que los hermanaba plenamente: no tener madre; la falta de padre los hermanaba a todos. Héctor, Paco, Jaime y Pedro eran sólo sus medio hermanos: ellos tenían casa adónde ir: madres auténticas que los esperaban, aunque los esperaran con fastidio, y por eso cuando dieron las once de la noche ya se tenían que ir, para ellos se había hecho tarde igual que para Laura, que se comenzó a arreglar para largarse al cabaret, pues aunque lo que le había tocado del botín era una buena suma, eso no cancelaba su amor por el flamenco. Tony se quedó solo, únicamente para él y para Roque la vida había cambiado: únicamente para ellos a partir de esa noche todo sería distinto, pues ninguno de los dos habría de regresar ya nunca al cuarto de azotea, a la guarida, donde por tantos años habían comido cacahuates y papitas aderezados con mierda. Tony se quedó en la casa de Laura, y Roque Segal, dando tumbos por aquí y por allá, siempre cerca, siempre girando como un satélite de odio alrededor de Tony.

De bolsa en bolsa, y a cambio de unas técnicas de coito cada vez más delirantes, el botín fue pasando a las manos de Laura, pues de todo lo que le habían pronosticado a Tony, lo único que resultó puntualmente cierto fue aquello de que ya nunca se consolaría con masturbarse y, si antes había robado

por hambre ahora fue por placer, por pagarse el placer y por el gusto que sentía al sacar la pistola en los asaltos y exigir con voz de pito y ademanes de macho que todos se acostaran boca abajo.

En un par de semanas se disolvió la banda: Héctor fue el primero en separarse: un día su madre llegó con la sorpresa de que se casaba con un gringo y que se mudaban a Los Ángeles; luego se fue Pedro, quien no pudo resistir que los disparos pasaran rozándole la infancia y, con aquello de soy muy joven para matar o morir, se colocó de mozo en un supermercado donde colmó sus ambiciones atascándose de papas gracias a las propinas. También se retiraron Paco y Jaime, pero no por culeros, sino para unirse a Roque y formar una pandilla que no trabajara para sufragar las lujurias del jefe.

Tony se quedó solo y, aunque quiso que también Laura se quedara sólo con él, no pudo lograrlo: ella no había nacido para ser de un solo hombre y, menos, de un solo niño. Acéptalo, le dijo, así la pasaremos bien; pero él no quería ser uno más de aquellos que cotidianamente fornicaban con ella e hizo cuanto estuvo a su alcance para conseguirla en exclusiva: apoquinar todos los días su óbolo bancario y eliminar a sus rivales. Primero, concentró sus celos en el cabaret: se escondió bajo el tablado donde bailaba Laura y tras el biombo de su camerino. Pero de esos lugares no sacó nada en claro, pues, bajo la tarima, el taconeo de las bailaoras era tan atronador y caía tanto polvo que materialmente no había manera de averiguar quiénes eran los hombres con los que Laura se ponía de acuerdo, y tampoco ocultándose tras el biombo, pues era un camerino colectivo donde los pretendientes de las vedettes montaban una selva de ramos y de arreglos florales que no permitía ver ni las mudas de ropa: la sustitución del corsé gitano por la tanga, pues del flamenco pasaban a la salsa y de ahí a unos contoneos carentes de nombre que hacían que el

empresario del cabaret, un sesentón sudoroso y obeso, se acalorara e hiciera valer sus derechos de propietario de la pista de baile y de cuanta carne se exhibiera ahí.

Los celos homicidas de Tony encontraron la víctima adecuada, pues el empresario hacía desfilar a las bailarinas por su despacho y esa noche mandó traer a Laura: Señorita, le dijo, su actuación no me gusta, está usted despedida, entrégueme la tanga. Laura conocía las debilidades del patrón por la teatralidad y fingiendo angustia dijo: Por favor, no me corra. Estoy dispuesta a todo para conservar mi trabajo, necesito el dinero, mi madre está enferma. No me importan sus problemas, respondió él secamente y Laura se arrojó a sus pies: Por favor, pídame lo que quiera, declamó con el típico falsete de las malas actrices. ¿Qué mierda es esta?, protestó el empresario, ¡actúa bien!, y Laura, alborotándose el pelo, repitió con tono convincente: Por favor, pídame lo que quiera, mi madre está enferma... El empresario complacido se acarició la papada y ordenó: Quítate la tanga. ¿La tanga?, repitió ella tartamudeando. Sí, la tanga. Pero es que la tanga es todo lo que traigo. Por eso: quiero que estés desnuda. ¿Desnuda?, ¿completamente desnuda?, repitió ella y fingió un desmayo. En ese instante, el sonido de una pistola que se amartillaba hizo voltear al gordo para encontrarse cara a cara con Tony, que le dijo: Eres un cerdo y te vas a morir. El gordo, acostumbrado a todo, supuso que la ridícula irrupción de ese chamaco de voz pituda era un pilón dramático de la cosecha de Laura y, creyendo que formaba parte del elenco, dijo suplicante: No, no me mates... Te juro que no lo vuelvo a hacer... Laura abrió los ojos indignada y se levantó: ¿Qué haces aquí? He venido a protegerte, dijo Tony. Estás loco, vete. No, que no se vaya, pidió el empresario, me fascina su participación. Te voy a matar, repitió Tony con tal firmeza que el gordo cayó de rodillas extasiado y recuperó su papel: No, no me mates. Tony le puso

la pistola en la frente y Laura, asustada de veras, gritó: ¡No! en el mismo momento en que una bala calibre 22 rebotaba agrietando el lóbulo frontal del empresario.

Benito Correa fue ovacionado por los rufianes que se hallaban en la delegación: Abel Sánchez reverencialmente volvió a llamarlo «maestro» y él añadió sin ningún alarde: Sí, de esa forma me inicié en el asesinato: Laura se puso histérica, gritaba que estábamos perdidos. Las lágrimas le ensoparon el rímel. Cállate, dije y tuve que arriarle un puñetazo en el estómago para calmarla. Nadie había acudido por el disparo. Comprendí que el ruido del cabaret había acallado la detonación, que podía deshacerme del cadáver: demasiado gordo, incluso para arrastrarlo, pensé. Tenemos que partirlo, dije a Laura que ya más tranquila hacía esfuerzos por recuperar el aire: En mi camerino, dijo jadeando, hay una sierra eléctrica con la que cortan los arreglos florales. Y uno de los presos cometió la imprudencia de decir socarronamente: ¿A poco? Correa borró de una patada el comentario y disipó cualquier duda acerca de la veracidad de su historia, pues quien fuera capaz de arriar un puntapié como ese, era capaz de serrar las mantecas de un empresario de cabaret y de cualquier cosa.

Laura le cogió miedo a Tony, pero, como le daba más miedo coger con un solo hombre, siguió cogiendo con quien pudo y sintiéndose cada día más temerosa. En la lista de sangre siguieron un cantinero, un guitarrista y un bailarín a quienes Tony sorprendió con Laura la mañana en que volvía de un exitoso asalto. Tres bolsas retacadas de billetes a cambio de dos disparos, no estaba mal: era mucho dinero y, aunque todavía no lograba cotizar adecuadamente los favores de Laura, entró al departamento calculando que por esa suma... tal vez podría... a razón de dos diarios... tener amor durante seis semanas. Y ahí estaba ella, también haciendo operaciones matemáticas con sus compañeros de trabajo, pues el esbelto

bailarín parecía un 1, el guitarrista, pierna cruzada, un 4, el cantinero bebe cerveza, un 6, y Laura, acinturada como un 8, entregándose gratis. Los celos le inflaron a Tony el pecho como un 2; sacó la pistola de los asaltos, ese 7 que traía en una funda bajo la chamarra y los amenazó con convertirlos en números imaginarios: Voy a matarlos, hijos de la chingada, dijo. Y por más que ellos, abiertos como el cinco de los números romanos (V), le pidieron perdón, Tony jaló el 5 arábico, gatillo de su pistola, porque con la sangre trepada a la cabeza como un 9 no iba a permitir que 1, 6 y 4 se repartieran el 0 de Laura.

Tony enfundó su humeante 7: los cadáveres del guitarrista y del cantinero formaban un diez romano (X), y los de Laura y el bailarín un 69 inerte que hundió a Tony en la pena, pues ante esa matemática evidencia comprendió que Laura, ni muerta, se estaría quieta. Pero Laura de muerta no tenía ni un pelo: todos los disparos estaban alojados en esos ceros a la izquierda que ahora sí ya no servían de nada. Estás loco, dijo ella: Mira lo que has hecho, y Tony retrocedió unos pasos para captar mejor la escena: Se lo merecían, estaban sobre ti... Laura sacudió la cabeza: ¿Qué vamos a hacer ahora? Casarnos, respondió Tony. ¡Casarnos!, gritó Laura. Sí, quiero que seas mi esposa.

Gracias a la sierra eléctrica del cabaret, todos los perros callejeros del vecindario se echaron su ración de números y Tony se pudo concentrar en el asunto de la boda: se le había metido la idea de que Laura tenía tantos amantes, porque él, al fin y al cabo, no le había dado su lugar: le pagaba como a una prostituta; pero será distinto cuando nos casemos. ¿Cómo crees?, dijo ella, eres tan sólo un niño de doce años. Ya casi trece, respondió él, y además no me digas que no me quieres. Laura recordó las rebanadas, finas como de jamón, que Tony le había sacado al cantinero, los prismas

hexagonales en los que quedó reducido el guitarrista y los hilachos del bailarín que se arrebataban los perros y respondió: Sí... claro que te quiero, pero entiende, estás muy chico, ¿quién va a querer casarnos? Yo me encargo, dijo Tony y se lanzó al descubrimiento de otro mundo: el de los trámites, el de las secretarias sordas, el de los coyotes que merodean las oficinas públicas, el de eso no se va a poder, vuelva mañana, le falta un papel, y estuvo a punto de desistir; pero el amor que sentía por Laura era más necio que la burocracia y, primero, picó con un punzón como a cincuenta infelices que lo antecedían en una cola, después con un barreno hizo saltar la ventanilla a la que había llegado tarde y, sólo por la práctica adquirida en sus escaramuzas bancarias, consiguió, no sin antes deshacerse de veintitantos servidores públicos, la solicitud que debía llenar con letra de molde, y devolver acompañada de los documentos que se piden al calce para que se le asignen fecha y hora.

Tony regresó feliz al departamento de Laura y, por supuesto, la encontró con otro bailarín y con el nuevo cantinero. Pero como venía hambriento y cansado de tanto trámite, hizo caso omiso de la escena de infidelidad y se fue directo a la cocina: se preparó unos tacos y, cuando masticaba el último bocado, regresó a la sala para acribillar a los canallas que hacían de las suyas con su prometida. Laura volvió a enojarse: ¡Cuándo se te va a quitar esa maldita costumbre de matar a la gente!, dijo y se metió a bañar. Ya conseguí la solicitud, oyó que le decía Tony del otro lado de la puerta, mientras el agua de la regadera se llevaba la sangre. ¿Cuál solicitud?, preguntó ella; pero ante el rugido de la sierra eléctrica, Laura decidió enjabonarse el cuerpo, darse una ducha larga, depilarse las piernas, aplicarse una mascarilla y salir al cabo de dos horas, cuando los perros de la colonia ya habían dejado de ladrar y de mover la cola de gusto.

Era imposible casarse en la Ciudad de México. La solicitud no estaba bien llenada, faltaban cuatro fotocopias de la página tres, un sello que le pone el señor de allá enfrente, el acta de nacimiento del novio y, de acuerdo con los domicilios, el matrimonio corresponde a otra delegación. Tony sintió el fracaso, pues, aunque consiguiera reunir esos papeles y matara a cuanto burócrata se opusiese a sus planes, siempre habría otra oficina, otra ventanilla y otra cola. El fracaso era eso: pasarse las mañanas en alguna oficina del registro civil y las tardes, recorriendo la ciudad, pues los perros del barrio, que al principio reñían por los chamorros de bailarín y los filetes de cantinero, daban muestras de hartazgo y dejaban tirados pies y manos sin siquiera olfatearlos.

Era frustrante seguir los caminos de la ley: los reglamentos y las circulares, los códigos y, sobre todo, luchar contra la inercia de los servidores públicos capaces de levantar ante cualquier proyecto una pared. Para aprontar la boda, pensó Tony, no había más remedio que la vía expedita del asalto, pero ¿cómo volver eficaz el recurso de la pistola en esas oficinas donde la flojera se embarraba como chicle a los zapatos y hasta la muerte se volvía fodonga? No había modo, allí ni juntos todos los funcionarios y las secretarias encontrarían un documento traspapelado, aunque en ello les fuera la vida. Era preciso casarse en otra parte, en alguna cabecera municipal donde hubiera un juez acostumbrado a cumplir al momento los caprichos del cacique y con la suficiente sensibilidad como para cuadrarse ante cualquier pistola.

Con el mapa de carreteras extendido sobre la mesa, Tony explicó a Laura su nuevo proyecto: Nos casaremos en provincia, dijo, y allá pasaremos nuestra luna de miel. Ella, a regañadientes, aceptó, pues desde la desaparición del empresario, su adorado cabaret ya no era como antes: ningún hombre duraba en el empleo y los clientes exigían su copa, su cena,

otra copa, un vaso de agua, la cuenta y las bailarinas, en vez de bailar, tenían que ir de mesa en mesa repartiendo disculpas, bebidas, platillos, comandas y vueltos. Una cosa era hacerla de vedette y otra, esa mierda: Para esto, francamente, casémonos, dijo Laura y tomaron el auto y la carretera y una desviación que, según el mapa, era un atajo; pero que de acuerdo con la realidad fue una vuelta de locos por la que anduvieron perdidos de rancho en rancho hasta que se les acabó la gasolina en medio de un sembradío de amapolas que arrancaba del borde del camino y se extendía por encima de los montes y más allá. Este lugar me gusta, dijo Tony y bajaron del auto: había un roble de ramas retorcidas cargadas de lechuzas que colgaban boca abajo como murciélagos, y enjambres de luciérnagas –también narcotizadas– que formaban serpentinas en el aire: letreros luminosos, como tubos flotantes de gas neón, donde podían leerse palabras en inglés. La naturaleza está hasta atrás, dijo Laura. Me cae que sí, respondió Tony contemplando el rápido grafitti de luciérnagas y se puso a orinar con una potencia que deshojó las flores a tres metros y que bañó a un par de narcovigilantes que despertaron enfurecidos de que un maldito escuincle, prenarco, los estuviera meando. ¡Quién chingaos!, rugieron al levantarse de entre los matorrales. Laura retrocedió espantada. Mira nomás lo que nos mandó Dios, dijo uno de ellos y avanzó hacia Laura: Buenas noches, señora, qué bonito es su niño, ¿no quiere que le hagamos otro? Tony evaluó las fuerzas: dos metralletas automáticas de ráfaga contra su pistola calibre 22 hacían de él, en efecto, un niño bonito y como tal se comportó: Venimos, dijo, a visitar a mi tío, el patrón... ¿A don Eusebio?, preguntaron recelosos. Sí, a ese mero: él me regaló esta pistolita, y apuntándoles a los pies les soltó unos disparos. Los narcomachos brincaron y, entre que sí y que no, endulzaron la voz ya convertidos en narcoculeros: Don Eusebio anda de viaje, niño; pero nosotros

estamos aquí para servirlos. La gasolina se acabó, dijo Laura temblorosa. No se apure, señora, si siguen la vereda, la casa queda cerca. Ningún «señora» aclaró Tony, ella es mi novia y hemos venido para casarnos. Los narcoengañados se vieron con asombro y, ya plenamente convencidos de que estaban ante el narcojunior de don Eusebio, bajaron la vista y agregaron con lambisconería: Felicidades niño, no se apure señorita, nosotros los empujamos, suban al auto.

Una mansión extralógica estilo Partenón apareció al salir de una vuelta del camino: estaba asentada sobre una colina y, desde lejos, podían distinguirse en la fachada los gruesos ventanales de aluminio dorado que alternaban con unos atlantes esculpidos en piedra de cantera rosa. En lo alto, sostenido por unas enormes columnas salomónicas, retorcidas como charamuscas de mármol, había una antena parabólica. Pero lo más bonito es el portal, dijeron entre resuellos los narcoempujadores y, ciertamente, a Tony y a Laura se les abrió la boca ante esas puertas de puro papel amate compactado y no les quedó más que suspirar: Qué lindos dibujos, cuánto colorido.

¡Ha llegado el sobrino de don Eusebio!, gritaron los hombres y la mansión se iluminó en seguida: un pelotón de amas de llaves y mayordomos uniformados salió a recibirlos. Bienvenidos, corearon los narcosirvientes, su señor tío está de viaje, niño. Ya lo sé, dijo Tony secamente, tenemos hambre, y azotó sobre una mesa las bolsas bancarias con las que había bajado del auto: Que se las lleven a mi cuarto. Los fajos de billetes se desparramaron como una autentificación notarial de que él era quien era: el narcosobrino.

Qué formas secretas de vida existían: hasta la cadena para jalar el excusado era de oro, las camas tenían varios colchones encimados y, en vez del tapetito para pies, uno podía accionar un botón para descorrer el grueso vidrio que servía de piso y, desde la cama, brincar a la piscina que hacía de la mansión

una Venecia techada con islotes y canales. ¿Qué te parece este lugar para casarnos y pasar aquí nuestra luna de miel?, preguntó Tony, y Laura, que había estado conteniendo la angustia hasta que estuvieran a solas, reventó: Debemos irnos antes de que nos descubran. Tranquila, dijo él, aprovechemos el momento, y encuerado saltó al agua: Ven, está tibiecita. Nos van a matar, dijo ella llorando. No, no pasa nada.

A más tardar en un par de días estará de vuelta don Eusebio, averiguó Laura durante el desayuno y Tony dijo: Ya ves, todavía falta mucho. ¿Cuál mucho?, repuso ella y Tony, sin imaginar lo que podría acarrearles el haberse colado en esa narcomansión, dio las órdenes para que trajeran a un juez y a un cura, o mejor, a tres jueces y a tres curas para que la boda entonase con el poder y la abundancia que suponía el contexto. Habían ido a dar al sitio adecuado, porque ahí cuáles trámites: al cuarto de hora estaban diecinueve jueces y veinticuatro curas listos para efectuar la ceremonia en cuanto el señorito y la señora, perdón, la señorita lo dispongan. Pues de una vez, dijo Laura, que quería irse de ese lugar cuanto antes.

Sería bueno esperar a su señor tío, dijo lentamente el mayordomo principal y Tony, en un parpadeo, comprendió el error de Laura: apurar la boda equivalía a no ser el sobrino de don Eusebio, porque ahí nadie, y menos quien presumía de ser el Delfín del narcoimperio, podía ignorar al patrón. La insignificante imprudencia había bastado para que los narcolacayos pusieran las manos sobre las metralletas. Claro, claro, dijo Tony, esperaremos a mi tío: lo que queremos es que esté todo listo para cuando llegue... La tensión desapareció; pero los jueces pretextaron la necesidad de irse en seguida: había muchísimo que hacer en sus juzgados y lo mismo Laura, a quien le entró la urgencia de comprarse un vestido, y también los curas ya tenían que irse, pues había cantidad de bautismos,

comuniones, bodas y hasta extremaunciones esperándolos en sus parroquias; sólo el mayordomo no se quería ir, más bien, quería que Tony le explicara por qué el patrón nunca lo había mentado y, sobre todo, por qué él, que llevaba toda la vida a las órdenes de don Eusebio y siempre recibía informaciones precisas, indispensables para la seguridad del rancho, no estaba enterado de la existencia de un sobrino.

Tony sonrió inseguro. Se había quedado a solas con el mayordomo y sentía que su entereza se desmoronaba. ¿Qué quiere usted saber?, preguntó sin darse cuenta de que había cambiado el desenfadado tuteo por un ustedeo reverencial que podía tomarse como la confesión de su fraude. Quiero saber por qué tu tío jamás me habló de ti, dijo el mayordomo a punto de convencerse de que hablaba con un simple embustero, con un mortal cualquiera desligado del parnaso del narconepotismo. Tony lo miró fijamente a los ojos: pupilas negras en cuyo fondo ya no quedaba ni una brizna de respeto, y entendió que debía suspender de inmediato su titubeo y elegir con absoluto tino sus palabras, porque en esa respuesta se jugaría la vida. Pero el miedo lo tenía paralizado: ver la muerte tan de cerca, tan palpable en el negro opaco de los ojos del mayordomo, le engarrotó la boca y por más esfuerzos que hizo sólo logró chasquear la lengua provocando unos ruidos semejantes a la risa. Tony se desplomó en una poltrona emitiendo unos hipos que, no obstante, parecían carcajadas. Ya no daba la impresión de estar nervioso sino divertido: nadie se reía de esa manera ante el peligro, pensó el mayordomo, luego entonces, Tony probablemente era Tony: el auténtico y favorito sobrino de don Eusebio. Este razonamiento lo hizo recular, los ojos se le llenaron de unos avisos de precaución que Tony advirtió en seguida. Así que el involuntario chasqueo de la lengua fue sustituido por unas carcajadas sinceras que hicieron más honda la grieta en el mayordomo. Cómo

serás pendejo, dijo Tony ya en plena posesión de su aplomo, ¿desde cuándo la mano izquierda sabe lo que hace la derecha?

Ya no era necesario agregar más: el mayordomo con la cabeza hundida entre los hombros tartamudeó unas palabras con las que pedía licencia para irse; pero Tony, libre ya del miedo, quiso comprobar hasta dónde llegaba el poder que le confería su recobrado parentesco y dijo: Antes de que te vayas, boléame los zapatos y escucha: te voy a contar por qué soy el favorito de mi tío. El mayordomo bajó la frente fulminado: bolear los zapatos era lo mismo que don Eusebio le ordenaba cuando quería castigarlo por alguna torpeza: nadie más lo sabía, luego entonces, por las venas de ese muchacho corría la sangre de don Eusebio. Tony era una astilla de ese palo genético al que, durante siglos, todos los antepasados del mayordomo habían obedecido. Un servilismo de raigambre precolombina lo puso de rodillas, lo obligó a bajar la cara hasta los pies de Tony y a lustrarle los zapatos usando su tupido bigote como cepillo.

Hace doce años –comenzó Tony– a los pocos días de que nací, don Eusebio visitó a mi madre para pedirle un favor: necesitaba entregar al otro lado de la frontera unos kilos de heroína y quería que ella se encargara del asunto; pero mi madre, necia como toda madre primeriza, insistía en hablar de su hijo recién nacido: Míralo, Euse, qué bonito, se parece a ti: tiene tus ojos y tu nariz, es tu viva imagen, ¿verdad que tiene el aire de nuestra familia? Sí, afirmaba cortante mi tío, lo que tú digas, pero pon atención: debes entregar este paquete a tal hora, en tal esquina a quien te diga la clave: a ver, repítela. ¿Que repita qué?

La clave. ¿Qué clave?, preguntaba mi mamá y volvía con aquello de que mis ojos y los de mi tío eran idénticos. Ya cansado de aquella situación, dije mis primeras palabras. Las cuales, obviamente, eran la clave para establecer el contacto.

Mi tío abrió la boca y preguntó: ¿Qué acaba de decir este niño? Que «qué horas son a la media noche», repitió orgullosa mi madre. ¿Qué edad tiene?, preguntó asombrado mi tío. Ya casi ocho semanas. ¡Ocho semanas! ¿Verdad que es un encanto?

El mayordomo quiso alzar la vista; pero Tony le ofreció el otro zapato: Te falta este, dijo y, el mayordomo volvió a inclinarse para proseguir su trabajo.

A los dos días estaba con mi madre en Nueva York, en el cruce de las avenidas donde se había acordado que fuese la entrega. Ella iba distraída, fascinada con los rascacielos, pues son tan altos que sus puntas, como las vías de un tren, convergen en la perspectiva e impiden que se cuelen los rayos del sol. Yo desde mi estratégica guarida –iba envuelto en el rebozo de mi madre– observaba por un hoyito a los neoyorquinos y me admiraba por todo. «¿Qué horas son?», oí que preguntaban a mi madre; pero ella, con los ojos perdidos en la altura, siguió caminando sin prestar atención. Mamá, grité, ese es nuestro contacto. Ah sí, murmuró ella y regresó sobre sus pasos: Disculpe señor, ¿qué fue lo que me dijo? El hombre la miró indiferente y repitió: ¿Qué horas son? Yo me quedé esperando el complemento de la clave; pero el supuesto contacto no dijo nada más y mi madre, que no entendía la importancia de la exactitud en los negocios, le tendió mi osito de peluche donde, por supuesto, mi tío había ocultado la heroína. El hombre se apoderó de mí y echó a correr. Los gritos de mi madre unidos a mis gritos de auxilio llamaron a escena a un policía que derribó a mi secuestrador, salvó a mi oso y, para tranquilizar a mi madre, le explicó que él era el verdadero contacto.

La verdad es menos eficaz que la mentira, porque, segura de sí misma, no echa mano de cuanto medio esté a su alcance para abrirse paso; cree demasiado en su propio valor y eso

la vuelve torpe, prepotente, floja para buscar los argumentos que podrían acreditarla. La verdad no se toma la molestia de convencer a nadie, cree que el mundo entero tiene la obligación de aceptarla tal y como es: inconsistente, anodina, inadmisible y obvia. Es antipática: desconoce el arte de enamorar, de mantener fieles a sus correligionarios. La mentira, en cambio, al saberse en peligro, urde una trama para envolver no sólo al engañado, sino al mentiroso y, en ocasiones, hasta los mismos hechos –seducidos por las estratagemas que la mentira teje para no ser descubierta– se tuercen para que el mentiroso se salga con la suya y, sobre todo, para bajarle los humos a la petulante verdad o, al menos, así le ocurrió a Tony Lugano la tarde en que don Eusebio regresó a la mansión de los atlantes.

Tony ya tranquilo, narcotizado por la satisfacción de que el testaferro de don Eusebio le lamiera las patas, se olvidó del peligro y otro tanto le ocurrió a Laura, quien, pese a su renuencia inicial, llegó a sentir, al cabo de los días, que su prometido era, en efecto, el junior Delfín de ese dilatado latifundio en el que se cosechaban las quimeras químicas más potentes de toda América Latina, pues no en balde, al principio por miedo y después por gusto y al final por vicio, se polveaba las mucosas nasales con heroína pura, se untaba goma de opio en el borde de los párpados y se dejó los antebrazos como alfileteros de jeringas. Así, Laura no sólo se convenció de los parentescos que inventaba su novio, sino de que era la más importante emperatriz azteca de mil kilómetros a la redonda.

Y don Eusebio llegó, llegó escoltado, llegó presumiendo a sus clientes gringos, japoneses y franceses que aquellas tierras de amapolas a la intemperie eran un bunker más inexpugnable que el de Hitler, una zona de tan altísima seguridad que allí se hallaban a salvo no sólo de los vaivenes de la política

nacional o de las acechanzas de las brigadas internacionales antinarcóticos, sino a salvo de una guerra nuclear o de una devastación cósmica, pues hasta Dios, si se decidiera al improbabilísimo milagro de soltar contra su rancho otro diluvio o los fuegos que abrasaron a Sodoma y Gomorra, le haría los mandados. Para eso tenía un sótano de plomo, un submarino atómico y hasta un cohete interplanetario.

Y como aquella estrategia de venta podía derrumbarse si admitía iracundo que ese muchacho de doce años no era su sobrino, se tragó el sapo, la culebra y el orgullo y decidió seguirle el juego, pues desde que cruzó el primer retén le informaron de todo y cuando entró a su mansión se fue directo hacia Tony para abrazarlo, cargarlo y besarlo, ya que, además, así demostraría a sus clientes la fuerza de sus sentimientos filiales que eran, dijo, el sostén de su familia, el pilar de su imperio y el fundamento de su rancho y, claro que habrá boda, una boda que suene en todo el orbe. Y se mandaron a hacer invitaciones en distintos idiomas para enviarlas en el acto a todos los países, pues en todos había, cuando menos, una distribuidora de sus productos y un montón de relaciones con las esferas de mando y con los círculos de las personas distinguidas, y se convocó a la prensa de sociales de los cinco continentes, porque esta es la boda de mi queridísimo sobrino. Laura no hacía ningún esfuerzo por entender: eran tan esporádicos sus retornos a la realidad, tan breves, que la aparición de esa multitud de personas entre las que se hallaban docenas de capos y de presidentes, muchísimos banqueros, embajadores, generales, industriales, artistas y comerciantes, sólo le daba risa, se le confundía en la conciencia con las otras apariciones, las de colores sicodélicos y armazón absurda. Maravillada por todo dejó de sorprenderse y, con la naturalidad de la princesa azteca que creía ser, admitió sin preguntas los regalos que de allende el mar y las fronteras se iban

acumulando en su recámara, adonde a veces veía sentado con gesto de preocupación a su novio, porque Tony, por más que se exprimía el cerebro arrugando la frente, no hallaba ninguna explicación lógica al hecho de que don Eusebio, incluso cuando se quedaba a solas con él, mantuviese la farsa.

Tony suspendió sus preocupaciones: no alcanzaba a entender su buena suerte, pero como tampoco había entendido los anteriores bandazos de su vida, decidió seguir adelante sin hacerse preguntas, confiando en la preconsciente sabiduría de su instinto que lo instaba a eludir a don Eusebio, pues su falso tío, más allá del aparente amor que decía tenerle, despedía unas emanaciones negativas que Tony captaba con el estómago. Y también, aconsejado por su instinto, Tony se aproximó a uno de los socios de don Eusebio, a don Sushi: un anciano japonés a quien todos rendían el más cauto de los respetos, pues en su nombre estaba la manera como solía eliminar a sus enemigos: los enrollaba en una alfombra con todo y parientes y luego los cortaba en pedazos. La simpatía de Tony fue inmediata, pues el método Sushi perfeccionaba el empleado por él para deshacerse de los amantes de Laura, lo hacía más limpio: ya no se mancharía con la sangre que brotaba del cuello de sus rivales de amor, ahora los envolvería antes de partirlos con la sierra eléctrica.

Don Sushi también se guiaba por el instinto. Sólo que en su caso era un sexto sentido desarrolladísimo: alimentado con 70 años de experiencias y lecturas de teoría política de Oriente y Occidente. Más que colmillo para la vida, ese instinto era un sable con un nivel de confiabilidad tan alto que don Sushi había aprendido, incluso, a no tenerle una fe ciega. «Fíate del muchacho 128 días, con 9 horas y 12 minutos; ni un segundo más», se dijo a sí mismo y programó su reloj para que activara la alarma unas horas antes. A partir de ese momento le sonrió a Tony, le manifestó sin reservas su cronometrada simpatía

y, en cuanto se encontró a solas con él, le deslizó al oído: En mi honorable país, los príncipes se desposan con mujeres maduras y en el acto son coronados... ¿Te gustaría que te llamaran «don»? ¿Has pensado en tu herencia? Tony quiso mirar el brillo de los ojos de don Sushi antes de responder, pero resultaba imposible: al típico rasgado oriental se añadía la aún más típica inflamación de los párpados consecuencia de los padecimientos renales del japonés y a esto, todavía, la hinchazón provocada por sus largos insomnios. De todas formas, Tony respondió que sí, que cómo no, que le encantaría llevar el don antepuesto a su nombre. Te ayudaré, dijo don Sushi, pero la boda deberá posponerse, y le tendió una mano extraordinariamente fría.

Es imposible, gritó don Eusebio, ya están aquí los invitados. Es que... no ha venido el juez, añadió tímidamente Tony. Cómo carajos no: jueces, curas, todos están acuartelados para que la ceremonia se realice mañana. Entonces, quien falta es mi mamá. Quisiera que estuviese aquí. Te tengo una sorpresa, dijo sonriendo don Eusebio y tronó los dedos: por la puerta del despacho entró su hermana. Esta mujer no es mi madre, protestó Tony. Sí lo es, ordenó enfáticamente don Eusebio: es la única hermana que tengo, con ella fuiste a Nueva York, ¿no te acuerdas? Tony se quedó helado, ella le tendió los brazos y don Eusebio dio por concluida la entrevista. La boda será mañana, dijo.

Pero no hubo boda, al menos no como se había previsto, pues al día siguiente Laura, víctima de una sobredosis, sólo podía casarse en artículo mortis, dijo el mayordomo, y eso no puede ser, gritó don Eusebio: jamás permitiré que se desprestigie la droga de mi rancho.

Así que, ahorita mismo, tú verás cómo le haces, pero me consigues una mujer idéntica a la prometida de Tony y la quiero aquí antes de las dos. El mayordomo eligió una docena

de hombres, varias camionetas y partió a la Ciudad de México: los submayordomos con la fotografía de Laura en las manos se dieron a la búsqueda: calles, universidades, tabernas y prostíbulos fueron peinados. Para el mediodía todos volvieron al punto de reunión definido por el mayordomo; cada uno venía, por lo menos, con una Laura: quince mujeres rubias que –disfrazadas con la miniblusa y la minifalda que aparecían en la foto– se daban un ligerísimo aire de familia con la auténtica Laura. El mayordomo observó a las supuestas sosias: una era más delgada, otra más joven, otra más alta y otra más rubia: ninguna era exactamente como Laura, pero, como el tiempo se esfumaba y la orden de don Eusebio había sido terminante, aceptó a todas: ya que en cualquier caso lo mejor será que decida el patrón.

Pero ni don Eusebio ni Tony decidieron nada: el apremio era tanto cuando por fin llegaron las lauras que la elección tuvo que recaer en la primera que llenó el vestido, y fue un acierto, pues bajo el velo de novia, la falsa Laura se parecía más a la Laura verdadera que, bajo la sábana de la agonía, la Laura verdadera a sí misma. Sonaron las trompetas y comenzó la ceremonia: sobre la colina más pronunciada del jardín había un altar de mármol del siglo XIII con incrustaciones de oro que de pronto se convirtió en el protagonista de la boda. Así lo proclamaba el maestro de ceremonias que, con la voz desgarrada por el micrófono, empezó a explicar la arquitectura y características de la capilla toledana de la cual procedía esa magnífica pieza escultórica –regalo de don Sushi a los novios– que lucía en sus costados, en espléndido bajo relieve, distintas escenas del evangelio.

A una señal de don Eusebio, uno de los guaruras desconectó el micrófono y, sobre la vereda de pétalos de rosas blancas y amarillas que iba desde la puerta de la mansión hasta el altar, la falsa Laura flanqueada por los padres que le habían

inventado, encabezó la marcha. Tras ella, y también acompañado por una madre falsa y por don Eusebio, el tío hipotético, Tony caminaba lentamente: había intentado todo por aplazar la boda, le dijo con los ojos a don Sushi cuando pasó ante él; pero el japonés estaba complacido: conocía perfectamente a don Eusebio y había previsto la imposibilidad de que accediera a demorar la boda; de hecho aplazarla era contrario a los planes de traición, ya que, si por alguna causa los capos prolongaban su estancia en el rancho, don Eusebio, receloso como era, redoblaría las medidas de seguridad y, entonces, eliminarlo sería más difícil. Don Sushi había calculado que el inexplicable impulso de Tony por retrasar la boda sólo tendría un significado para el tío: que el sobrino ya andaba en turbias componendas con alguno de los capos y que los traidores necesitaban tiempo para prepararse, o sea que de momento –dedujo don Sushi que pensaría don Eusebio– no corro ningún peligro, y así fue, pues ahí estaba don Eusebio tranquilo, con la confianza de hallarse en la paz, ese preámbulo de la guerra, y sin sospechar que bajo la sotana del sacerdote se escondía el francotirador que sólo esperaba la frase «Los declaro marido y mujer» para jalar del gatillo.

El ruido seco de una pistola con silenciador, la mano al pecho, el cuerpo exangüe sobre la silla y la cabeza apuntando al vientre no pudieron competir con la algarabía del beso beso que prorrumpió cuando Tony, ya casi don Tony, levantó el velo a Laura, ya casi la verdadera Laura, para acatar la petición de los invitados: aquél fue su momento, pues, en cuanto se separó de los labios de la falsa Laura, el cadáver del tío, como un sol naciente, emergió en un charco de sangre, en una laguna de sangre, en un mar de gritos, donde de inmediato se dejaron ver las aletas de docenas de tiburones.

La noche de bodas tampoco fue como Tony la había imaginado, ni su ingreso al círculo de los capos: en seguida, es

verdad, todos empezaron a decirle «don Tony»; pero a cambio de unas concesiones que sólo le permitieron entrever el tamaño del imperio que se le estaba yendo, pues supo que había heredado una flota de submarinos y de buques trasatlánticos que recorrían los siete mares, cuando don Sushi se quedó con ella; que era dueño de más de cinco mil garitos repartidos por Asia, América y Europa, cuando don Williams, de mal modo, aceptó conformarse con eso; que tenía una cadena de puertos clandestinos de gran calado para entrar con sus productos a cualquier isla o continente, cuando don Jordi movió afirmativamente la cabeza; que su rancho medía 400 hectáreas, cuando el mayordomo exigió su parte, y que los depósitos en Suiza y las Islas Caimán armaban una fortuna incalculable, cuando don Baruch y los banqueros le externaron su más profundo pésame. Y, finalmente, comprendió que el «don» ceremonioso con el que lo despedían de la reunión para instarlo a que fuera a gozar de su noche de bodas equivalía al don del «don nadie», pues al salir de la sala de juntas de su tío nadie intentó matarlo.

¿Y, entonces, qué hizo usted?, preguntó el carterista rasgando con su voz todas las capas de la historia. ¡¿Cómo que qué hice?!, respondió Correa compenetrado de manera absoluta con Tony, pues lo que en aquel instante me sugirió el instinto: correr al lado de la falsa Laura y descubrir que entre la realidad y la apariencia es mejor la apariencia, pues la falsa Laura, convencida de mi importancia, me recibió con una pasión más verdadera que la pasión comprada con asaltos bancarios que, hasta entonces, era cuanto había conocido de la Laura auténtica. Porque la noche de bodas tampoco fue como la había supuesto: no hubo aclaraciones: nada de que de dónde saliste o quién eres: ella se comportó con el candor de una recién casada tras un largo noviazgo: tímida, amorosa y decidida, y yo, experto ya en asumir los papeles que la suerte me ofrecía, la tomé por la cintura y empecé a besarla.

II

Roque Segal maldijo a Tony Lugano, a la pandilla y se pasó la noche caminando por las calles del centro de la Ciudad de México. En cada poste, en cada esquina había un cartel que anunciaba al grupo de bailaoras de flamenco en el que trabajaba Laura: eran simples hojas de papel delgado, impresas a una tinta y adheridas a las paredes con engrudo seco; pero entre las gitanas, que apenas si se distinguían en el deslavado anuncio, brillaba para Roque un detalle: la cabellera rubia de Laura, y él quería conservar siquiera ese recuerdo de la que por unas horas había sido su madre. Por fin, con su navaja pudo arrancar un trozo encalichado de cartel; se arrellanó en el quicio de una tienda y, como si su imaginación fuese un modelizador cibernético, comenzó a trazar los escenarios de su venganza. En la acera de enfrente, la variedad de los comercios le sugería los modos: las zapaterías le hacían pensar en docenas de tacones puntiagudos clavados sobre la espalda de Tony, los restoranes lo llevaban a soñar con menús en los que figuraba, como platillo de la casa, el Tony rostizado: lo

veía con un eje de hierro, girando como un cabrito dorado por las llamas; pero lo que más exaltaba su imaginación era la sastrería en cuyo dintel se había tumbado a pasar la noche, pues el aire que se filtraba bajo la cortina metálica lo hacía soñar con fabricarse un afranelado mameluco con la piel de Tony.

Días, meses se pasó Roque Segal haciendo arder dentro y fuera de su conciencia a Tony, pues no sólo lo veía consumirse en las llamas de su imaginación convertida en infierno permanente, sino que quemaba los retratos hablados y las fotografías que, muy pronto, comenzaron a tapizar bardas y postes con el clásico letrero «Se Busca». De esta manera, Roque se mantuvo informado de los pasos de Tony y, en más de una ocasión, tuvo que sonreír amargamente por los éxitos de «El Enano Criminal» (apodo que los medios habían endilgado a su examigo), pues el monto de la recompensa se incrementaba día tras día.

Así, Roque se enteró de 38 asaltos a mano armada perpetrados en contra de otras tantas sucursales bancarias ubicadas en la misma colonia de Laura; del asesinato y descuartizamiento de 129 hombres que no sólo pertenecían al ambiente cabaretero, sino que, para mayor coincidencia, estaban relacionados de algún modo con el antro donde bailaba Laura y cuyos cuerpos, para colmo de pistas, aparecían desperdigados en las calles próximas al domicilio de la bailarina. Y supo también de las trifulcas y balaceras que Tony armaba en las oficinas del registro civil, donde a veces sublevaba contra secretarias y jueces a las personas que hacían cola y donde, a veces también sin decir una palabra, descargaba su furia sobre los inocentes.

El odio hizo de Roque el seguidor más fiel de Tony, pues no sólo se dedicó a coleccionar los recortes de la plana roja donde se referían sus crímenes, sino que sentía una necesidad compulsiva de saber los pormenores de su vida cotidiana y,

por ello, aunque también odiaba a Paco y a Jaime por las burlas que le habían encajado, los buscó con el fin aparente de formar una nueva pandilla, aunque lo que en verdad buscaba eran noticias frescas, mejor dicho, noticias íntimas de Tony.

Y les sonsacó que el maldito vivía abrasado por los celos, que el móvil de sus asesinatos siempre era pasional y que estaba obsesionado con casarse con Laura; pero que ella no quería, ni lo querían las leyes y que por eso planeaba irse a provincia a buscar en el culo del mundo un pueblo donde no hubiera más reglas que las de sus pistolas y su amor. Y Roque no pudo averiguar más, pues ni Paco ni Jaime, ni el mismo Tony, sabían en aquel momento el destino de ese viaje que finalmente desembocó en las páginas de los diarios, donde Roque, atónito, miró en un desplegado la fotografía de Tony y supo de la existencia de un tal don Eusebio –«respetabilísimo agricultor», decía la prensa– que participaba a México y al resto del mundo la boda de su «amadísimo sobrino». Roque comparó las fotos del periódico con las de los carteles que ofrecían cuantiosas recompensas por cualquier dato que condujera a la captura del Enano Criminal y no había modo de engañarse: se trataba de Tony, del archiodiado Tony que ahora, gracias al «multimillonario terrateniente», «mecenas de artistas y científicos», «orgullo de su estado natal y del país» –seguía diciendo la prensa–, se convertiría en el marido de Laura. Pero si Tony se casa con ella, pensó Roque, será... será mi padre. Y a zarpazos hizo trizas el periódico, pues padre o padrastro no lo permitiré, y se hincó para hacer un nuevo juramento de venganza que, primero, lo condujo a armar el rompecabezas de miles de pedazos a que había reducido el periódico: necesitaba los detalles de la boda; segundo, a unas pláticas clandestinas con los esbirros de don Sushi que andaban buscando a un sujeto pequeño para eliminar a don Eusebio y, tercero, al escondite definido para este asesinato:

bajo la sotana del cura que realizaría la ceremonia, desde ahí, pensó Roque, le dispararé a Tony.

Pero en la boda Laura no era Laura.

Roque era el único que conseguía reconocer a Tony en los dispares retratos hablados y en las fotos que salían de los videos de los bancos; el único que identificaba su firma en los crímenes en los que la policía no encontraba pistas, y el único también que se dio cuenta de que la novia no era Laura, pues un hijo siempre es capaz de reconocer a su madre y de buscarla hasta en las peores circunstancias, se dijo. Y ciertamente, luego de asesinar a don Eusebio, en vez de huir, de dirigirse al sitio donde los japoneses le entregarían el complemento de su paga, recorrió cada una de las habitaciones de la mansión, porque estaba seguro de que ahí, escondida en el sitio menos imaginable, estaba Laura y la encontró irreconocible: la cabellera rubia había desaparecido, las raíces castañas se prolongaban hasta las puntas del cabello por la falta de un retoque de peróxido, los senos firmes, perfectos, como hemisferios de toronja, lucían desnivelados: tanta caricia del maldito de Tony los habían desajustado unos cinco centímetros respecto de la línea del horizonte: hasta el pezón del seno izquierdo estaba corrido hacia la axila. Y la nariz de Laura, esa nariz fina y respingada por la que Roque le había entregado su amor filial, pues con sólo mirarla sentía en el vientre el jugueteo de las más puras cosquillas maternales, estaba hinchada, enrojecida, con las aletas descarapeladas y los orificios llenos de sangre y heroína. Y, sin embargo, esa piltrafa era su madre. La vistió, la cargó como pudo y, entre el hormiguear de los invitados que temían por sus vidas y la movilización de los narcoguardianes que corrían de un lado al otro buscando al francotirador, salió de la casa sin que nadie reparara en él. Era un muchacho de doce años que, con su madre enferma en el asiento del copiloto, preguntaba por un hospital.

Roque enterró a Laura en el campo, pues por más prisa que se dio para llevarla con el primer médico del pueblo: pueblo y médicos se hallaban en la boda del sobrino de don Eusebio y aquí no hay nadie, respondió el eco del dispensario, cuando Roque, con Laura a rastras, llegó pidiendo ayuda. Ya iba muerta desde la carretera, ya estaba muerta desde que Roque la encontró cadavérica en la mansión de los atlantes, ya era una muerta cuando fue suplantada por la actual esposa de Tony: no había nada que hacer; pero Roque volvió a subirla al auto y aceleró para inaugurar un camino a campo traviesa que en su desesperación conducía al sanatorio donde habrían de salvarla y que, en la realidad, lo condujo hasta el momento en el que comprendió lo inútil de seguir arrastrando un cadáver hacia ninguna parte, porque el mundo, escabroso y esférico, no terminaba nunca, ni había hacia adelante nadie. Fue al tercer día que decidió enterrarla en el fondo de una cañada y sembrar sobre la tumba un brote de eucalipto: cavó la fosa con sus propias manos, depositó el cuerpo en el fondo y se mantuvo abrazado a él hasta que el alba le mostró el horror de prolongar ese imposible vínculo.

Tony jamás echó de menos a Laura, pues, aunque su herencia se había pulverizado en unos cuantos minutos la noche de la boda, eran necesarios muchos años para rematar los despojos de un imperio como el de don Eusebio, cuyo inventario cabal no conocía nadie, ya que más allá de la fortuna aparatosa había una red de relaciones, de compromisos y de negocios en curso que reclamaban un titular, un don, y nadie había regateado ese título a Tony. Así, entre compenetrarse con su nueva vida y correr a los brazos de la Laura suplente, Tony no tuvo un segundo para preguntarse qué había sido de la auténtica Laura. Aquella mujer por la que había robado y matado con tanta saña se eclipsó. Para Roque, en cambio, no se eclipsó nunca: durante meses anduvo casi ciego, pues hacia

donde quiera que tendiese la vista no conseguía ver otra cosa que el último rostro de su madre, ese óvalo blanco enmarcado por la tierra oscura de la cañada. Con los años, esa imagen se volvió transparente pero nunca desapareció por completo, estaba ahí en el campo de visión de Roque como un sello de agua o como un fantasma al que sólo hacía falta una pared lisa, o el cielo opaco de la Ciudad de México, para distinguir con nitidez perfecta su contorno: la traía superpuesta al cristalino, grabada en la retina o atorada en el capilar microscópico de los filamentos dendríticos encargados de conducir a su cerebro el río de las percepciones. Roque sabía que el único solvente capaz de desprender de sus ojos esta imagen era mirar a Tony tirado en un barranco. Y por ello, entre asomarse al mundo a través de la cara de su madre o del paisaje donde yacía muerto su peor enemigo, aplazó su venganza: Tony debía de vivir para renovar con esa ofensa el odio de Roque y para que el último recuerdo de Laura no se le disolviera. Porque, de por sí, era muy difícil sostenerlo: la imagen se deslavaba y la ondulaba el aire al pasar por los árboles, se fragmentaba en pequeñas muecas cuando llovía, y hasta el hambre y la sed, con sus bajos reclamos, lo distraían. Sólo había un modo de fijar en la conciencia esa cara: convertir la vida en la más pura reiteración, en una fórmula simple, rutinaria, donde no cupieran sobresaltos ni sorpresas. Era necesario vivir como un autómata para dedicarse en cuerpo y alma al odio: sostén físico y fundamento metafísico de la imagen de Laura. Roque hizo de su vida un matasellos: un logotipo del tamaño de una semana: un círculo vicioso de domingo a sábado y se enfundó en él metódica y meticulosamente: prendía la luz siempre a la misma hora, comía lo mismo y odiaba a Tony con horario fijo: sesenta segundos por minuto, sesenta minutos por hora y, aunque los febreros bisiestos le descomponían la rutina, se contentaba pensando en que tenía un día más para su odio.

Veinte años se mantuvo fiel a esta rutina. Cada mañana al salir del sueño, la imagen de Laura estaba ahí forzándole los párpados, abriéndole los ojos para instalarse en ellos, para activar desde el amanecer el encadenamiento de recuerdos que comenzaban con la escena en la que Laura descendía del auto y él la elegía como su madre, o con la riña en la que Tony resultaba vencedor o con la traición de Laura que restañaba las heridas a Tony. La secuencia se repetía sin interrupciones hasta que Roque cerraba los ojos y se desbarrancaba en la amargura de los sueños. Veinte años se mantuvo así, veinte años que pueden resumirse en una sola frase: Roque odió. Odió sin parar. Odió sin descanso; pero sobre todo odió sin variación.

La vida de Tony transcurrió a la inversa: despertaba en cualquier lugar y, lo mismo quien lo había traicionado la víspera se volvía su compinche, que su socio más fiel lo conducía a una emboscada; igual podía pasar la noche con la nueva Laura que con la novísima en turno o solo y escondido en la punta de un faro. Para Tony, desde que asumió el don, quedaron desterrados los horarios y cuanto pudiera amacizar una costumbre, pues, aunque existía un reglamento del negocio diseñado por don Eusebio, donde cada día de la semana estaba señalado para una función específica: se pactaba los lunes, se entregaba los jueves, se cobraba los sábados... para Tony había semanas que tenían siete lunes seguidos o meses que constaban de puros martes y, desde la muerte de don Eusebio, los años habían venido sin un solo domingo. Por compensación, Tony siempre soñaba con reconstruir el imperio que su tío le había heredado, con ganarle definitivamente la partida a don Sushi y, sobre todo, con poder desentenderse un rato no de los negocios, sino de los aspectos de seguridad de los que dependía su vida. Para Tony los 20 años que siguieron a la muerte de don Eusebio fueron tan atropellados y veloces como el caudal de un río rápido; sus recuerdos

eran estadísticas y, por ello, más que contar narrativamente su vida habría que hacerlo matemáticamente, pues en ese lapso sufrió 936 atentados contra su persona que equivalen a casi uno por semana, asesinó a 1 422 individuos que representan la cuota de una ejecución cada cinco días, se vio forzado a celebrar 2 327 alianzas que muestran que su familia se compuso y recompuso cada tercer día, y negoció más de 18 mil cobros y entregas que significan no ya otro número, sino el hecho simple de que Tony no tuvo, en todo ese tiempo, un solo segundo para que alguna de sus numerosísimas experiencias le calara hasta el alma.

Y habría seguido así de no haber decidido suplantarse, ocultarse no sólo detrás de un sustituto, sino de varios que él mismo designó, porque un día ya no pudo resistir seguir siendo ese tiro al blanco al que apuntaban los ataques de don Sushi. Hacía mucho que el maquiavélico japonés orquestaba contra Tony carambolas de cincuenta bandas, intrigas, atentados y conspiraciones que justificaban sobradamente su paranoia y aquella vez fue el colmo, pues no sólo habían minado su recámara, envenenado los cubiertos, sustituido por vitriolo el agua de la ducha, llenado de pirañas las piscinas y de áspides su mansión, sino que habían aceitado la escalera de mármol y estuvo a punto de romperse la crisma. Tony nombró al primer Tony sustituto, al segundo y al tercero; les confirió facultades extraordinarias para que pudieran decidir no únicamente en todo lo relativo al rancho, sino para que ampliasen la cadena de los dobles a discreción: quería que hubiese muchos retenes para estar a salvo, y se fue. Se fue en zigzag para perderse en el mundo. En su equipaje sólo iba la máquina para expedir pasaportes y el listado de los números de sus cuentas bancarias.

Al llegar a Lisboa sintió que el encarnizado enzarzamiento había quedado atrás, que en esa ciudad se respiraba un aire

tranquilo y que ahí podía darse el lujo de efectuar un balance, un primer corte para determinar el estado de su vida, para verse en el espejo e intentar comprender lo que le había ocurrido, pues en aquella luna del hotel de Lisboa ya no estaba el precoz criminal de tez lampiña que había comenzado la aventura, sino un hombre de 32 años en el que se notaban las huellas del cansancio y una triste mirada de hastío con la que repasó su vida y, por primera vez, recordó a Laura: la recordó sin emoción, sin dedicarle más que unos pocos segundos, los que tardó la imagen tangencial en cruzar su memoria: ¿Era rubia?, se dijo. Sí, estoy seguro de que era rubia. ¿Cuántas Lauras habían desfilado desde entonces por debajo o por encima de él? ¿En qué instante el rubio dorado de la primera Laura se había vuelto castaño, rojizo, cobrizo, negro? Nadie se lo podía decir: el mayordomo que era el encargado de sus acompañantes estaba en México y de todas maneras eran muchas, demasiadas las agencias de modelos que habían enviado a sus Lauras a las camas que, en cientos de ciudades, él había ocupado, demasiadas las ocasiones en las que otro tipo de Lauras, deportivas y modernas, se le habían ofrecido de manera gratuita a Tony, a don Tony, a usted, señor Lugano, me moría por conocerlo, le decían y restregaban su figura contra la parafernalia de poder y riqueza que se desplegaba en sus apariciones públicas y, obviamente, nadie le había llevado la cuenta: podían ser cien, cuatrocientas o dos mil: la cifra siquiera aproximada era un misterio y, también, lo que aquellas mujeres le hubiesen provocado. Soy el mismo, me siento como siempre, pensó Tony, pues al mirarse en el espejo no podía advertir el barniz de frialdad que lo cubría, ni percatarse de que le faltaba hasta la más insignificante pizca de candor.

Y buscó otra clave de sí mismo en sus demás afectos; pero no recordó amigos ni parientes, pues los demás, todos los

demás, estaban clasificados bajo el rótulo «enemigos», y podían ser grandes o mayores, potenciales o presentes, aletargados o virulentos; pero ninguno inocuo. Así que tampoco pudo advertir que la indiferencia con la que revisaba su vida era el resultado de 20 años de guerra o, mejor aún y simplemente, del mero transcurso de tantos años.

Por esos mismos días, Roque se hartó de su vida monótona y por primera vez fue a la tumba de Laura: la zona estaba irreconocible, el camino de terracería que antiguamente conectaba el rancho con el pueblo estaba convertido en autopista, el dispensario de la noche de su orfandad ya no existía, y los habitantes del pueblo, que de 5 mil habían pasado a ser medio millón, no le pudieron dar ningún informe acerca de esa cañada de tales y tales características, en la que él, a modo de lápida, había plantado un eucalipto. Por aquí no hay ningún eucalipto, repetía la gente, ni existe otra cañada más que el botadero de basura que está detrás del cerro, y hacía allá caminó Roque convencido de que esos zopilotes que pintaban un remolino negro en el paisaje eran el símbolo de su fidelidad a Laura: la más exacta representación de esa vida de anacoreta que durante 20 años él había adoptado por revolotear sobre la carroña de un recuerdo. Alcanzó la loma, miró el valle de basura que se extendía ante él, y comprendió que bajo ese piélago de inmundicias se encontraba su madre.

En el centro del basurero asomaba la copa de un eucalipto. Roque se acercó: abajo de sus pies debía extenderse, atravesando toneladas de basura, un tronco de por lo menos 30 metros de largo que llegaba al fondo de la cañada y que, a partir de ahí, seguía como raíz otros cincuenta metros clavados en la tierra, empujando el cráneo de Laura convertido en punta de lanza de la cofia del eucalipto. Esas hojas debían tener cuando menos un átomo de ella, pues no olían a eucalipto, sino a carne podrida, a legumbres y a guayabas

descompuestas. Todo el lugar hedía, era un hervidero de moscas. Roque se llevó una mano a la boca: entre él y su madre volvía a interponerse la vieja evidencia: pertenecían a mundos irreconciliables: entre ellos había un abismo más ancho que el que separa el cielo de la tierra, que el que separa los planetas, pues él, a pesar de haberse impuesto la renuncia como divisa de la vida, estaba vivo y ella, a pesar de todo se había hundido sin ningún pudor en el fango de la muerte y, por primera vez, se preguntó: ¿Para qué seguir consagrado a Laura? ¿Por qué mantenerse en esa zona híbrida donde pululan ratas, gusanos, zopilotes?: había que enterrar de una vez por todas ese recuerdo que como sanguijuela se le había prendido al alma, había que volver a la vida, aceptar que Laura se mantendría tercamente muerta y, en un acto de extrema sinceridad, reconocer que del adolescente melancólico que había sido ya no quedaba nada. Porque, hablando en plata, desde hacía mucho tiempo la imagen de Laura no sólo lo dejaba impasible, sino que lo tenía harto, y hasta la misma palabra «Laura» se había vaciado de sentido, pues por más que nunca hubiese fallado a la costumbre de recordarla, esa costumbre, como todas las costumbres, se había mantenido gracias a convertirse en un ritual esquemático.

Trituró con los dedos unas hojas del eucalipto: no surgió ningún aroma para contrarrestar el nauseabundo tufo de la basura. ¿Qué quedaba de entonces? Ni siquiera los rescoldos del odio: ya tampoco Tony significaba nada: era otro de esos compromisos infantiles y unilaterales que le habían hecho perder sus mejores años. Vio sus manos manchadas de clorofila con las que por espacio de 20 años había dosificado la pequeña fortuna que recibió por matar a don Eusebio, ¿para qué habían servido?, ¿qué había hecho además de sostener a fuerza de renuncias la vigencia de un instante que ahora yacía en el fondo del basurero? Sintió asco de sí mismo: su vida

estaba tan podrida como esa pasta de mierda sobre la que estaba parado. Había llegado la hora de terminar con Tony.

También sobre el rancho había pasado el tiempo a juzgar por los alambres de púas electrificados que lo rodeaban, por la red de circuito cerrado que monitoreaba cada rincón y por el sistema de sensores sembrados por aquí y por allá para descubrir a los intrusos; sin embargo, como el factor humano era el de siempre, de nada sirvió el costosísimo aparato de seguridad y Roque, sobornando a unos y burlando a otros, llegó hasta la puerta de papel amate comprimido, que 20 años atrás tanto había maravillado a Tony, y habría podido trasponerla, pero en ese instante lo traicionó el recuerdo: su memoria le aventó a los brazos la sensación de llevar cargando a Laura y perdió unos segundos, los suficientes para que aparecieran docenas de hombres que le apuntaban con sus armas. Soy amigo de Tony, fue cuanto se le ocurrió decir. Los narcovigilantes se echaron a reír; sabían que el patrón no tenía amigos; pero Roque insistió: Soy Roque Segal, avísenle. Los narcos vacilaron.

El doble de Tony, que en ese entonces se encontraba en la mansión de los atlantes, no era el primero, ni el segundo, sino el quincuagésimo en una cadena de suplantadores que había crecido como cáncer, pues cada suplente, en cuanto cobraba conciencia del peligro de fingirse Tony, subarrendaba su papel y se escondía. Este doble, sin embargo, no se había escondido ni hecho suplantar. Quería volverse Tony de manera permanente, pues la amenaza representada por don Sushi había dejado de existir. El viejo japonés había tenido la feliz ocurrencia de morirse y, aunque en aquel momento sólo unos cuantos lo sabían –los jefes de cada narcobunker–, el deceso estaba plenamente confirmado. En estas nuevas condiciones, la irrupción de Roque no tenía un significado unívoco: igual podía tratarse de una bomba póstuma enviada por don Sushi

antes de morir, que un amigo de la infancia del verdadero Tony y, en esa medida, alguien que podía ser de utilidad, pensó el doble de Tony y dijo: No te recuerdo.

Yo sí, respondió Roque, pero has cambiado tanto que no te reconozco: ya ni siquiera parecemos contemporáneos. Ambos sonrieron y, a partir de ese instante, los dos se esforzaron por mantener la farsa: uno para descubrir las raíces y ramificaciones del posible complot o los secretos que le permitirían apoderarse del imperio, y el otro para encontrar a su viejo enemigo.

Roque fue puesto a prueba: vigilado constantemente por cámaras de televisión escondidas que registraban cada uno de sus movimientos. El doble de Tony no podía establecer ninguna conclusión, pues el intruso no sabía nada, nada de nada: 20 años pasados a la sombra de una sola obsesión lo habían convertido en un ingenuo consumado, en un ser feral que pese a estar lleno de odio tenía una actitud de pueril inocencia y, sobre todo, unas respuestas tan erradas, que resultaba incomprensible, inaudito que existiera alguien como él para quien la muerte de don Sushi no tuviera más importancia que la de un perico. ¿De qué planeta venía ese imbécil para que se le ocurrieran esos comentarios? La idea de que Roque representara una amenaza fue perdiendo terreno, pues no sólo no entendía las relaciones de poder en la esfera del narcotráfico, sino que mostraba tal asombro ante las computadoras, los cepillos eléctricos y, en general, ante todo lo moderno que era muy posible que, en efecto, fuese un amigo de la infancia de Tony, un pobre pelmazo venido directamente del pasado y por quien, tal vez, el jefe auténtico sentía algún cariño que yo sabré capitalizar, se dijo el doble de Tony.

Y llegó el día de discutir el legado de don Sushi, de que los jefes de los carteles del narcotráfico mundial se repartieran el imperio acéfalo, pues, aunque como siempre había un heredero, en este caso, un auténtico sobrino de don Sushi,

nadie ingresaba al Olimpo de los capos sin pagar con algunas propiedades el título de «don».

Las supercarreteras de la informática con su fibra óptica habían vuelto innecesarias las reuniones, la presencia física de los jefes en torno de una mesa de caoba era una práctica del pasado, ahora todo se arreglaba o desarreglaba en la red mediante presencias virtuales casi tangibles; sin embargo, don Williams exigió una junta real a la que debían asistir todos de cuerpo presente y la idea resultaba lógica: el tamaño del imperio que habrían de repartirse justificaba la reunión.

Obviamente, cada capo pensó en enviar un doble y el doble de Tony eligió para esta empresa a Roque. No es que se le pareciera, pues hasta por la edad resultaban completamente diferentes, sino porque quería probarlo una vez más y porque era un valor entendido el que cada jefe mandara al sustituto que se le diera la gana y todos lo sabían, y también sabían que esos supuestos embajadores plenipotenciarios no valían nada, igual que los acuerdos a los que pudiesen llegar, ya que nadie respetaba las fronteras de los imperios y por eso vivían en guerra permanente. El temor de contrariar al doble de Tony, hizo que Roque aceptara con entusiasmo la comisión y hasta que estudiara su papel: el que creyó que sería su papel, pues lejos de imitar los gestos del falso Tony, ensayó ante el espejo los del Tony que él había conocido: tal vez así le resultaría más fácil encontrarlo algún día.

La junta se acordó en Manhattan, en la cima de un rascacielos cuyos últimos ocho pisos reproducían fielmente el Partenón: don Williams había ofrecido su despacho para la gran cumbre. Pero a Roque le faltaba mundo: bajó temblando del jet privado de Tony, abordó cohibido la limusina que lo condujo hasta el hotel Plaza y cuando en la suite se encontró con su secretaria, la mujer más hermosa que había visto en su vida, perfectamente políglota y maquillada, se quedó

pasmado, pues ella le hizo saber que estaba ahí para servirle de intérprete, para cualquier cosa y mai neim is Lora. Lora, repitió Roque como si esa palabra fuese un caramelo de menta. Qué bonito nombre, yo soy... Usted es, por supuesto, lo interrumpió ella, mister don Tony. Sí, dijo Roque ensombreciéndose. La reunión está prevista para las siete menos cuarto. Faltan cuatro horas con veinte minutos, ¿quiere usted comer, dar una vuelta por la ciudad, o le preparo el baño? Roque se acercó a la ventana: un parque inmenso, que le hizo recordar el bosque de Chapultepec, ocupaba un rectángulo del paisaje, abrió la ventana y un tufo acre como de establo lo regresó a sí mismo. Quiero estar solo, dijo y Lora respondió: Por supuesto, señor. Estaré en la habitación contigua. Roque echó el pestillo de la puerta que comunicaba con la alcoba de su secretaria y miró en derredor: todo lo que tenía que ver con Tony resultaba maravilloso y, en cambio, lo que guardaba relación con él apestaba a mierda. Se paró ante el espejo: el peluquero de Tony, el sastre de Tony, la chequera de Tony lo habían transformado tan profundamente que ¿quién era ese que aparecía ahí?, ese que igual que él se llevaba la mano al pecho y sacaba un revólver, ese que le guiñaba el ojo y sonreía. Soy Roque, dijo Roque, pero... de momento soy Tony y un impulso de curiosidad lo hizo abrir la puerta de Lora: quería saber lo que significaba la frase «le preparo el baño».

Por supuesto, respondió ella y, mientras se desprendía del estilo sastre, un chorro de agua tibia llenaba la tina del jacuzzi, y mientras se soltaba el cabello, vertía una botella completa de burbujas, y mientras se desataba el brasier de seda, le quitaba los zapatos a Roque, y mientras se desprendía de la pantaleta, Roque se sujetó el calzón y comenzó a temblar, pues aunque de acuerdo con el pasaporte era Tony y para Lora, incluso, mister don Tony, para él seguía siendo Roque y para esos lances seguía siendo virgen. ¿Se siente usted mal?,

preguntó ella. No, dijo él con la voz silbante y tratando de frenar su temblorina, sólo tengo frío. Lora giró la llave del agua caliente, aumentó el volumen de la calefacción del baño y, ya dentro de la espuma, lo invitó a seguirla. Roque, calzones enfundados, metió un pie en el agua llena de burbujas hasta la cintura de Lora: no hacía falta encender el jacuzzi, sus temblores hacían una turbulencia más que suficiente, y se abandonó a las caricias con las que Lora daba contenido a la frase «servirlo en cualquier cosa». Y qué dotes didácticas, pues muy pronto Roque despejó todas sus dudas acerca de lo que significaba «cualquier cosa» en los labios de Lora y dejó de temblar: ahora se mantenía quieto: ni siquiera respiraba y Lora tampoco, pues aquello de servirlo en esas circunstancias exigía que fuera bajo el agua.

Roque tomó a Lora por la barbilla y suavemente remontó su cara a la superficie, por encima de la espuma blanca, hasta que emergieron sus senos espumosos, hasta sacar a flote su sexo, triángulo dorado del que escurrió una red de agua con burbujas en la que Roque probó el durazno de las sales de baño y otras sales que, por primera vez, daban buen sabor a su vida; sales dulces que Roque buscó como un oso hormiguero entre los labios del sur de Lora.

Ahora eran los espasmos de ella los que volvían innecesario encender el jacuzzi, pues Lora, más allá de su sentido de responsabilidad profesional, también se abandonó al porque sí espontáneo del gozo y, por un momento al menos, fue lo que le nacía con Roque, Tony o con quien quiera que fuese ese hombre que desbordando la tina la sujetó de las caderas y se le fue hacia adentro y hacia arriba hasta provocar un oleaje en el que también él, ya no Tony ni don ni mister Tony, sino a secas y a húmedas Roque, sintió que el porvenir se descongestionaba y que nunca había sido más libre que estando así, sujeto por Lora y, de pronto, sin que nadie lo tocara se

encendió el jacuzzi: bramido de motor que hizo circular por las mangueras los calzones de Roque que entraban y salían por los orificios de la tina dándoles de trapazos en las nalgas y, por fin, primero Lora y en seguida Roque, alcanzaron el clímax en el centro de aquel remolino de burbujas, pues ya hacía rato que el agua centrifugada había ido a dar a las paredes e inundaba la suite. Gracias, dijo Roque cayendo de lado y Lora estiró el brazo para apagar el jacuzzi. Metro y medio de burbujas era la altura máxima y quince centímetros la mínima no sólo en la habitación de Roque, sino en la de Lora. ¿Cómo se llamará este ruido?, preguntó él refiriéndose al rumor crepitante que levantaban millares de burbujas al reventar; pero Lora no supo pese a sus diplomas de dominio de 17 idiomas. Creo que no hay una palabra para esto, dijo avergonzada y Roque por largo rato se mantuvo escuchando lo que para él fue la innominada música más formidable del mundo: comenzaba a aprender.

A Roque se le taparon los oídos cuando el ascensor se detuvo en el piso 78 del edificio de don Williams: cada capo de mentiras se hacía acompañar por una secretaria políglota y dos guardaespaldas, sólo el sobrino de don Sushi llegó solo y sólo a él parecía no conocerlo nadie: los demás se saludaban desde un extremo al otro y entre bromas y aspavientos cruzaban a zancadas el enorme salón para abrazarse, para demostrar que ellos sí eran antiquísimos amigos, capos que se habían encumbrado por virtud de sus méritos propios: el mismo Roque, bien entrenado por el falso Tony y además por la confianza en sí mismo que le acababa de infundir el espumoso amor de Lora, se movía con soltura leyendo los gafetes que, por reglamento, cada asistente lucía en el pecho: Mi querido don Carlo. Mi apreciadísimo don Tony. Y los palmetazos en la espalda que sonaban recio, para que se supiera que eran íntimos, para que se viera que se abrazaban

como machos y que tenían los riñones resistentes, pues, también con ganas, venían las palmas contra las zonas hepáticas.

El sobrino del perico muerto, el pequeño loro como lo llamó Roque levantando aplausos, no era un usurpador como Macbeth o como lo había sido Tony, sino un descendiente legítimo, sangre auténtica de la sangre de don Sushi, o sea, un junior inexperto que acudía a una junta de negocios con su maletín retacado de contratos legales y de títulos de propiedad certificados por los más conocidos notarios japoneses y, hasta Roque soltó la carcajada, cuando el sobrino extendió los documentos sobre la mesa para reclamar sus derechos. Don Williams –el doble de don Williams– dejó su asiento, agarró los papeles, los roció con aguardiente, les prendió fuego y dijo, mientras las flamas se extendían por la herencia: Me gustan los barcos. Y a mí, los puertos, agregó Roque, quien traía esa consigna. Y a mí los garitos, siguió don Giovani y, cuando todos los dobles habían declarado sus gustos, el sobrino de don Sushi protestó indignado: ¿Y a mí qué me dejan? Nada, dijo con cansancio el doble de don Jordi y una bala voló sobre la mesa: desde su revólver humeante hasta el entrecejo del pequeño loro y, no habiendo más asuntos que tratar, la sesión se dio por terminada: regresaron los abrazos del principio, las bromas, el qué gusto fue verte, que te conserves bien y sigue con tus éxitos.

Roque salió de la reunión con dos sentimientos: contento consigo mismo porque le habían celebrado su ocurrencia de llamar «lorito» al sobrino de don Sushi y enojado con Lora. En la limusina, ella notó el cambio de humor de su jefe y se atrevió a decir: Señor, ¿hubo algo que no saliera bien? Me mentiste, respondió Roque. Lora se asustó. Tu gafete dice que te llamas Laura. Lora es Laura, señor, tradujo ella: se escribe «Laura» pero se pronuncia «lora». Roque se hundió en el asiento: se había acostado con la sustituta de su madre y, para

colmo, haciéndose pasar por Tony: todavía tenía demasiado que aprender. A Lora le dio pavor la expresión de disgusto de Roque, pues, aunque llevaba poco de trabajar para la empresa, sabía de las consecuencias que acarreaba cualquier error. Un silencio denso se extendió en la limusina y hasta los guaruras que iban adelante, aislados por la ventanilla a prueba de balas, sintieron el impulso de girarse para mirar.

Y es que, más que silencio, lo que se desprendía de la parte posterior del auto era una atmósfera, un clima, una quinta estación posterior al invierno: el miedo pánico de Lora: su hueco en el estómago que hacía las veces de una sordina. En silencio llegaron al hotel, en silencio subieron a la suite y en silencio Lora trató de contentar a Roque.

Él se tumbó en la cama: tenía que concebir un plan para encontrar a Tony. Lora le zafó los zapatos, el pantalón y, hecha un ovillo, se acostó a su lado: no era tan desagradable ser Tony; es más, ser Tony nuevamente en los labios de Lora era una sensación inigualable que lo adormecía de placer, porque toda la espuma de la suite había sido retirada y el mullido edredón y el cabello de Lora desparramado sobre su abdomen convertían ese instante en el único momento de su vida al que de veras le habría gustado gritarle ¡Detente! Y comprendió que para mantener esos segundos no sólo había que matar a Tony, sino reemplazarlo: convertirse en él; pero, ¿cómo podré –se dijo, mientras se perdía en el gozo– eliminar a Tony, precisamente ahora que soy Tony? Porque era Tony para pactar, pero no para suicidarse.

Ojalá que pudiera ser Tony para quitarle la vida pegándome un balazo; ojalá que mi muerte pudiera sucederle a él: cómo me divertiría matándome; pero, si no puedo endosarle mi muerte, sí puedo ser él viviendo su vida. Y sintió que llegaba a esta conclusión al mismo tiempo en que llegaba a la otra conclusión en la boca de Lora, y esta vez ya no le

dio las gracias: estaba madurando, comprendiendo que debía conformarse con lo que le quedaba cerca, con lo que podía alcanzar y a quien por lo pronto podía alcanzar era al falso Tony que lo había enviado a Nueva York. Retiró a Lora: Es suficiente, le dijo y ella dócil se fue a su cuarto para no interrumpir, para dejarlo pensar libremente en que sus colegas, los falsos capos que se acababan de reunir en esa junta cumbre, estarían, seguramente, tramando, como lo hacía él, el modo de deshacerse de sus respectivos jefes. Y era cierto, así estaban el falso don Williams y el falso don Carlo y el falso don Jordi y los falsos guaruras de don Jordi, porque incluso los guardaespaldas de los falsos capos eran suplentes de los guardaespaldas auténticos. Porque en Nueva York todos eran sustitutos, copias como en la caverna de Platón, y había que asociarse con ellos: crear entre todos una mafia nueva.

En el lapso de una hora, unos al principio y otros al final, todos los suplentes llegaron a la misma idea: para sustituir a los originales era preciso que todos los remedos se organizaran, que llevaran a cabo la sublevación de las copias, el golpe de Estado de las sombras contra el Topos Uranos. Los teléfonos comenzaron a sonar: unos a otros se convocaban a una reunión urgente, decisiva, a la que sólo asistirían los falsos representantes, para que juraran, como en efecto sucedió, que su aspiración, exclusiva y honesta, consistía en ser quienes eran: Yo sólo quiero, dijo el falso don Williams, lo de don Williams. Y yo, agregó don Baruch, a perseverar en mi ser. Y yo, dijo Roque, me conformo con ser don Tony. Ahora bien, explicó don Giovani, este es sólo el inicio, en este momento es indispensable que entre nosotros la rivalidad sea fingida. Ya luego, cuando nuestra organización se consolide, podremos también adoptar la rivalidad auténtica. Todos celebraron con aplausos la fina precisión de don Giovani y se rebanaron el dedo pulgar para sellar con sangre el acuerdo. Pero era poca

sangre: había corrido más en la junta anterior: Ocho litros del sobrino de don Sushi, dijo don Jordi y propuso, para darle mayor importancia al acta constitutiva de la nueva organización, que cada quien sacrificase a su secretaria. La iniciativa ensombreció a algunos de los capos y, cuando parecía que iba a quebrarse la unanimidad, Roque intervino para recuperarla entre risas y aplausos. Sí, dijo, sacrifiquémoslas, pero que antes bailen, que bailen para nosotros una danza flamenca.

Roque había dado muchos pasos en su vertiginoso aprendizaje y, cuando volvió a México, le resultó sencillo engañar al doble de Tony: iba a revelarle unos secretos importantísimos que nadie más debía oír: Ni los hombres de su guardia personal, ni los espías del circuito cerrado de televisión, ni ninguno de tus incondicionales, dijo Roque dejándose catear y el doble, confiado en su metralleta, aceptó la entrevista. Se encerraron en el despacho y, cuando el doble se tomaba una copa para oír cómodamente la misteriosa revelación, sintió que la vista le fallaba, que las piernas no le obedecían y, minutos después, al recobrar el conocimiento, con la metralleta metida en la boca tuvo que responder a la pregunta por el paradero del auténtico Tony. No lo sé, dijo con la boca llena, yo sólo soy uno de los suplentes. Don Tony puede estar en cualquier parte, incluso, en los separos de una delegación.

III

Hasta el carterista Abel Sánchez tenía cara de incredulidad cuando la luz del amanecer iluminó los separos. Eran demasiadas las exageraciones y las incongruencias que saltaban de aquella historia para tragársela. Correa comprendió que la mezcla de temor y respeto que había mantenido tranquilos a sus compañeros de encierro decrecía conforme la luz avanzaba y que, a esas horas, ya no estarían para ayudarlo los guardias que a garrotazos habían impuesto el orden durante la noche. ¿Cómo amarrar los cabos sueltos de su historia o limar sus excesos, si crecía la boruca y los detenidos, francamente indignados, ya se ponían de pie, porque ahora sí, gritaban, ¡te vamos a partir la madre! En aquellas circunstancias, sólo un milagro los podía detener y el milagro ocurrió: una voz, como de Zeus tronante, atravesó la celda: ¡Tony Lugano! ¡A la reja! Todos quedaron paralizados: el más sorprendido fue Correa; el más lambiscón, Abel Sánchez que de inmediato volvió a decirle «maestro» y le sacudió el traje.

Benito Correa se apresuró a salir, sabía que la afortunada confusión se disiparía en seguida; pero, al presentarse ante el agente del ministerio público, el malentendido siguió: Ya se había pagado la mordida, la multa, la fianza y está usted libre, señor Lugano, le ruego que acepte nuestras disculpas: no teníamos ni la más remota sospecha de quién era usted. Correa iba de una sorpresa a otra, pero Tony o no Tony lo primero era regresar a la calle, aunque fuera custodiado por esos guaruras elegantes, que parecían surgidos de su historia, y tuviera que abordar ese automóvil que lo llevaba quién sabe adónde. Más tarde pagaría con creces el favor recibido.

La delegación se empequeñeció en la ventanilla trasera del auto y, cuando se perdió tras un montón de vueltas, Correa consideró oportuno aclarar las cosas: Más vale que seas Tony Lugano, dijo tan amenazadoramente uno de los matones que Correa no volvió a abrir la boca ni cuando, al cabo de tres horas de autopistas, tuvo una fuerte experiencia de *deja vu*: vio un montículo que le pareció conocido, y sobre el montículo, una mansión adornada con atlantes pintados de color de rosa y, como remate de la mansión, cuatro columnas salomónicas que sostenían una gigantesca antena parabólica. El sitio coincidía palmo a palmo con lo que había contado en los separos: hasta la puerta de papel amate comprimido que se abrió para que pudiera extenderse su asombro y entrar con él hasta la biblioteca donde Roque –ojiazul como en su historia– lo esperaba. Señor, dijo Correa cuando salió del pasmo, no soy Tony Lugano, sólo aproveché la confusión para evadirme de la cárcel; pero... Roque lo traspasó con la mirada: Este Tony no se parecía al Tony que conservaba en su memoria. Este Tony, con su estropeado traje negro de difunto, resultaba el peor sosias de Tony y, sin embargo, sus hombres lo habían hallado en la delegación haciéndose pasar por Tony, según el pitazo telefónico de Abel Sánchez. Este Tony, pensó Roque,

resultaba más falso que el que, luego de 20 años de odio, había visto en esa misma biblioteca, o tan falso como él, que había suplantado a Tony en Nueva York. Pero, ¿no sería que tan burda falsificación precisamente servía para ocultar al verdadero Tony? Correa sintió en las sienes el timbrazo de la muerte. Era imposible hacerse una idea del absurdo que le estaba ocurriendo; pero intuyó que si declaraba su nombre real, su vida real y los verdaderos motivos de su presencia en la delegación, estaría perdido. Vas a pagar lo que le hiciste a Laura, dijo Roque para ponerlo a prueba; sacó el revólver, se lo colocó entre los ojos, lo amartilló y aunque Laura era el nombre que para Correa confirmaba la circularidad de su pesadilla, no tenía tiempo para asombros.

No quiero morir sin vengar la muerte de mi madre, dijo en un arrebato de inspiración, antes tengo que matar a mi padrastro... Roque se detuvo, dejó de encajarle el cañón del revólver y sobre la frente de Benito Correa afloró una marca redonda por la que resbalaron unas gotas heladas de sudor. Soy Pablo Jofer, añadió Correa, y me dejé coger por los cerdos de la delegación, porque supe que ahí tenían a mi padrastro.

En el azul marino de los ojos de Roque apareció un destello, su sonrisa se tensó entre las comisuras de la boca y Correa percibió que el olor de la muerte se volvía menos acre. Había dicho lo primero que le había pasado por la cabeza y el efecto era bueno: tal vez porque para los hombres nada es más real que aquello que desean y Roque deseaba que en cada delegación hubiese un huérfano buscando venganza, un huérfano que, como él, odiara a un Tony. El único Tony que conozco, dijo Correa atacando de nuevo, es mi padrastro y para mí no hay más Laura que mi difunta madre... Roque arqueó las cejas: ¿este falso Tony pretendería ser un verdadero Roque?

Sembré una araucaria sobre la tumba de mi madre, siguió Correa para establecer una simetría gráfica con la vida de

Roque, y este se imaginó una araucaria con tronco de eucalipto. Porque mi madre no tuvo más lápida que ese árbol, cuyas raíces se entretejieron con sus huesos hasta triturarlos, ni nadie, además de mí, que lamentara su muerte. Ella era nada para el mundo y menos aún para mi padrastro y, sin embargo, para ella, el mundo era mi padrastro. Roque bajó el arma: ¿quién era ese hombre que le calcaba la vida hasta en el detalle, absolutamente secreto, del árbol sobre la tumba? Porque él nunca, jamás a nadie, le había hablado del eucalipto que plantó sobre Laura y era ilógico, completamente imposible que alguien supiera los pormenores de ese entierro que ahora, para mayor seguridad, se encontraba a más de 20 años de distancia. Correa notó en la expresión de desconcierto de Roque que se le había pasado la mano con las coincidencias. Tenía que enderezar sus palabras, valerse del relato oblicuo que, al menos sin los separos, le había servido y eligió al primer Pablo Jofer que pasó por su imaginación: un marino obsesionado con el sexo para quien la vida sólo tenía sentido por escribirse con **V**, dijo, con esa letra que obviamente semeja unas piernas femeninas levantadas, un barandal que desemboca en el único punto hacia el que vale la pena dirigirse y sobre el que vale la pena moverse.

Porque Pablo Jofer había tenido muchas experiencias en, contra, sobre y cabe la **V**, aunque ninguna como la de su memorable iniciación: la de aquella **V** morena que lo había convertido en una **T** empotrada en el recóndito fondo de la **V** de la vida. Porque esa **V** morena –que antes de acordar el precio había sido **o** cerrada– fue transformándose billete tras billete en prometedora **c** abierta y, finalmente, en la **V** mayúscula y profunda por la que Pablo decidió apartarse de la **i** pequeña y onanista de su infancia.

Ahora las vidas de Pablo y Roque empezaban a bifurcarse y, para independizarlas más aún, Correa contó la historia

de otra **V**, la de una **V** rubia que no necesitaba de tatuajes, porque una constelación de lunares le recorría los muslos marcándole bocas donde no había labios, y anclas donde docenas de marineros perdían la noción del tiempo y con ella, el barco y con el barco, el mar. Porque esa **V** dorada, que algo tenía también de quilla naufragante –dijo más dibujando que contando– oficiaba en el puerto de Veracruz tendida en la **U** de una hamaca, donde con las piernas colgadas parecía una **M**: **v** minúscula en el centro elevado de la **M**. Así la había conocido: **M** tranquila capaz de resortear y convertirse en **W**, pues empujaba la pelvis y, más que batir, aleteaba con las piernas hasta formar una secuencia de **MWMWM** que lo dejaba rendido, como caguamo exhausto, a un lado de la hamaca. La distancia entre Pablo y Roque ya era suficiente. Era el momento de volver a vincularlos, de dejar amarrada de una buena vez la simetría de las historias: Esa **V** rubia, dijo Correa como si hiciese un esfuerzo enorme para confesarse, se llamaba Laura. ¡Laura!, repitió Roque. Sí, Laura, Laura como mi madre y la quise matar cuando lo supe... Roque recordó a Lora.

Aunque el marinero Pablo Jofer desembarcó en el puerto de Veracruz, no llegó a tierra firme: nunca llegaba a tierra firme por culpa del mareo y menos ahora, pues Veracruz, más que ningún otro lugar, era de por sí una gelatina de calles que ondulaban bajo sus pasos obligándolo a flexionar las rodillas y a balancearse. A cada tanto, tenía que apoyarse en una pared que se hundía o abrazarse de un semáforo que se doblaba como manguera. No había nada firme en Veracruz, ni el mismo firmamento, que desde otros lugares semeja una mecánica de estrellas que se desplazan por invisibles órbitas de acero, se comportaba estable: las estrellas se le venían encima como si el manto celeste fuera exactamente eso: un

mantel que alguien estuviera sacudiendo. Pablo Jofer reparó en un anuncio luminoso que ondeaba como bandera sobre la fachada temblorosa de una casa: era un tugurio de mesitas de goma que se ladeaban por el peso de las copas y que bailoteaban al ritmo cadencioso de unas mujeres que, sin más vestuario que una raída tanga, se contorsionaban al son del merengue sobre la tarima: pista de baile donde, por lo visto, se originaba el oleaginoso movimiento que se transmitía por todo Veracruz. Pablo Jofer pidió la especialidad de la casa: un tequila servido en copa de madera con forma de barquito para que navegara exitoso sobre el oleaje de la mesa. ¿Y de botana, qué le traemos?, dijo socarrón el mesero. Quiero, respondió Pablo Jofer balanceando la cabeza hacia arriba y hacia abajo, a esa... y apuntó con dedo sinuoso hacia el amorfo grupo de rumberas. ¿Esa o aquella?, preguntó el mesero, pues las bailarinas pasaban de un lado al otro y el dedo índice de Pablo, como anguila, hacía señalamientos curvos. Esa. ¿Esa? No, esa no, aquella. ¿Aquella? No, aquella tampoco, sino esa. Hasta que finalmente dijo: Bueno, la que sea. Y la-que-sea no fue, en modo alguno, la que él quería: la-que-sea fue no la pelirroja, sino la mulata; no la esbelta, sino la gorda serpentina; no la joven maciza, sino la madura licuecente, y se resignó: la larga travesía con su correspondiente soledad marítima, le habían disminuido el umbral de exigencia. Pero aquella mulata no sólo era la-que-sea, sino el único punto quieto de todo Veracruz: no hablaba, no ponía nada de su parte y encima de ella, Pablo Jofer sintió la tierra firme; pero no la tierra firme que ansían los marineros, sino la tierra firme del cementerio, la tierra firme de la parálisis, la tiesura, la muerte y, aunque el catre de patitas tembeleques sobre el que se tumbaron no paraba de temblar, ella absorbía con su carne de esponja esos temblores y neutralizaba el zangoloteo de Pablo oponiendo a cada acción una reacción proporcional e inversa.

Pablo Jofer rechazó a la mulata; pero no por mala, sino porque le recordó a su padrastro, al mil veces maldito Tony, al filósofo escéptico y pesimista que había orillado a su madre a suicidarse. Porque el alma del padrastro era como el cuerpo de la mulata: una pátina que opacaba los colores, una sordina que acallaba el canto, unos guantes de lepra que hacían del mundo una representación sin consistencia, y es que el Tony de esta nueva historia disertaba todo el día acerca del sinsentido y del absurdo y, ante la corrosión de sus palabras, no había modo de que los alimentos terrenales conservaran su brizna de paraíso: esa felicidad mundana que alcanzan los inocentes, los sabios naturales que sí saben saborear la vida.

Pablo quiso aventar a la mulata; pero como se le hundieron las manos sin conseguir moverla, tuvo que retroceder unos pasos, salir de la habitación, salir del tugurio, prenderse de una botella de aguardiente, correr hasta la playa, abordar una lancha y adentrarse en el mar para que Veracruz recuperara su vaivén jarocho y él, esa sensación de bamboleo absoluto con la que conseguía aturdir los deprimentes razonamientos de su padrastro, pues no sólo su madre había estado sometida a ellos, sino también él, que a lo largo de toda la infancia, había mamado la negrura de aquella perjudicial cosmovisión donde sólo la muerte se erguía en el universo. Porque el padrastro sentaba a Pablito sobre sus piernas para explicarle, hechos papilla, el heideggeriano ser-para-la-muerte, la náusea sartreana, el unamunesco sentimiento trágico, el camusiano suicidio filosófico de quienes creen encontrar una respuesta a la opacidad del mundo hasta que lo hacía llorar, porque Pablo lloraba, lloraba inconsolable, pues no conseguía entender, no las categorías o los conceptos, sino por qué los demás niños sí podían estar en la calle jugando a la pelota y, cuando Pablo lloraba, el padrastro se sentía orgulloso, pues pensaba que tenía delante a su mejor discípulo, y lo fue sin duda hasta los

doce años, hasta el día en el que Laura, incapaz de resistir más argumentos metafísicos acerca del sinsentido de la vida, se cortó las venas para quedar tirada en la tina del baño como la prueba, absolutamente irrefutable, de la verdad que Tony predicaba. Ante aquel espectáculo, Pablo tuvo que elegir: o se precipitaba a través de la muerte de su madre hasta la más honda entraña de la vivencia de finitud o se echaba a rodar como su anhelada pelota por ese mundo que, según su padrastro, era fantasmagórico.

Con doce años y sin más saber que un compendio simplificado del existencialismo, Pablo Jofer se escapó de la casa padrastral, plantó una araucaria sobre la tumba de su madre y, aprovechando una luz roja, se trepó al techo de un autobús foráneo donde, después de horas de saltos y de frío despertó en la ciudad de Tampico: puerto inmundo, difícil para un chamaco que quisiera ganarse la vida de otro modo que no fuera pelando papas en un barco y, por ello, a la semana de ir de aquí para allá con su equipaje de hambre, Pablo se hizo a la mar, o más bien, se hizo polizón y, luego a cintarazos, lo hicieron pelapapas, pues en este buque nadie traga gratis, dijo el cocinero cuando lo halló escondido tras una marmita y comprendió no sólo la merma de las provisiones, sino la forma de disminuir, de ahí en adelante, su trabajo. Cinco años navegó Pablo en ese barco y, aunque muy pocas veces subió a cubierta y no tuvo más que papas y limones para jugar a la pelota, ni más diversión que la pequeña claraboya por la que se asomaba a contemplar los saltos de los delfines, los pasó feliz ante el hervor de los peroles, pues el obeso cocinero era un marino viejo que nunca ponía en duda el sentido de la existencia, ni había oído hablar de Sartre o Heidegger y, sobre todo, la muerte le importaba un pito. Para él las palabras servían para ordenar: Pela 50 papas o desescama el pescado, y cuando se demoraba en ellas era por revivir los ratos buenos

que había pasado en tierra; no las consideraba un instrumento de exploración de laberintos metafísicos, ni un látigo para sacudir la conciencia, en suma, no jodía con ellas.

Pablo asoció la grata sensación de vivir con el movimiento y el rumor del mar y, aunque la cocina era prácticamente un calabozo donde trabajaba día y noche, ahí conoció la holgada libertad de no sentir angustia: era suficiente con no oír la voz de su padrastro y con asomarse a ver los tres tonos azules de su claraboya: el azul infinito del cielo, el azul abismo del mar y el delgadísimo azul del inalcanzable horizonte: le sobraba espacio desde el círculo de la claraboya y, a veces, también le sobraba tiempo, pues tras una hora de contemplación le subía una marea de fastidio y lo que segundos antes había sido un arrebato místico de comunión con la inmensidad, se volvía un tedioso paisaje y, por muy obra que fuera de la Naturaleza o de Dios, echaba de menos las telenovelas que veía su madre y contra las que vociferaba su padrastro, porque, finalmente, la claraboya era una televisión que repetía siempre el mismo programa, la misma serie de olas, nubes, delfines, ocasos y noches.

Cinco años fueron suficientes para que Pablo aprendiera el oficio de cocinero de mar, para purgarse de la filosofía de la tristeza y para descubrir que el único culpable de la muerte de su madre Laura había sido su padrastro Tony. Cinco años también bastaron para que Pablo se hartara de permanecer en el buque y quisiera, en cuanto tomaran puerto, desembarcar para conseguir sus propias anécdotas, porque ahora, con medio metro más de altura, barba, bigote y voz de hombre, podría conocer los alrededores del muelle donde desembarcaran y meterse, como protagonista, en cuentos como los que platicaba el cocinero.

El barco, aquella vez, echó anclas en un Tampico cuyas calles, como olas de cemento, parecían una prolongación

del mar: los valles de las ondas eran las avenidas paralelas al muelle y las crestas, las casas: chaparras cordilleras con techos de lámina, donde fachada tras fachada se anunciaba un prostíbulo. Ahí, le había advertido el cocinero, vas a perderlo todo: la plata, los bríos, las ganas de navegar, lo ingenuo y hasta ese odio que sientes contra tu padrastro, y le atinó a casi todo, pues Pablo, ciertamente, perdió hasta la camisa con la **V** morena, hasta las fuerzas para regresar arrastrando los pies al buque y hasta la última pizca de candor; pero en lo relativo al odio fue al contrario: el rencor de Pablo se reactivó como nunca, pues no era lo mismo descubrir en alta mar que las ideas de Tony estaban equivocadas, que sentir en la propia carne gozosa su gravísimo error. Porque, cuando Pablo se hundió, náufrago a plomo, en el mar de caricias de la **V** morena constató, comprobó, comprendió que ahí no había lugar para el absurdo, al menos mientras duraba el placer. El sinsentido era un puro disparate: el sentido resultaba literalmente evidente: estaba en el vórtice de la **V** morena. El padrastro, más que equivocarse, mentía descaradamente igual que todos sus filósofos: la impotencia los había vuelto defensores a ultranza del nihilismo, necrófilos del alma: ni el beso ni el coito eran simplemente la distancia más corta entre dos puntos condenados a muerte. Había otra geometría de teoremas que se decían jadeando, de paralelas que se cruzaban ene número de veces, porque los cuerpos que están uno ante otro no corren indefinidamente sin tocarse, ni son «nadas intraspasables», como dice Sartre, ni «esa cosa mala» de la que habla Platón. La verdadera cárcel del hombre es el alma; los sentidos son las ventanas y el placer, la puerta y, por ello, cuando los cuerpos copulan, hacen como que corren hacia el otro hasta que logran salir libres al más allá inmanente del orgasmo y, cuando ya no pueden ir más lejos, como Pablo en el vórtice de la **V** morena, caen en un desmayo merecido que

los hace cóncavos, que los re concentra en sí mismos, porque no es lo mismo vacíos que vaciados.

Así estaba Pablo, prácticamente inconsciente, sobre la **V** morena y a punto de perder el barco, cuando llegó el cocinero porque el mar y las papas no saben esperar, anda, levántate. Pero Pablo no quería separarse del recién hallado sentido de la vida: No voy a ningún lado, dijo. No seas pendejo, respondió el cocinero, no tienes plata, si te quedas ya no será lo mismo. Y Pablo tuvo que comprender que para que el sentido de la vida se mantuviera era forzoso recobrar la distancia, que brillara a lo lejos, pues sólo así el sentido daba sentido a cada día y hacía admisible el trabajo de dirigirse a él.

Qué fácil es enamorarse desde el mar, qué obligatorio: les ocurre a todos los marineros y no sólo para que cumplan con la tradición del amor en cada puerto o para que aprendan a contar el número de olas que duran los viajes, sino porque la tierra vista a la distancia, como la mira un exilado, un astronauta, un preso, un marinero o un muerto provoca nostalgia. Todo lo extraviado se agiganta como el paraíso, porque la nostalgia es un microscopio y, por eso Pablo, que en este punto no resultó la excepción, se enamoró de la **V** morena; dejó de entretenerse con las historias del cocinero y de extasiarse con la claraboya: las olas pasaban en cámara lenta igual que las nubes, los delfines se quedaban suspendidos en la cima del salto y durante varios días se mantenían ahí sin volver a zambullirse.

Y no obstante, fue la tripulación la que más resintió el enamoramiento de Pablo, que no sólo se cortaba las manos al pelar las papas, salaba el arroz o dejaba que se fueran agujetas en el espagueti, sino que la comida, mala y poca de por sí, un día faltó: Pablo había perdido el tiempo grabando en cada papa un corazoncito que, de un bocado, desapareció de los platos y eso era cuanto había, dijeron los amotinados marinos

al capitán cuando a regañadientes bajaban a Pablo del mástil mayor para llevarlo al calabozo, porque primero fue colgado boca abajo y después fue a dar, entre patadas, a una mazmorra donde a pan y agua, cabrón, para que aprendas que nuestros alimentos son sagrados. Y aprendió la lección, pues cuando al mes salió, lo único que seguía vivo en él era el odio a su padrastro: la tierra había vuelto a significar sólo venganza.

La venganza era, por lo visto, no sólo otra manera de darle sentido a la vida, sino una más resistente: seguía en pie a pesar de la dieta y de la oscuridad del calabozo y, más aún, la venganza tenía como ventaja que apremiaba menos que el amor, pues daba treguas, desatascaba el barco y hacía que las olas pasaran más veloces. El odio sabe esperar, el amor no, fue la conclusión de Pablo que, una vez de regreso a la cocina, se puso a trabajar con tanta furia que cuanta papa pasaba por sus manos se volvía puré. Aunque, de hecho, hacía puré todo: cortaba tan fino los chiclosos pulpos, picaba tanto las escamas y las espinas, pulverizaba de tal manera hasta las latas de aceite que el cocinero tenía que meter en moldes el sagrado alimento para que la tripulación no fuera a quejarse, ahora, de tragar sólo harina de distinto sabor.

Con los años, Pablo pasó de pinche a cocinero y de un barco a otro, pues, en aquello de machacarlo todo para que no hubiera desperdicio, nadie lo superaba. Y también pasó por todos los burdeles que salpican el Golfo de México, pues siempre trabajó en buques de cabotaje para no perder el fantasma neblinoso de la tierra que le permitía saber que, en cada punto, donde hubiese un muelle, había por lo menos una **V** que daba sentido a su vida. Era un hombre anfibio: no acuático ni terrestre: ni demasiado mar adentro ni demasiada tierra adentro. Sin la escarpada costa que para él significaba una **V**, o varias, esperándolo, extraviaba el sentido, y sin el mar, cuyo vaivén hacía que todo se moviera, se le borraba la

conciencia de estar vivo. Necesitaba de la proximidad del litoral para reunir sentido y movimiento: los componentes del antídoto contra la filosofía de su padrastro.

Y por ello, toda la costa del Golfo de México, desde el Cabo Kennedy, en Florida, hasta el Puerto de Progreso, en Yucatán, se convirtió para Pablo en una filigrana cuyo único motivo era la **V**. **VVVVVVVVVV** veía desde su buque y, a veces, cuando de noche estaba despejado, metía por la claraboya de su cocina un catalejo y creía distinguir, en la ventana encendida de este o de aquel tugurio, una cortina roja que tremolaba al viento y que parecía saludarlo como un pañuelo. La tierra para él se pobló de sentidos, de centenares de razones que lo alegraban cada que el buque echaba anclas, porque ese era el momento de gastarlo todo: primero su salario, después el amor de las prostitutas viejas que le fiaban las caricias y, al final, la paciencia de los padrotes que a madrazos lo arrojaban a la calle porque aquí ni contemplar es gratis. Entonces entendía que era el momento de volver al barco, de regresar al mar, de tenderse sobre cubierta para que la luna, con su fuerza gravitatoria, le subiera la marea del ánimo, y de clavarse en la cocina para que sus bolsillos se abultaran de nuevo.

La vida de Pablo había entrado en un ciclo perfectamente estable, donde el amor a las putas y el odio contra Tony coincidían con los períodos de costa y barco que le resultaban tan naturales como la sucesión del día y la noche. Sólo a veces una tormenta o el encuentro con una **V** distinta, que en el acto añadía al litoral de su memoria, movían ligeramente su rutina que tras el leve sobresalto volvía a instalarse como si nada. Y habría podido continuar así hasta el fin de sus días, pero quiso la suerte que ocurrieran dos cambios: murió el dueño de la flota de buques en cuyas cocinas siempre había trabajado, y conoció a Laura, la rubia **V** veracruzana. Don Williams, el nuevo propietario que sustituyó al finado don Sushi, mandó

que, por razones de seguridad, todos sus barcos, incluidos los de cabotaje, se alejaran de la costa hasta perderla de vista y que las travesías se hiciesen por alta mar, aunque los buques tuvieran como destino ir al puerto de al lado. Órdenes son órdenes, dijo el piloto cuando Pablo llegó con la congoja de que ni con el catalejo se miraba tierra. Órdenes son órdenes, repitió el contramaestre cuando Pablo insistió desesperado en que se rectificara el rumbo, y órdenes son órdenes, dijo cortante el capitán cuando Pablo se presentó en el puente de mando con el incomprensible argumento de que la distancia le hacía perder el sentido de la vida.

Navegar se volvió torturante y, con los meses, lo de menos fue que la tierra hubiera desaparecido, el problema estaba en el tamaño de las olas, en la fragilidad del buque que parecía columpio, en las trombas que caían sobre cubierta como si fuesen cataratas y en el crujir del casco por los puñetazos de Neptuno. Era imposible cocinar en aquellas circunstancias: el aceite hirviendo se derramaba de las marmitas a los 50 grados de inclinación y el buque oscilaba 180 de sotavento a barlovento. No bastaba con clavar los barriles: había que clavar las papas, amarrar los costales, sujetarlo todo y, aun así, quien rodaba era Pablo, pues en las nuevas condiciones de nada le valía su antigua pericia para mantener el equilibrio: de hecho, nadie podía conservar el equilibrio: el piso se ladeaba hasta convertirse en pared y el mar se retorcía hasta formar primero un tubo, y luego, una banda de Möbius, una charamusca de millones de toneladas de agua que el piloto no siempre sorteaba con habilidad de surfista.

A la pérdida del placer de navegar se sumó la maldición edípica que Pablo tuvo que cumplir puntual y fatalmente a pesar de ser huérfano: llegó a Veracruz de tarde y obligado a permanecer en el puerto una temporada larga, pues no iba a ser sencillo reparar las averías que el huracán había causado al buque;

saltó a tierra y el destino lo condujo a una cantina de puertas batientes en el preciso instante en el que un padrote empujaba para salir. Pablo empujó para entrar: Hazte a un lado, dijo el de adentro. Apártate tú, respondió el de afuera y, tal y como ocurre en el viejo mito, ambos machos se hicieron de palabras: Yo soy tu padre, dijo el de adentro. No tengo padre, respondió el de afuera. Entonces, soy tu padrastro, hazte a un lado. A Pablo se le fue la sangre al cerebro, el buen humor por haber pisado tierra, el cuchillo para desescamar a las manos y un golpe con el que atravesó la celosía de la puerta, al padrote y a otro parroquiano que hacía cola para salir de la cantina y, aunque había quedado dueño del terreno, tuvo que huir, pues como en las antiguas tragedias apareció el coro: un grupo de borrachas que levantaron tal gritería ante la sangre que Pablo tuvo que correr seis cuadras en zigzag para perderse, para llegar a un antro llamado La Esfinge. Fue directo a la barra: su cara sudorosa en el espejo y su corazón brincando bajo la camisa marinera. La primera copa es gratis, dijo sonriendo el encargado, si respondes correctamente la pregunta. Pablo encogió los hombros. «¿Cuál es el ser que se pone a cuatro patas, luego a dos y luego a tres, y mientras más patas apoya más puta es?». Las sirenas de la policía pasaron aullando por la calle y por la imaginación de Pablo pasaron también aullando unos disparos, porque no me atraparán con vida, pensó. Una mujer, dijo al encargado, necesito la mejor que tengan para pasar aullando mis últimos momentos. Y junto con la copa gratis le llevaron a la **V** dorada: rubio el cabello y más rubio el pubis; con los ojos tan verdes, los dientes tan blancos y tan rojos los labios que los colores de su cara hacían que pareciera la bandera.

Me llamo Clara, dijo ella levantando una paradoja, pues su voz era diáfana y su aliento aguardentoso. Con un gesto lo invitó a seguirla: qué nuca más fina, qué ritmo para subir los escalones rumbo al cuarto: esa **V** era, sin duda, el mejor

sentido de la vida hacia el que había que dirigir, concentrados como un láser, los sentidos, se dijo Pablo y se fue tras ella de nariz, de manos, de ojos y de oídos, pero principalmente de boca cuando Clara se tendió en la hamaca.

Poco faltó para que la rubia **V** veracruzana se desfondara como una doble **i**, **II**, pues, a la fuerza de atracción de su belleza, que hacía de Pablo un cuerpo en caída libre, él agregó la fuerza inercial de su huida, el impulso de proyectil que traía por haber corrido seis calles, y además, otra fuerza de propulsión: el miedo: las ganas de meterse completo como un bólido en un reducto protector para ponerse a salvo del huracán que había destartalado su buque.

No fue placer, sino tranquilidad lo que al principio sintió Pablo. No fue pasión, sino calor, ternura maternal lo que al principio sintió Pablo. No hacía el amor con y en la rubia **V** veracruzana para vivir, para darle sentido a la vida, y tampoco lo hacía desaforadamente para morir en la muerte chiquita del orgasmo, ni para morir en la muerte mayor del infarto; hacía el amor en y con la rubia **V** veracruzana para desnacer, para escapar de los huracanes del mundo, de los policías del mundo y de los padrastros; hacía el amor para dejar atrás el horror de haber nacido, porque metido en ella sintió que nunca había nacido.

Sin embargo, la sensación de paz fue breve, pues casi en seguida, el roce húmedo y tibio de la estrecha **V** le provocó placer y aquella pura necesidad de meterse hasta el fondo, de ocultarse en Clara, se transformó en una serie de movimientos calculados tendientes al orgasmo, y volvió a nacer en el entra y sale hasta que, otra vuelta, fue otro: un individuo separado y distinto cuyo falo, cordón umbilical unos segundos todavía, no pudo impedir que cayera de la hamaca y quedara ahí solo sobre el mundo, piso sucio de burdel veracruzano por el que se extendía la noticia de que un marinero había

matado al padrote de Laura. ¿Quién es Laura?, preguntó desde el suelo al encargado que había llevado a la habitación unas cervezas. Laura es ella, dijo señalando a Clara. Pablo se levantó furioso: ¿No me dijiste que te llamabas Clara? Clara es mi apodo, porque soy muy blanca, respondió ella, ¿qué importancia tiene? ¡Puta madre!, rugió Pablo resumiéndolo todo y, a partir de ahí, se separó de Edipo: no se sacó los inútiles ojos que sólo le mostraban lo previsto, ni se convirtió en el nuevo padrote de Laura como correspondía por haber matado al anterior en un pleito de cantina, ni causó epidemias, ni procreó, ni nada. Simplemente se enfundó la ropa del difunto, pues Laura agradecida por su libertad recuperada le hizo ver que de marinero lo detendrían en la primer esquina, y tomó el tren para la Ciudad de México. Había llegado la hora de vengarse de su verdadero padrastro.

Tantos años de navegar por el Golfo tampoco para Pablo pasaron de balde: México era otro; irreconocible con sus bocas de Metro, sus manadas de vendedores ambulantes, su miseria agresiva en los semáforos, sus marchas de protesta, sus bandas de asesinos, sus lupanares que la prensa anunciaba como salones de masaje y, sobre todo, distinto por sus multitudes de empobrecidos zombis que iban de aquí para allá como los muertos en el Hades, o como si el peso del aire, envenenado y gris, les resultara excesivo para alzar la frente.

Pablo tampoco pudo reconocer el cementerio donde yacía su madre, pues, como las fosas no eran a perpetuidad, hacía mucho que las habían vaciado y ahora, donde debía estar su araucaria, se erguía un moderno edificio de criptas verticales que revolucionaba el concepto de la paz eterna, le explicó la vendedora y lo llevó por los luminosos pasillos de aquella colmena de la muerte para convencerlo de las ventajas de adquirir, cuanto antes, para él y su familia, un medio metro cúbico de oferta, porque dentro de una semana va a subir el precio.

Tampoco existía ya el barrio de su infancia: un terremoto se había tragado las calles, la vecindad, el departamentito, la ventana desde la que veía a los niños jugar a la pelota, el odiado librero, la mecedora de la tortura filosófica, la tina del suicidio y ni el polvo de Tony. ¿Habría muerto también? No y sí, le dijeron en la preparatoria donde 20 años atrás el padrastro daba clases: El filósofo puro, el socrático, el estoico, el escéptico, el sartreano-heideggeriano y, en sus últimos tiempos, el marxista que abogaba por los desposeídos, hace mucho que dejó la docencia para irse de asesor del sistema, de discursólogo de un político que lo trae de corbata. Búsquelo en esta Secretaría, y le mostraron el sello impreso en la carta de renuncia de Tony, ahí oficia ahora junto con otros cuatrocientos o quinientos como él.

Pero en la Secretaría tampoco fue sencillo hallarlo, pues, para empezar, el edificio siempre estaba rodeado de centenares de manifestantes que impedían acercarse a la entrada y, luego, porque la oficina de asesores estaba anexa a la del secretario y era imposible subir hasta ahí con el cuchillo para desescamar, y no por los guardias o los detectores de metales que, tras unos días de asedio, Pablo burló fácilmente, sino por las trincheras burocráticas que venían después, por las innumerables salitas de espera custodiadas por olorosas secretarias: ceros a la derecha en el erario público y ceros a la izquierda frente a los escritorios cuya única función era bloquear el paso; porque Pablo anotó, en las papeletas que le daban, los motivos más oficiales y convincentes para conseguir de Tony una audiencia y jamás pudo ir más allá de la antesala diecinueve.

Al segundo mes de visitar a diario la Secretaría, Pablo encontró una agitación desacostumbrada: más manifestantes en la calle, más guardias en la entrada y las salas de espera repletas de periodistas: se había descubierto un fraude y el secretario

ofrecía una conferencia para informar de los nuevos nombramientos. Pablo acudió al auditorio con la esperanza de toparse con Tony y ahí se enteró de que una docena de asesores habían sido nombrados chivos expiatorios y, por supuesto, de que su padrastro figuraba entre los réprobos, entre los malnacidos vendepatrias, entre los archirrenegados socialtraidores, entre los hombres execrables que prefieren el oro espurio a la satisfacción callada de servir a sus connacionales sin otra recompensa que el agradecimiento de la patria y, Pablo reconoció, en el discurso del Secretario, las palabras con las que lo amonestaba su padrastro, pues por lo visto también esas palabras eran obra de Tony. Y, ¿dónde están los presuntos responsables?, preguntó un reportero. En la delegación, ante el agente del ministerio público rindiendo su declaración preparatoria, respondió el funcionario y, entonces, por eso fui a meterme a la delegación, dijo Benito Correa.

Roque se quedó pensativo; la historia que había escuchado, aunque tenía elementos de verdad, no acababa de convencerlo: era probable que don Williams –un traficante ciertamente aprensivo– hubiera considerado riesgoso transportar la mercancía bordeando la costa y, también, que en alguno de los muchos fraudes que todos los días ventilaba el gobierno para sobrevivir, estuviera implicado el padrastro de Pablo. Roque, incluso, estaba dispuesto a aceptar esa extraña manera de referirse a las mujeres con grafías: **V**, **M** o **W**; pero que el Tony de la historia de Pablo, o cualquiera que se llamara Tony, fuese filósofo, no le entraba en la cabeza. Para él, los tonys eran necesariamente asesinos y el que este fuese un pensador maldito o un podrido ideólogo del sistema no lo volvía más admisible: Tony no le sonaba a nombre de filósofo; antes bien, siempre venía asociado con asaltos a mano armada, con descuartizamientos narrados por la prensa o con víctimas que se llamaban Laura. Y luego, esa

Laura tan simétrica a su madre: muerta también por culpa de un padrastro y con un árbol sembrado sobre el corazón: Una araucaria cuyas raíces, como garras de buitre prometéico, que le habrían hurgado perpetuamente las entrañas de no haber pasado la modernidad por el panteón... todo aquello era demasiado. No demasiado bueno ni demasiado malo, sino demasiado exacto para ser verdad. Me estás tomando el pelo, dijo Roque; pero voy a darte la oportunidad de que demuestres lo que me has contado: si tu Tony existe, lo traerán aquí y podrás matarlo.

Como ahora eran dos tonys los que pedía Roque, el suyo y el de Pablo, guaruras y abogados se reunieron para diseñar el plan de ataque contra la delegación: para unos, simplemente, había que asaltarla a punta de metralletas; para los otros era más eficaz a punta de billeteras: se aprobaron ambos procedimientos por etapas: primero el soborno, después las balas y, obviamente, la segunda estrategia resultó innecesaria, pues nadie resistió los cañonazos de miles de pesos que a diestra y siniestra descargaron los narcoleguleyos. El recurso fue tan exitoso que no sólo obtuvieron un par de tonys semejantes a los que quería el patrón, sino a todos los tonys que había en los separos, lo mismo reos que custodios. 48 tonys fueron a dar a las camionetas y de ahí, como las lauras de 20 años atrás, a la mansión de los atlantes. La vieja costumbre de nunca regresar con las manos vacías había vuelto indispensable que se creara una comisión preseleccionadora que tenía como encargo elegir a quienes mejor cuadraran con el perfil solicitado. El mismo Correa había formado –en su momento– parte de un numeroso grupo de tonys. El eficientismo de los narcos era, no paradójica sino sencillamente, la razón de su incompetencia y también la causa de que el ilimitado poder del jefe no sirviera para nada.

Esta vez nueve tonys habían pasado el filtro, se le informó a Roque y, como entre los preseleccionados deberían estar el padrastro de Pablo y, acaso, su archienemigo de la infancia, Roque llamó a Correa para que realizaran juntos las entrevistas: el primero en pasar fue un estadounidense, un jazzista negro de dos metros de altura, cuya única relación con Tony era el nombre y la circunstancia, en apariencia relevante, de sus vínculos con el narcotráfico, pues lo habían detenido en el aeropuerto por traer retacado de heroína el estuche de su saxofón. Roque lo descartó en seguida, dirigió a Correa un gesto de avergonzado fastidio y el comentario de que sus ayudantes eran tan cuadrados como las computadoras. El siguiente Tony fue un anciano desgarbado, de amplísima frente, barbas patriarcales, anteojos de fondo de botella y una pipa curva que remataba el estereotipo del intelectual mexicano. Correa lo miró con atención: no se había formado ninguna idea acerca de la fisonomía del padrastro de Pablo, pero si alguien podía parecérsele era, precisamente, ese hombre. No te precipites, le dijo Roque al notar su interés.

El recién llegado dio un paso hacia ellos con expresión de duda y preguntó: ¿Eres... Pablo?, ¿Pablito? Correa se hizo para atrás. Sí, intervino Roque, es Pablo Jofer. La cara del anciano se endulzó: Pablito, dijo nuevamente y le tendió los brazos. Correa quedó atónito: una vez más se materializaban sus palabras. Roque no perdía detalle de sus reacciones. El supuesto padrastro seguía con los brazos abiertos. Correa comprendió que su vida dependía de representar fielmente el papel de Pablo: ¿debía saltar al cuello de aquel anciano? No te precipites, volvió a decirle al oído Roque: Estúdialo bien, podría tratarse de un Tony fabricado por mis guardaespaldas.

Entendí tu mensaje de despedida cuando vi la araucaria sembrada sobre la tumba de tu madre, dijo el filósofo a

Correa. Yo te quería como a un hijo y te busqué por todas partes: primero, por la ruta empírica, aplicando las tablas de Francis Bacon: en la tabla de las presencias apunté los sitios a los que normalmente ibas o te gustaría ir; en la de las ausencias inscribí los lugares donde no habías estado y, cuando las tablas estuvieron completas, ordené los espacios de acuerdo con el grado de probabilidad de hallarte, pero en la realidad positiva no estabas: no estabas en el jardín donde ibas a jugar a la pelota, ni en el patio de la escuela que no terminaste, ni perdido frente al televisor; no estabas sentado en mis piernas reflexionando, ni los domingos frente a la tumba de tu madre, ni en los arrabales fenomenológicos de esta ciudad que recorrí hasta comprender, como Bacon, que hay objetos cuya positividad no se puede alcanzar: la cara oculta de la luna o las estrellas que escapan a los telescopios.

Ante el fracaso del método empírico, te busqué por la vía de la deducción trascendental a través de las formas *a priori* de la razón pura; pero de nada sirvió el centenar de juicios universales que construí y, tampoco, los procedimientos analíticos con los que luego intenté inferirte, porque, como bien dice Kant, «la existencia no es un predicado». Y así como fueron pasando los meses sin poder hallarte, también pasaron inútiles, uno tras otro, los métodos de la investigación filosófica, porque los puse a prueba a todos para dar contigo. Incluso al fenomenológico: coloqué entre paréntesis el mundo, purifiqué de intenciones subjetivas mi actitud, te convertí en el centro de la más escrupulosa reducción eidética de mi vida profesional, porque supuse que determinando tu esencia descubriría las pistas que habrían de conducirme a ti; pero también fue en vano, pues, como dice Sartre, «los existentes aparecen, se dejan encontrar, pero nunca es posible deducirlos». Fuiste, para decirlo en pocas palabras, la causa de que la filosofía se derrumbara para mí, ya que nunca me desesperó

tanto su inutilidad como en esos primeros años de tu ausencia y, hasta llegué a entender que mis esfuerzos por mostrarte el abismo metafísico del sinsentido para que estuvieras a salvo de los reveses de la vida, para que relativizaras a partir de la conciencia de muerte cuanto hace sufrir a los hombres, fueron, más que el suicidio de tu madre, la verdadera razón de tu fuga. Porque yo por amor quise entregarte mi verdad más honda, la única certeza a la que había llegado pensando, estudiando, viviendo; pero al mirar la mecedora vacía, la cama de tu madre, mis estúpidos libros, el televisor sin nadie... comprendí que lejos de haber contribuido a tu liberación, sólo había logrado envenenarte el alma, y dejé de filosofar: ¿para quién?, ¿para qué?

Nunca me había remontado tanto a la fuente originaria de la duda como cuando, a solas en tu recámara, me dije ¿Para qué? Esta pregunta, la interrogante acerca del sentido vital de la razón, fue la que me expulsó de la vida teorética a la vida práctica, de la filosofía como ciencia rigurosa al pragmatismo del discurso ideológico, de la económicamente raquítica libertad del catedrático a la esclavitud desahogada del asesor político...

El filósofo guardó silencio. Correa no salía de su asombro: ahora resultaba no sólo que el padrastro de Pablo era real, sino que por razones de verosimilitud y, sobre todo de sobrevivencia, tendría que eliminarlo, pues Roque, atento al desarrollo de la historia, esperaba esa prueba de coherencia: ese homicidio que Correa no se atrevía a cometer, pues nunca había matado a nadie y se le notaba: se hacía evidente en el temblor de su boca, en el manierismo de su postura corporal que, lejos de mostrarlo como un hombre seguro y bien plantado, le daba la apariencia de que en cualquier momento iba a caerse. Porque Correa no sólo no había matado, sino que la

mayor violencia de su vida había sido ese conato de suicidio con alcohol y pastillas que, para colmo, ni siquiera constituía una acción especialmente sangrienta como saltar de un edificio para despedazarse o meter la cabeza bajo las ruedas de un tren para quedar triturado. Era un hombre pacífico, tan pacífico como sólo pueden serlo quienes eligen matarse en vez de tronar las circunstancias que los asfixian y, sin embargo, ahora la alternativa era demasiado clara: ser o no ser Pablo, matar o morirse.

Roque, por su parte, miraba la escena con fastidio; para él los titubeos de Correa significaban otra clase de inexperiencia: no que a Pablo le faltaran agallas para el crimen, sino malicia para entender lo que ocurría en el mundo de los narcos, pues era obvio que ese supuesto Tony –con toda su parafernalia de conceptos filosóficos y su embuste biográfico que cuadraba tan bien con lo contado por Pablo– era un simple impostor en el que se advertía, lo mismo en su apariencia que en sus palabras, el tono melodramático con el que la comisión seleccionadora preparaba a sus chivos expiatorios: ¿Desde cuándo un padrastro ama hasta la abnegación a un hijastro y tuerce el rumbo de su vida por él?, ¡cuándo se ha visto eso! ¿Qué padrastro se ha preocupado nunca por los hijos que vienen con la esposa en lugar de dote?, pensaba mientras veía con condescendencia que Correa, conmovido por la farsa de ese Tony fabricado, no se atrevía a vengarse.

IV

El verdadero Tony Lugano creía que entre él y la mansión de los atlantes había una distancia de siete tonys, de siete hombres entrenados para soportar la tortura y que sólo sabían de la existencia del Tony inmediato anterior, a quien tomaban por el auténtico.

Pero había muchos más y no sólo en cadenas secundarias que se ramificaban hacia centenares de pistas falsas, sino en la que conducía hasta él. Sin informarle, los sustitutos se habían multiplicado delegando en otro la peligrosa responsabilidad de sustituirlo y ya nadie sabía cuántos eran. Hasta el Tony verdadero había contribuido a esta confusión, pues no contento con delegar hacia abajo, también había delegado hacia arriba, hacia tonys más recónditos, anteriores a él, de quienes echaría mano, por si algún día se daba el improbable caso de que las tenazas de don Sushi lo hallaran.

Así, en un punto del esférico laberinto se encontraba el único Tony Lugano de a deveras viviendo en un hostal de cuarta en el barrio de Alfama, corazón de Lisboa. Ahí, protegido

tan sólo por la discreción de su existencia, Tony se dedicaba a comer brochetas de mariscos, canapés de pescado, a ingerir vino verde y a visitar por las noches el casino de Estoril donde mataba el tedio frente a las mesas de ruleta y donde, también de cuando en cuando, se enamoraba de alguna apostadora compulsiva con quien compartía sus fichas doradas, los tragos y la cama.

En el casino había mujeres de todos los países; pero Tony prefería a las nativas porque eran, decía, lo opuesto de don Sushi: no raspan las jotas, ni extraen del estómago golpeadas y partidas las palabras y, sobre todo, no tienen los ojos como rendijas para espiar: a las portuguesas el idioma les reverbera en la garganta y ni dormidas se les rasgan los ojos y, por ello, cuando alguna mujer de labios de color oporto perdía su última apuesta sobre el número 22, Tony le acercaba con naturalidad un cerrito de fichas y le decía al oído: Permítame compartir mi suerte, hoy he ganado mucho. Ese gesto solidario regularmente despertaba un *muito obrigada* seguido de una sonrisa que sabía a oporto y, más tarde, otro *muito obrigada* ante el nuevo lote de fichas que volvían a irse por las fauces del 22. Y luego otro y otro, porque finalmente, qué valían unos cuantos escudos comparados con el sabor de esas sonrisas barnizadas de oporto y que, a veces, hacían que Tony terminara borracho de tanto agradecimiento.

Luego, todo era un trámite expedito: salir acompañado del casino, quedarse en Estoril, volver a Alfama, seguir a Cascáis, entrar en una habitación, arrancarse la ropa, prenderse de una lengua tinta, morder unos pezones duros, penetrar, oír unos gemidos, gemir también: ¿qué?, ¿después qué? ¿Caer encima?, ¿rodar a un lado?, ¿quedar dormido?, ¿encender un cigarrillo? ¿Qué? ¿De qué hablar con aquellas mujeres? ¿Del Tony Lugano verdadero?, ¿de los tonys falsos?, ¿de su imperio que sólo se materializaba en la computadora portátil

vía internet o en el hecho, sin duda agradable, de drenar de cualquier banco el dinero que quisiera? ¿Quién era él en mitad de esa intemperie de referentes abiertos y de portuguesas sonrientes que cada noche lo dejaban no satisfecho, no lleno, sino harto, con la sensación de ya no querer más? Porque Tony Lugano llevaba meses ausente de su vida, meses en el limbo visigodo de Alfama, meses de no tener contacto con su circunstancia más que por la pantalla del correo electrónico que había terminado por convertir su vida real en una mala telenovela de comunicados cada vez más escuetos, porque sus suplentes, eslabón tras eslabón, primero habían juzgado innecesario consultarle las nimiedades y ahora, prácticamente, se lo comían todo. Porque, cuando el sustituto inmediato no le enviaba un lacónico «Bien, va bien», le transmitía una sarta de tergiversaciones que no había modo de entender. Así, la importantísima noticia de la muerte de don Sushi había llegado hasta Tony convertida en nada, pues nada le decía el comunicado recibido. Y cuando a su vez preguntaba que a qué carajos se refería aquello de «Murió el perico» su pregunta descendía hasta el final de la cadena de los suplentes transformada en un «Qué bueno que haya muerto don Sushi, manténganme informado». Era imposible gobernar un imperio en cuya nómina figuraban no cien ni mil, sino posiblemente un millón de personas de todos los rincones del mundo y de todos los niveles jerárquicos y, no obstante, el imperio funcionaba: nadie se podía quejar de que disminuyeran las ganancias; por el contrario, nunca habían sido más boyantes ni se había presentado esa necesidad de invertir, de hacer derramas directas de dinero, pues los bancos ya no eran capaces de manejar aquellas cantidades y menos de guardarlas en las arcas. Pero Tony Lugano se sentía impotente, miraba a la portuguesa que dormía a su lado con un sueño inquieto a causa del oporto y de la adrenalina frente al 22, y se iba a caminar la madrugada

por la ribera norte del Tajo y a pensar en que tampoco sería fácil volver a su patria, pues de las cuitas del ¿qué? pasaba a los imponderables del ¿cómo?

¿Cómo regresar no a México, no a la mansión de los atlantes, sino a Ítaca, a su antigua vida? ¿Cómo desmantelar esa cadena de usurpadores que él mismo había instituido para ponerse a salvo, tan a salvo que ahora, igual que Odiseo, resultaba ser nadie, pues no sólo podía ser cualquiera gracias a la máquina para hacer pasaportes, sino que sentía deslavada su identidad a causa de la nueva rutina? Ser nadie o ser cualquiera había sido útil para sobrevivir: estaba vivo; pero dentro de una vida ajena, pues quien caminaba junto al Tajo no era él y, tampoco, quien sentía esa nostalgia de sí mismo. ¿Cómo recuperarse y recuperar el mando de ese imperio que se le había ido de las manos como se le habían ido las huellas digitales a fuerza de manosear tantas fichas y portuguesas de casino? Tony Lugano llegó a la conclusión de que sólo existía un hombre capaz de urdir el plan que le hacía falta, un plan maestro que incluyera todos los cálculos para llevar a cabo la reconquista; pero don Sushi era, precisamente, el culpable de que él hubiese delegado en otros su persona y eso constituía actualmente su problema.

Ojalá que don Sushi estuviese en el infierno, dijo Tony y se encaminó al embarcadero de Lisboa donde en un kiosco se exhibían diarios viejos: miró los encabezados y la frase, que no había logrado descifrar en su correo electrónico, estaba ahí perfectamente clara, pese a estar escrita en portugués: el perico muerto era don Sushi: las primeras planas de algunos periódicos mostraban al japonés dentro de un catafalco y, ahora sí, sin ojos: hasta las apretadas rayas habían desaparecido con la muerte. Una alegría instantánea iluminó la expresión de Tony, pero ¿sería verdad?, la duda volvió a apagarlo. Es posible que sí, pensó resplandeciendo, esa es la noticia que

estaba en mi computadora; sin embargo, ¿por qué decía «un perico» y no don Sushi, les faltaría confirmar la información a sus empleados?, y volvió a ensombrecerse. El semblante de Tony relampagueó como un foco de luz capaz de desatar un ataque epiléptico, hasta que el sí es verdad y el no es verdad se mezclaron en la penumbra de un tal vez: zona intermedia que maldita sea no me resuelve nada, dijo Tony comprando los periódicos y, una vez más maldita sea: no podía traducir aceptablemente las notas.

La portuguesa del casino seguía dormida cuando Tony regresó con los periódicos. Jamás miro los diarios, dijo ella rehusándose en portuñol: las noticias me enferman. Pues esto te va a enfermar más, repuso él encajándole la pistola en el estómago. La portuguesa despertó plenamente y, en efecto, ahí estaban los pormenores de la muerte del capo japonés y las declaraciones del primer ministro de la Gran Bretaña y el accidente de una locomotora y el alquiler de pisos veraniegos en Torremolinos y los horarios de los museos de la fundación Gulbenkian y hasta las ofertas de las lavanderías, porque la portuguesa le tradujo todo, desde el primer artículo hasta la última inserción, y Tony tomó nota de cuanto le parecía interesante: detalles del importantísimo deceso o simples direcciones que despertaban su curiosidad, como las señas de una adivina llamada Circe, cuyo anuncio prometía no sólo la típica develación del futuro, sino el auxilio técnico en el diseño de los planes que más rápidamente permitieran alcanzarlo.

El resto del día, Tony lo pasó ante su computadora enviando y recibiendo mensajes: los suyos enérgicos y amenazadores; los de sus suplentes, breves y ambiguos. Al parecer, no había ningún Tony leal en la cadena, pues no sólo el suplantador inmediato insistía en referirse a don Sushi como «el perico», sino también los demás que incluso hablaban de «un loro pequeño». Cuando Tony se percató de que los comunicados de

todos sonaban a burla, contuvo su rabia: había aprendido que la indignación sólo era muestra de debilidad; escribió un último mensaje en el que se fingía satisfecho ante las respuestas recibidas y, como si estuvieran espiándolo, cerró complacido su computadora.

Afuera del hostal las intrincadas callecitas de Alfama le resultaron menos laberínticas: los textos de sus suplantadores admitían otra lectura: eran, de acuerdo con la hermenéutica del interlineado, de la subhistoria y del subtexto, un indicio seguro de la muerte de don Sushi, pues, las sublevaciones empiezan cuando acaba el peligro, se dijo Tony y, contra lo que siempre había pensado, lamentó que el japonés hubiese muerto, pues con él también había desaparecido el contrapeso que mantenía en el orden a los tonys suplentes.

Ahora, más que nunca, necesitaba un plan: un plan perfectamente estructurado para recuperar su imperio, pues no sólo tendría que desbancar a un usurpador, sino dar siete golpes de Estado simultáneos, y posiblemente más, pues, ¿quién le aseguraba que sus suplentes no hubiesen extendido la cadena de los impostores y ahora, en vez de siete, fuesen mil los tonys falsos? Con estas reflexiones, Tony caminó por la Avenida de la Libertad hasta el Circe's Tarot. Cafetín de brujas adornado con cortinas de seda que abombaban de rojo el techo y las paredes, y donde, paradójicamente, nadie echaba el tarot: lo consideraban una superchería; lo serio eran los arabescos del café, las líneas de las manos, el iris, el aura, las bolas de cristal y, por sobre todas las cosas, la arena del desierto: En estos polvos traídos de las dunas errantes del Sahara, decía Circe, están todas las claves del destino. Se arrodillaba frente a ellos, hundía las manos palma abajo, luego las levantaba lentamente y pequeñas pirámides de arena se mantenían sobre sus dedos. Aguantaba la respiración y, aunque su pulso era firme como el de un cirujano plástico, resbalaba la arena: Es el eco,

decía, de pisadas antiguas de los dromedarios, es la memoria de los aires que barren el desierto, porque en él ninguna huella perdura salvo la verdad, y Tony la miró con escepticismo: ¿Qué verdad que valiera podía conseguir de esa bruja? Ninguna, respondió ella, si el muerto en el que piensas sigue alejándose. Tony la miró sorprendido, pues, sin habérselo confesado, estaba ahí por el inconsciente propósito de tener una entrevista póstuma con don Sushi. Es un viejo samurai, agregó Circe y metió las manos en la arena como para coger un anillo que acabara de caérsele en el agua, un samurai al que cortaron su última atadura asesinando a su último heredero. En ese instante, Tony comprendió el segundo enigma de los comunicados: «el pequeño loro» del que hablaban debía ser el heredero de don Sushi. Necesito su consejo, dijo Tony sintiéndose ridículo, pues, al igual que la bruja, estaba a cuatro patas con las manos perdidas en la arena. Venganza es lo que pide a cambio, dijo ella. Venganza es lo que también yo quiero, respondió Tony y sintió que debajo de la arena una mano lo estrechaba, la misma mano extraordinariamente fría de cuando prometió aplazar su boda con Laura y, entonces, Circe dijo con voz de médium: «Tu primer enemigo habrá de ayudarte, porque los puentes se construyen desde ambas orillas. Búscalo para que te encuentre. Su odio te reconocerá. A través de su odio volverás a ti mismo». ¿Mi primer enemigo?, preguntó Tony desconcertado: tú fuiste mi primer enemigo. «El primer enemigo es el que te elige, no el que eliges tú». Tony sintió que la mano que lo sujetaba volvía a ser un puño de arena y, Circe agregó todavía: «La fuerza no se aniquila con la fuerza».

Esa noche, en el casino de Estoril, Tony no apostó: bebía en la barra un vodka y se miraba en el espejo. Si don Sushi no era su primer enemigo, ¿quién entonces? El primero debía, obviamente, estar en el pasado; pero el pasado de Tony no

tenía más profundidad que la fecha en la que había heredado el imperio. Detrás de aquello no existía ningún antecedente que valiera la pena. ¿Tal vez algún sobrino legítimo de don Eusebio? Pero él mismo había investigado todo acerca de su falso tío y no existía ya nadie.

Una mano en el hombro lo sacó de sus reflexiones: la portuguesa que por la mañana le había traducido los periódicos estaba junto a él en el espejo y junto a él a la barra, aunque en el espejo estaba más cerca y más decidida: el incidente del revólver le había encabritado la imaginación y, ¿qué tal si nos vamos a mi casa, le dijo entrecerrando sus ojos de color oporto, y me cumples un fantaseo que tengo? Tony no se movió: necesitaba entender a fondo las palabras de Circe, descubrir quién era su primer enemigo, recordar su pasado y entender cómo el odio podía construir un puente: lo que menos quería era la fácil distracción de los cantos de una sirena de casino; pero la portuguesa, buena conocedora de las artes, particularísimas, que han de ponerse en juego para atraer a cada hombre, abrió su bolso, mostró el diario que traía adentro y con su voz de sirena melodiosa dijo: Es el de hoy, trae noticias nuevas acerca del japonés que te interesa.

Eran nuevas; pero Tony las conocía en lo fundamental: el jet del difunto don Sushi había caído en la bahía de Nueva York, a un centenar de metros de la Estatua de la Libertad, y el sobrino, único heredero del acaudalado japonés, así como una docena de los más prestigiados abogados de Oriente estaban muertos. Las esquelas fúnebres –que habían provocado la inclusión de muchas secciones especiales en los diarios– tapizaban el piso de la casa de la portuguesa cuando Tony llegó. Ella, a cuatro patas como Circe, estaba decidida a traducirlas todas: No hace falta, dijo Tony tumbándose en un sillón, qué podía importarle que miles de empresas, desperdigadas por los cinco continentes, informaran del lamentable deceso de

su director general, de su accionista mayoritario, de su primer presidente, de su efímero jefe, pues, el sobrino no había logrado sobrevivir a don Sushi ni siquiera un mes. Pero la portuguesa sí quería traducirlas: puso en la mano de Tony el revólver, le pidió que le apuntara y, a gatas y desnuda, fue leyendo una tras otra las esquelas al tiempo que emitía unos jadeos de placer a los que Tony, casi en seguida, se acostumbró.

Algunas esquelas, sin embargo, sí resultaron importantes: las enviadas desde México; pero la portuguesa, al notar el interés de Tony, se negó a seguir: Hasta que no participes en mi juego, le dijo, y Tony tuvo que encañonarla con fuerza para enterarse de que el pésame que sus compañías habían insertado no lo firmaba él, sino Roque Segal. Ese era el nombre que quería recordar. El nombre de su primer enemigo fue pronunciado por la portuguesa en el instante en que se sacudía por el primer orgasmo de un racimo que la mantuvo durante un cuarto de hora gritando Roque, Roque, Roque Segal, a los cuatro vientos. Ahora sí, Tony no iba a olvidarlo nunca. Quién sabe cómo, Roque había eliminado al primer suplantador del laberinto y ya se encontraba a la base del puente al que, desde ultratumba, se había referido don Sushi. Tony experimentó una rara satisfacción por el hecho de que Roque hubiese perseverado en su odio, mantenido por más de veinte años esa oscura fidelidad. Con enemigos así, no hacen falta amigos, pensó, mientras la portuguesa, aún de hinojos, le besaba las manos y le cubría de *muito obrigada* el cañón del revólver.

El plan de recuperación del imperio ya estaba en marcha y, como siempre, no era una línea recta: no era el caso salir del escondite, aparecer en la mansión de los atlantes y enfrentarse a Roque, sino de desandar uno por uno los rincones del laberinto, de llevar a cabo, desde una y otra punta, la eliminación de los intermediarios. El odio de su primer enemigo le ahorraría, por lo menos, la mitad del trayecto que debía

remontar. Su objetivo inmediato era el falso Tony inmediato, el que se encontraba escondido en Marruecos, en la ciudad de Chechaouen, tan retorcida como Alfama, y protegido nadie sabía cómo, pues cada doble autónomamente decidía sobre los asuntos de seguridad.

El falso Tony inmediato tampoco se había enterado oportunamente del deceso de don Sushi, ni había podido entender los crípticos mensajes de su correo electrónico. A diferencia del Tony verdadero, no tenía un enemigo como Roque, ni un casino donde perder el tiempo, ni una portuguesa que supiera a oporto. Chechaouen era para él una urbe ilógica, donde irremediablemente se extraviaba al no encontrar el túnel de comunicación entre la parte alta y la parte baja de la ciudad, y por ello, había terminado por hospedarse en dos hoteles. De ese modo podía ir y venir por Chechaouen sin preocuparse de que la noche lo sorprendiera errando por esas calles en las que a cada paso le jalaban la ropa exigiéndole un dirham, pues, al igual que el Tony original, no tenía una guardia privada ni una fortaleza, sino que había elegido el bunker de la vida discreta por considerarlo más seguro. Así, en vez de ir al casino iba al zoco a oír en lengua bereber los cuentos de *Las mil y una noches* y, en lugar de una mujer fina de ojos y labios de color oporto, se consolaba con una gorda marroquí que sabía a té de menta y que bailaba la clásica danza de los siete velos; aunque con catorce, pues siete no la cubrían lo suficiente y, sin embargo, era un portento de belleza nativa que en el cabaret tasaban en doscientos camellos y algunas noches, incluso, hasta en trescientos, pues, con una charola llena de velas encendidas que pasaba del vientre a la cadera y del pubis a la cabeza, se contorsionaba con tal gracia que los marroquís auténticos, los turistas disfrazados como marroquís de chilaba y hasta el falso Tony, de chilaba también, abrían asombrados la boca y ningún precio les parecía excesivo.

Al final del baile, ella iba de mesa en mesa escuchando ofertas a las que sonreía con esa tajada de luna, absolutamente blanca, que mostraban sus labios, hasta el reservado donde el falso Tony la esperaba tranquilamente, pues nadie era capaz de pagar más camellos por caricia, ni más dirhams por hora. Él se ponía de pie, le calzaba la silla, corría las cortinas para producir una intimidad instantánea y, una vez más, caía por tierra el falso prejuicio de que la mucha carne es necesariamente fofa, porque la marroquí era maciza como el plomo, dura como la vida en el desierto y firme como el cuarzo: valía su peso en oro.

El falso Tony, pese a lo regalado de su vida o, mejor aún, precisamente por ello, tenía constantes conflictos de identidad: no era el Tony verdadero que, aun destronado, era el que era y tampoco el verdadero Tony sustituto: había tantos... Era, a lo más, el suplantador de Marruecos, el Tony de Chechaouen y, en ocasiones, ni siquiera esta idea le parecía confiable: su misma vida doble: su habitación en el hotel de la parte alta de la ciudad y su habitación en el hotel de la parte baja, lo llenaban de dudas, lo hacían sospechar de que en Chechaouen hubiese dos tonys falsos, dos sustitutos que se movían sin encontrarse, que se desplazaban como las puntas de un palo de escoba y no como los extremos de una serpiente que se muerde a sí misma. Y es que no sólo tenía duplicadas las habitaciones, el equipaje, la computadora; también asistía a dos cabarets, uno cuando andaba en la parte alta y otro cuando no conseguía salir de la parte baja. En cada cabaret, sendas bailarinas igual de morenas, igual de gordas y de duras, se dirigían a él al final del baile, y cada una lo trataba como si la noche anterior hubiesen estado juntos. La sospecha de que también él estuviese duplicado extremaba su conflicto de identidad: ¿Habré sido yo o habrá sido el otro?, se decía al descubrir que el cepillo de dientes no estaba a la izquierda de la repisa, donde creía

haberlo dejado, sino a la derecha. ¿Seré yo?, volvía a decirse al oír los timbrazos del teléfono que jamás debía descolgar porque responder es muy peligroso: te ubican de inmediato. Y cuando el teléfono enmudecía se llamaba a sí mismo a su otro hotel, pero allá tampoco contestaba: las mismas razones de seguridad se lo impedían.

La crisis de identidad ocasionada por la pérdida de su antiguo contexto, agravada por no vivir su vida, sino la de otro, y colmada, al grado de enloquecerlo, por la sospecha de ser un suplantador suplantado, hicieron que el Tony de Chechaouen se convirtiera en su peor enemigo, pues se llenó de dudas patológicas que lo lanzaron por un tobogán de descuidos e imprudencias. ¿Qué hacía buscándose a sí mismo por las calles de esa ciudad de fachadas sin ángulos, cuando debía estar oculto o, al menos, sin revelar su falso nombre a nadie? Porque al principio sólo a las bailarinas les dijo que era Tony, pero luego abordaba a cualquier transeúnte para preguntarle si de donde venía, en la calle que acababa de doblar, no lo había visto ya, si no se había tropezado con él antes, y terminó loco, intentando subir a un alto minarete para gritar por las bocinas que era Tony, pero lo bajaron a golpes y en el suelo siguió gritando que era Tony, y así continuó en la ambulancia y en el manicomio hasta que lo calmaron con una inyección intravenosa, y es que era cierto: en Chechaouen deambulaba otro: no otro Tony falso; el verdadero Tony.

Salió de Alfama con la información que le habían dado en los tiempos de la disciplina y el orden: domicilios, teléfonos, costumbres, señas particulares y tatuajes; llegó en barco a Marruecos decidido a eliminar personalmente a su doble inmediato: no volvería a delegar en otros sus funciones, así habían comenzado sus problemas; fue de Tánger a Chechaouen; fue a los cabarets para beberse el baile de las bailarinas recias que le correspondían, a los cuartos de los dos hoteles para

dormir en las camas que le correspondían y, en los restoranes, pidió los platos de cuscús que comía su doble y que también le correspondían, porque todo era suyo, aunque tuviera que recorrer el mundo para recuperar una por una las moronas de su imperio, como recogía del plato uno por uno esos granos de arroz quebrado que usted se terminó, le dijeron al Tony impostor cuando, hambriento y paranoico, llegó a la hora de la comida, porque algo semejante le acababan de decir en el hotel, donde no había pasado la noche y, sin embargo, la cama estaba deshecha porque usted la deshizo, le explicaron en la administración a la que fue a quejarse, ya triste de por sí, porque venía del cabaret donde su bailarina se había negado a complacerlo una vez más, porque estoy exhausta, acabo de bailar cien veces para ti, ve las velas consumidas. Y el falso Tony miró la charola de las acrobacias con los pabilos humeantes todavía, con la cera derretida todavía y, en el cuello de la bailarina, estampadas las marcas de los mordiscos que acostumbraba darle, todavía húmedas y rojas.

Soy Tony, gritaba el Tony falso, porque sentía la necesidad de asirse a cualquier cosa, cuando en la ambulancia un tranquilizante intravenoso le nubló la conciencia. Soy su hermano gemelo, dijo el Tony auténtico, cuando se presentó en el manicomio con la pena de que esos arrebatos lo aquejan desde niño. Quisiera verlo. Está sedado. No importa. Y lo condujeron a través de una kasbah de corredores hasta el pabellón de los locos, donde las camas no estaban alineadas, sino distribuidas de un modo caprichoso como las ideas de los enfermos: Es para que se sientan más a gusto, explicó la enfermera y descorrió la última cortina para que el Tony auténtico se enfrentara a su doble: no estaba mal para ser el Tony inmediatamente falso: el parecido era notable, un parecido que disminuía conforme se bajaba por la cadena de suplantadores, pues cada eslabón sólo debía ajustarse al

modelo previo. Y tampoco estaba tan mal de la cabeza, pensó el auténtico Tony cuando, ya a solas con su doble, le puso un almohadón sobre la cara y lo apretó durante diez minutos.

Tony comparó las cartas recibidas en su correo electrónico con las que tenía la computadora del Tony de Chechaouen y comprendió que se había acercado un paso a la verdad, pues en estas la alusión a la muerte de don Sushi resultaba más clara: no se referían simplemente a un perico, sino a un «don perico». Faltaban el «don» y, sobre todo, algunas comas cuya ausencia modificaba de manera importante el sentido de los mensajes. Tony volvió a alegrarse de haber asfixiado al desleal impostor y más se alegró de abandonar Marruecos: ya estaba harto de la talla de las bailarinas y de la dieta de carne de camello: lo esperaba Brasil, donde se escondía su siguiente doble.

Fue un viaje largo, más de Tánger a París a causa del avión marroquí, que de París a Manaus, y habría sido más largo aún si Tony se hubiese empeñado en llegar hasta el maldito punto del Amazonas donde se hallaba su precavido doble; pues este, en vez de elegir el halo protector de la vida tranquila para disimular su existencia, había optado por la vía tradicional de pagarse un ejército, construirse un alcázar y valerse de las ventajas de la naturaleza: el bunker brasileño estaba en plena selva. Tony se detuvo en Manaus: era necio seguir más adelante: los imperios se pierden y se defienden a balazos, pero con ese método no se recuperan ni se ganan. La muralla de Troya fue derrumbada por la astucia, no por la fuerza, pensó Tony mientras veía, desde el muelle de Manaus, que el caudal de un río de agua tan negra como el petróleo formaba una trenza de varios kilómetros con las aguas de un río transparente. ¿Para qué contratar un grupo guerrillero y enfrentarlo a los mercenarios de su doble si al cabo de la lucha terminarían revueltos como esas aguas? «La fuerza no se aniquila con la

fuerza» había dicho don Sushi y Tony, luego del largo viaje que le cambió el Sahara por la Amazonia, creía entenderlo: Quien combate la fuerza con la fuerza, alimenta a su enemigo; luego, lo desgasta desgastándose y, al final, ninguno de los dos gana de manera completa. La fuerza mientras más fuerte es, más necesita para mantenerse: el talón de Aquiles de la fuerza está en su tamaño, porque a mayor fuerza mayor dependencia de la línea de abastecimiento: es ahí donde había que atacar, no en la línea de fuego.

También las calles de Manaus resultaban impropias para el tránsito expedito: no porque fuesen confusas y laberínticas como las de Alfama o Chechaouen, sino por el andar de las mulatas de ojos azules que traían en las caderas un balanceo de rumba y un perfume que incluso los cazadores de cabezas usaban para poner en celo a sus víctimas. Tony, a pesar de vivir concentrado en sus estrategias, que hacían de la cuadrícula del globo terráqueo un esférico y violento tablero de ajedrez, no era inmune al llamado perentorio de esos aromas orgánicos que venían de la selva y que lo jalaban a los *boites* donde entraban las mulatas y donde se ofrecían caipiriñas con cachaza, espadas de carne y carne para las espadas.

El *boite* estaba oscuro y abarrotado de hombres y mujeres en tanga. Hacía calor y materialmente no había modo de abrirse paso más que quitándose la ropa para resbalar entre esos cuerpos lubricados por el sudor, así se había colado la mulata que Tony seguía: desnuda y empujando se perdió entre la carne de aquella multitud que cantaba y bailaba con los brazos en alto. Tony, para no atascarse en esa masa, se deshizo incluso de la trusa y aceptó el aceite que le brindó la empleada del guardarropas: había que untárselo en el vello púbico y en el pelo del pecho para poder meterse sin dificultad. La escasa luz de las farolas rojas paulatinamente se fue debilitando. Tony estaba a seis cuerpos y a veinte codazos de su mulata, cuando

se hizo, entre carcajadas y gritos, la más completa oscuridad: ni los foquitos que relampagueaban en el suelo, ni las linternas de las meseras, ni la efímera brasa de un cigarrillo a lo lejos. Tony tropezó con un contorno tibio: una silueta femenina al tacto que bien podría ser la de su mulata. La quiso sujetar, pero al mover las manos fue desalojado hacia la izquierda, hacia otro cuerpo más tibio aún y más inconfundiblemente femenino que se plegaba mejor al suyo –él de frente, ella de espaldas– y la tomó por la cintura; pero, sorpresa, no era lo que andaba buscando y empujó para volver a la derecha donde efectivamente estaba su mulata y uno y otra embonaron como sombras machimbradas, porque con una sola mano le abarcaba el vientre y hacia abajo no tenía contradicciones y la abrazó con todas sus fuerzas para no perderla, pues la sombra, samba pura, no dejaba de moverse y por nada del mundo dejaría escapar las curvas comprobadas de ese cuerpo que se le iba, como se iba él, porque en esa masa todos resbalaban: los cuerpos subían como los pistones de un motor y bajaban para hacer un recorrido horizontal y sinuoso como el trayecto de una foca a través de ese mar de gente que no paraba de crecer, pues segundo a segundo llegaban más personas.

Tony empezó a asfixiarse, muy pronto fue incapaz de mantenerse en pie: sus zapatos dejaron de hacer tierra igual que los tacones de la mulata. Con un ángulo de 45 grados estaban suspendidos entre la multitud y empezaron a resbalar hacia abajo, hacia el centro de aquel pastel humano que ya no tenía un piso ni dos, sino muchas capas de gente que circulaba como burbujas de aire buscando la salida. Era como si todo Manaus se hubiese dado cita ahí, como si el *boite* fuese un hoyo negro que atrajera para compactar a los negros y a los blancos. Tony sintió que se fundía con la mulata y que a través de ella fornicaba con el todo, con el universo en su conjunto, con un pueblo en brama y hasta con su perdido imperio. Por

un instante tuvo la impresión de que la apretadísima mulata poseía el reducto más holgado del *boite*, pues fuera de ella, la densidad de la carne equivalía a estar buceando en una alberca de mercurio; pero lo que apretaba afuera también apretó adentro: la presión que estaba a punto de fracturarle las costillas, hizo que cedieran las caderas de la mulata y él salió expulsado al expulsar su esperma; salió como un torpedo, resbaló por entre las carnes mal amalgamadas de la multitud y, cuando creyó que ya no podía más por la falta de oxígeno, estiró un brazo y fue jalado hacia afuera del *boite* por los socorristas de la Cruz Roja que, gracias a la experiencia adquirida en los estadios de futbol, iban sacando vivos, y sin necesidad de una cesárea, a los sobrevivientes de aquella orgía pública que para Tony representó un renacimiento.

¿Cómo eliminar a su doble en Brasil? La experiencia en el *boite* le sugirió el modo: lo mataría por asfixia. Tenía que fingir ser el Tony de Chechaouen, ser su propio suplente por unos días, y entrar en componendas con el Tony que venía a continuación del brasileño, con el Tony de Noruega, con el vikingo del palacio escandinavo que, según se desprendía de los informes, era lo opuesto del usurpador brasileño: uno había elegido el trópico y la selva, el otro, las estepas nevadas; uno era anormalmente fiel a una sola mulata, el otro no tenía favoritas. Era la pugna lógica entre sur y norte, el enfrentamiento obligado de Thor con la macumba y, sobre todo, una atractiva posibilidad de enriquecerse más allá de lo humanamente necesario, pues, el que un eslabón de la cadena de suplantadores se confabulara con otro para repartirse lo que recibía el eslabón de en medio, no sólo resultaba apetecible, sino extraordinariamente raro que no hubiese ocurrido: ¿estaría ya en curso? Esta sospecha hizo que el Tony auténtico revisara escrupulosamente la computadora del Tony de Chechaouen y, en efecto, lo sospechado estaba en los archivos

ocultos: el marroquí y el noruego se habían puesto a reunir los números bancarios del Tony brasileño y sólo les faltaba estar seguros de que la relación fuera completa para efectuar las transferencias y cancelar las cuentas. El verdadero Tony se sintió decepcionado de sí mismo; aunque también más seguro de su plan ya pensado por otros: la estrategia del bloqueo económico para provocar la sublevación de los mercenarios en el bunker, para hacerle al Tony brasileño una huelga de fidelidad a control remoto, estaba en sus manos: cotejó la lista de los números conseguidos por sus subalternos con la relación que él poseía y sólo faltaban 357 cuentas de las 4 820 que formaban el total. Habían hecho un buen trabajo de aproximación: ni el Tony de Chechaouen estaba tan loco, ni todo en el vikingo era violencia.

Los mercenarios reaccionaron con la legendaria precisión de los relojes suizos: a los diez minutos exactos, a partir del momento en que supieron que sus cheques carecían de fondos, colocaron una soga en el cuello del Tony brasileño, y minutos después, los suficientes para que este hiciera unas cuantas llamadas telefónicas que nada resolvieron, quienes habían jurado la más firme lealtad, quienes tantas veces bajo las balas de los atentados habían ofrecido su vida cubriendo con su cuerpo el cuerpo del patrón, tiraron de la cuerda y el gran jefe, el jefe sagrado, se zangoloteó de la cuerda igual que cualquiera y, también como cualquiera, sacó la lengua para despedirse del mundo con ese típico gesto de desprecio que ponen los ahorcados.

Ese día, los *boites* estuvieron vacíos: el embargo económico golpeó tan rudamente las finanzas de la clientela que hasta la cachaza, con la que los mercenarios querían atontarse para no afrontar su desgraciado retorno a las favelas, circuló por goteo. El verdadero Tony, en cambio, circuló libremente: la crisis económica que había ocasionado poniendo a los capitales

alas de golondrina, mudándolos de país sin previo aviso y sin que los expertos bursátiles entendieran nada, había abaratado a las mulatas, descongestionado los *boites* y entristecido la samba. Y al día siguiente fue peor: la misma selva que poco antes se abalanzaba como un incendio vegetal devorándolo todo, perdió exuberancia, comenzó a ralear; la amazonia se deforestaba pese a las protestas de los grupos ecologistas y de los ritos de los aborígenes que no entendían por qué la selva se iba encogiendo y los descobijaba. Para Tony, Manaus perdió su laberinto: aquella red de aromas que lo hacían ir detrás de las mulatas a meterse en los *boites* desapareció: la prostitución cundió en las calles, formó filas, formó vallas para él: era el único cliente ante la inmensidad de la oferta. Otra vez todo era suyo en cientos de kilómetros a la redonda.

Ya sólo le faltaba cumplirse dos caprichos. El primero, poseer a la famosa mulata que había vuelto monógamo a su doble y, el segundo, comprar unas mariposas azules. ¿Cómo era ella que había logrado en ese paraíso brasileño, donde la belleza está de oferta, convertirse no sólo en la primera dama del bunker, sino en la única? Es una mulata de ojos color ámbar, bien formada y alta, le dijeron. Tan llamativa como cualquier otra, pensó Tony al ver sus fotos. Aquí no está captada su principal virtud, siguieron diciéndole: la que hace que todos los coreógrafos de las escuelas de samba la espíen para inspirarse. Porque tiene el peculiarísimo don de embobar a cualquiera con sólo moverse, con sólo llevarse una taza de café a los labios; porque, cuando cruzaba los brazos por detrás de la nuca para que respiraran sus axilas y sus senos apuntaran al cielo, no había en el bunker uno solo de nosotros que respetuoso no bajara la vista y se sintiera mal; mal por la perra suerte de ser un mercenario y no el patrón, mal porque estaba prohibido mirarla fijamente, mal porque aquí no les pago para que me cuiden, sino para que la cuiden

a ella: y es que el jefe habría incluso podido salvarse con los dólares que había en la bóveda del bunker; pero prefirió salvar a su mulata: pagarnos para que nadie se atreviera ni a verla y nosotros, como somos unos profesionales, lo matamos pero le cumplimos: hasta hoy, nadie la ha mirado con lascivia: pura revisión de soslayo, puras miradas inocentes; pero, como mañana vence el plazo amparado por el monto de nuestros honorarios, estamos aquí ante usted, le dijeron, por si le interesa tenerla y a Tony por supuesto que le interesaba.

Llegó perfectamente empaquetada en una bolsa de plástico. La etiqueta decía: Entrega Inmediata, Frágil, 60 kg. y 1.70 m. Tony la colocó sobre la cama; descorrió el cierre y comprendió en seguida por qué la mulata había llevado hasta el sacrificio a su doble. Lo del ritmo era cierto: de la bolsa asomaron no unos brazos, sino unas serpientes de caoba que proyectaron sobre la pared del fondo las siluetas chinescas de un par de cisnes apareándose. Y cuando la mulata salió del todo, completamente desnuda y danzarina, Tony sintió que hasta ese momento había desperdiciado la facultad de la vista, porque si algo era digno de verse en este mundo y sus alrededores, en todos esos mundos que él, como príncipe del narcotráfico, volvía posibles, era ese milagro de mulata, ese milagro de mujer que al moverse hacía tangible la evolución del aire, las formas en que resbala el viento, pues no era el suave retorcerse de una columna de humo, ni el pincel ondulante de los trigales de Van Gogh y menos esa danza, comparativamente simiesca, de las prostitutas de los boites. Era toda la amazonia y el trópico con sus millones de árboles meciéndose y sus jaguares sigilosos, y saltó de la cama hasta Tony para que, otra vuelta, sintiera que también había desperdiciado el tacto, pues su piel de mulata estaba hecha de la misma sedosa gamuza con la que los dioses forran sus almohadas en el más allá.

Tony la tomó de la cintura con ambas manos: qué balanceo de caderas: ese cuerpo se movía en un espacio tetradimensional, rotaba, quién sabe cómo, hasta que su lado derecho se volvía el izquierdo haciendo que Tony, sin haberla soltado, quedara con las manos invertidas y los brazos trenzados. Ella seguía contoneándose, describiendo con las caderas un nudo de elipses como con el que se representan los átomos radiactivos. Tony se arrodilló: boca frente a sexo, y con la nariz hundida en el triángulo de esa selva volvió a sentir que también había desperdiciado el olfato, el gusto y hasta el sentido del equilibrio, pues nunca había estado tan derecho ni tan enhiesto como ahora que la mulata le bailaba en la lengua y, en un instante, Tony se deshizo de la ropa para que al menos no le fallara el sentido de la equidad, pues la mulata estaba no sólo como había venido al mundo, sino como la había mejorado su estancia de 17 años en el mundo.

Tony se acostó sobre la alfombra. Un metro con setenta centímetros de mulata se alzaban sobre él. La sujetó de los tobillos. Ella apretó los pies para presionarle los costados y empezó a bajar al ritmo de unas espirales succionantes que formaban un remolino de tanta fuerza que las nalgas de Tony se separaron de la alfombra haciendo que saliera disparado hacia ella. Y la penetró volando, ingrávido. Y descubrió que la mulata no era recta ni ondulada por adentro, sino con forma de tobogán, y que el amor con ella no era el acto monótono de entrar y salir, sino de girar como un tirabuzón, como un tornillo, como un espín. Y, a las cincuenta vueltas y media, Tony comprendió que no había desperdiciado ninguno de sus sentidos, pues su vida entera quedaba redimida por ese momento en que empujó para cargarse y en que sacó para que lo exprimieran.

V

Con la virulencia que sólo el odio es capaz de desatar, Roque Segal convirtió el asesinato en epidemia: llamarse Tony, parecerse a Tony o, sin motivo, ser tomado por Tony equivalían a una muerte segura, pues Roque, a fuerza de recibir un día tras otro remesas multitudinarias de tonys falsos, perdió la paciencia que había tenido al principio, cuando entrevistó a Benito Correa, y ahora, lejos de conceder a los presuntos tonys una oportunidad individual, los metía al despacho por docenas, los revisaba a golpe de vista y, sin más dilación, los turnaba al matadero. Con el paso de los meses, la mortal epidemia alcanzó tales proporciones que acabó por reflejarse en las primas que las compañías aseguradoras exigían a los antonios y, también, en las prácticas de los ayudantes de Roque, pues a partir de un cierto punto tuvieron que buscar más allá de lo obvio: no por perspicacia, sino porque lo obvio se había acabado. Agotar lo inmediato, hizo que Roque intuyera el tamaño del laberinto de impostores que lo separaba de Tony y, con esta idea, reorganizó la búsqueda. No era fácil

avanzar entre tantas cadenas de suplantadores, pues –por más que bastara con un golpe y en ocasiones con sólo hacer la finta para que los falsos tonys se pusieran a cantar, para que delataran al impostor siguiente, o a los diez o quince que conocían– el encadenamiento resultaba interminable: superior a las fuerzas de Roque, pues él no podía darse el lujo o, mejor dicho, no podía cometer la torpeza que había cometido Tony: desdoblarse en infinidad de suplentes: delegar en otros la tarea de decidir si el Tony encontrado era el Tony buscado: antes de matarlos debía verlos en persona a todos, aunque fuera por un instante.

Poco a poco, Roque fue sospechando la garigoleada geometría del laberinto. La facilidad o resistencia que presentaban los impostores dejaban ver dos clases de cadenas: las fuertes y las débiles, pues unos tonys estaban a la vuelta de la esquina o al alcance de la mano entre los propios ayudantes y otros, en cambio, refundidos en los rincones más apartados del mundo, detrás de ejércitos que los defendían y, para poder pasar de cualquiera de ellos al impostor siguiente, a veces era preciso romper candados de computadora con sofisticadísimos virus.

¿Al final de cuál de aquellas cadenas se hallaba Tony? No necesariamente en alguna de las fuertes, pues, conociendo a Tony, estas podían ser el señuelo y no las débiles. Y tampoco necesariamente en alguna de las débiles, pues también, conociendo a Tony, estas debían de ser una trampa para los suspicaces. Había que recorrerlas todas o, cuando menos, entender su racionalidad. Roque mandó construir un inmenso globo terráqueo en el que figuraban los nombres de cada ciudad, pueblo y ranchería, colocó un alfiler por cada Tony eliminado, ligó los puntos según había ido pasando de un impostor a otro y contrató un equipo de matemáticos y geómetras para que lo ayudaran; pero nadie pudo descubrir la fórmula: en

algunas zonas del globo las ligas dibujaban fractales: el dibujo que servía de marco se reproducía exactamente igual en pequeño; en otras zonas, más bien, las relaciones avanzaban de manera lineal: un alfiler tras otro hasta formar una recta que daba la vuelta al mundo.

Así, la epidemia que primero había cundido en los separos de las delegaciones y luego por toda la República Mexicana se extendió por el planeta: tonys falsos en los cinco continentes eran hallados en barrancos flotando en esteros, el mar los arrojaba a las playas. Al cabo de unos meses, el esfuerzo titánico del odio de Roque hizo que del intrincado laberinto sólo quedaran unos cuantos islotes, unas cuantas células dispersas condenadas a extinguirse solas. Las cadenas estaban prácticamente desmembradas, aunque quién sabe, le decían los matemáticos y los geómetras que no querían arriesgarse a emitir una conclusión apresurada, pues ya sabían el modo como el jefe les hacía pagar los errores: 9.2 de cada diez subalternos habían perdido la vida por cometer una equivocación.

Y no obstante, Roque y Tony ya habían entrado en contacto: uno disfrazado de vikingo, fingiendo ser el Tony de Noruega y el otro, haciéndose pasar por su doble de Marruecos. Porque habían sido ellos, quienes sin saberlo se habían aliado para acabar con el eslabón del Amazonas, y es que, aunque los dos confiaban en que algún día tendrían que hallarse, no podían imaginar que esa situación ya había llegado: según los cálculos del verdadero Tony faltaban muchos impostores todavía y también para Roque, ya que cada nueva pista lo hacía sentir que el laberinto era infinito. ¿Cómo podía adivinar Tony la eficiencia del odio de su enemigo? ¿Cómo podía adivinar Roque el retorno voluntario de su enemigo? Tenían puesta la última careta, estaban detrás de la última apariencia: el puente estaba terminado.

Aquella tarde en Manaus, Tony se olvidó no sólo de las mariposas azules, sino de la urgencia que sentía por recuperar su imperio: la mulata le trastocaba el orden de las metas y la percepción de las prioridades. Por lo pronto, únicamente deseaba estar con ella y que esa sensación de placer volviera a repetirse, pero no luego ni mañana, sino en seguida y no hubo problema, pues la mulata, ya extraordinaria de por sí a causa de su ritmo y enroscada anatomía, había desarrollado el arte de estrujar con la vagina, de cerrarse como las plantas carnívoras de la selva y Tony, que estaba acostumbrado a las obligatorias treguas del amor con su cigarrillo inter batallas, sintió que su deseo de proseguir se le estaba cumpliendo, pues sin interrupciones sobrevino una segunda, una tercera, una cuarta, una quinta, una sexta, una séptima vez y la tarde se volvió noche y luego salió el sol y anocheció de nuevo y Tony –que habría podido seguir indefinidamente por el abismo de los números cardinales vaciándose en la milagrosa mulata– sintió temor: recordó el sacrificio de su doble, la beatitud de los samberos, la devoción de los mercenarios y comprendió que lo que la mulata despertaba realmente no era amor ni pasión, sino un sentimiento que se parecía al fanatismo, al furor suicida de las multitudes que siguen a su profeta al holocausto, que matan por su dios, y por ello Tony, más que forcejear con la mulata, forcejeó consigo mismo, pues ya estaba bien, ya era suficiente: tenía que salirse de ella, salvar lo que le quedaba de calcio en los huesos, lo que le quedaba de sangre en las venas, lo que le quedaba de sus antiguos planes, porque ahora hasta el deseo de recuperar el imperio le parecía lejanísimo.

Y cuando por fin pudo zafarse, apoyar la espalda sobre la cama, respirar un poco, ya la necesitaba de nuevo: se sentía abandonado, lo mordía la nostalgia. Aquello era peor que el fanatismo: eran los síntomas de una adicción feroz. Se acababa de suministrar una sobredosis de placer: estaba seco,

pálido, ojeroso, a un paso del desmayo y, sin embargo, quería más y volvió a subirse en la mulata: ya no podía producir más esperma, ya no podía ni con su alma; pero con las piernas temblando logró sostenerse, con los brazos que se le doblaban logró sostenerse, con el falo a media asta logró penetrarla y vio todo negro. Sobre su campo visual se extendían unos círculos oscuros como gotas de tinta: perdió el conocimiento y la mulata, en cambio, seguía como si nada: lo enlazó con las piernas y lo sacudió contra ella como si fuese un muñeco de trapo. Tony, por instantes, recobraba la conciencia, e igual se descubría en el momento en que aleteaba con los livianos brazos como un gallo inerte, bajo el galope brutal de la mulata que a cada brinco le estrellaba el cráneo contra la cabecera. Quién sabe cuánto tiempo pasó así y, también, quién sabe cuántas veces la autosuficiente mulata alcanzó su meta.

Unos días después, Tony despertó pero no pudo abrir los ojos: tenía inflamados los párpados, los riñones y la próstata; la cabeza curtida de chichones e hipersensible el pene como si se lo hubiesen circuncidado; tenía pelada la piel de la cintura y tan abultado el escroto que daba la impresión de que las nalgas se las habían puesto hacia delante y, sin embargo, su primer impulso fue tantear las sábanas buscando a la mulata que, en efecto, dormía a su lado. Intentó incorporarse; pero descubrió que en cada centímetro cúbico del abdomen sentía un calambre sordo; que todas sus terminales nerviosas se incendiaban y que era preferible no moverse, no recargarse sobre ningún costado ni apoyarse de más sobre la espalda. Sin embargo, era tarde para estas precauciones, porque el dolor había despertado y también la mulata que, imprudentemente, se giró hacia él pasándole la pierna por encima. Tony gritó, más bien, quiso gritar: un suspiro ronco salió de su garganta. Ella retrocedió ofendida: era la primera vez que un hombre se quejaba del peso de su pierna, de la carga de las sábanas y

hasta del aire que agitas con tu respiración, alcanzó a oír con el orgullo herido y se puso de pie para irse, pero al abrir la puerta de la suite se detuvo: la detuvo el ramalazo de la crisis financiera de Brasil: ni a ella le resultaría fácil encontrar en las calles de Manaus a otro hombre capaz de poner a raya a los mercenarios de su antiguo amor. Porque, a su modo, la mulata había amado al doble de Tony y ahora, luego de su sacrificio, hasta se sentía en deuda con él: obligada a dedicarle una buena hornacina en la memoria y a entregarse, de preferencia, a quien se le pareciera. Y como el auténtico Tony se le asemejaba un poco, no como un hermano gemelo claro está, pues entre ellos había mediado el Tony de Marruecos, pero sí como un primo, como un pariente consanguíneo en segundo grado, la mulata decidió quedarse, marcar el teléfono, pedir varios platillos a la carta, unas bolsas de hielo, unos analgésicos, jalea real de abejas africanas y una docena de pomadas desinflamatorias.

Más suave que la piel de las mejillas era la gamuza de los senos: inclinada, ingrávida, casi volando le extendió las cataplasmas sobre el cuerpo. Tony sintió que de ahí en adelante podía prescindir de cualquier cosa, mas nunca más de la mulata: ella sería su Adelita en la revolución, su Malinche en la conquista, su Josefa en la guerra de independencia, su Carlota en el imperio y la tendría con él en todas las batallas que estaban por venir, porque, en cuanto consiguiera moverse, iría a Noruega a destronar a su doble escandinavo y, luego, a todos los dobles que según sus errados cálculos faltaban todavía.

Porque ya sólo quedaba Roque: durante la semana transcurrida hasta los últimos tonys insulares, los sueltos, los perdidos, los materialmente imposibles de encontrar habían sido asesinados. El globo terráqueo del despacho era una inmensa madeja donde no se podían distinguir ni los océanos, pues también sobre el mar, y no sólo sobre los continentes,

la tupida red que iba de un Tony a otro se había cerrado. Los geómetras y los matemáticos dijeron: De acuerdo con el cálculo infinitesimal, Tony no existe, jefe: hemos agotado el universo de las iteraciones: la ecuación de su venganza está completa y su enemigo no aparece, luego entonces no es real. Y los que dejaron de existir fueron los matemáticos y los geómetras, pues a Roque no le impresionaban los tecnicismos numéricos, ni que le mentaran a Leibnitz y a Newton como la garantía de aquella conclusión: remate estúpido de un fajo de mil páginas atiborradas de ecuaciones: si Tony era matemáticamente inexistente, tanto peor para las matemáticas. Él estaba seguro de que por lo menos había un Tony: el suyo, el de su odio, el culpable de la muerte de Laura, y también otro Tony: su cómplice, aquél con quien se había asociado para hundir el bunker de Brasil: Sé que al menos este existe, dijo, aunque lleve una semana sin dar señales de vida en el correo electrónico.

Benito Correa también había contribuido a la extinción de los tonys. Desde la tarde en que se había presentado en la mansión de los atlantes como el marinero Pablo Jofer, Roque lo protegía: lo consideraba su hermanastro, su gemelo de infortunio e, incluso, había distraído una parte de sus efectivos para montar una sub oficina encargada de rastrear al padrastro de Pablo: al Tony filósofo que con dosis de pesimismo había matado a la otra Laura. La mentira de Correa se había complicado a un grado tal que resultaba imposible detenerla: la maquinaria del asesinato frente a la que vaciló en un principio, ahora, aceitada por la sangre, se movía con enorme eficiencia triturando a cualquiera que cayese en sus fauces. En los calabozos de esta suboficina también resultaba mortal llamarse Tony; ser profesor de filosofía o suscribir algún pensamiento que recordara, aun vagamente, el existencialismo.

Correa, consustancializado con su mentira, se sentía Pablo: el huérfano, el cocinero, la víctima de las filosofías del absurdo.

Qué lejos habían quedado las primeras ejecuciones, cuando los guaruras habían tenido que sostenerle la mano para que no le temblara, para que no se le cayera el arma; ahora, Correa, convertido en un asesino consuetudinario, jalaba sin ningún titubeo el gatillo de la metralleta y una ráfaga cortaba por la mitad a docenas de supuestos padrastros. La eficacia de la suboficina también terminó por repercutir en las compañías de seguros, haciendo que incluyeran la profesión de filósofo entre los oficios de alto riesgo, pues colegios completos de filosofía eran hallados en el canal del desagüe: los profesores flotando junto con sus manuales de moda y los estudiantes, con sus sueños estancados de transformar el mundo.

Los libros de filosofía se empolvaban en las librerías, la matrícula de las escuelas y facultades disminuyó estrepitosamente, las materias de filosofía desaparecieron de los planes de estudio. En los cafés y en las cantinas, los parroquianos hablaban de fútbol o de telenovelas con tal de que no se les descubriera filosofando. En todo el país, el miedo a ser castigado hizo que la población eludiera los llamados «temas profundos», que escrupulosa y sistemáticamente descerebrara las conversaciones o, al menos, que todos hicieran un denodado esfuerzo por disimular, por hacer que las pláticas parecieran charlas banales y ramplonas: sólo así se salvaba la vida, sólo así se pasaba inadvertido frente a los guaruras que peinaban el territorio mexicano con la misión de encontrar al padrastro de Pablo.

Correa dejó de temer por su vida: Roque lo trataba afectuosamente usando un cálido «nosotros»: Porque nosotros, le decía, nosotros los huérfanos no debemos rendirnos. No te puedes cansar ahora, mira –y le mostraba el globo terráqueo erizado de alfileres– estoy convencido de que nos falta poco,

y Correa chasqueaba la boca con una sonrisa triste, porque luego de los primeros cincuenta asesinatos ya no le resultaba fácil entender el hilo de continuidad entre su pasado y su presente: la conexión entre ese hombre que había sido cuando intentó suicidarse, y este que ahora empuñaba una metralleta y era tratado como jefe de una suboficina de narcotraficantes empeñados en localizar al inexistente padrastro de un marinero de mentiras. No te desanimes, insistía Roque, ¿quieres más recursos? ¿Quieres un mapa de la República para que marques tus progresos? Y Correa respondía que no, que era preferible que cada quien usara sus propios métodos. Y para levantarle la moral, Roque mandó traer un montón de mujeres: una **V** rubia, una **V** morena, una **V** albina y cuatro pelirrojas; ordenó que las colocaran en hamacas, que se construyera una réplica fiel de la cocina de un buque y que en el muro se empotrara un televisor circular para que Pablo no sintiera nostalgia ni por su claraboya.

Pero los arreglos en la mansión de los atlantes terminaron de confundir a Correa, que no se reconocía en aquellos salones atravesados con hamacas y por el deambular desnudo de las prostitutas que iban y venían entre las marmitas y los costales de legumbres. ¿Qué hacía él ahí, en ese sitio de usos múltiples, que según fuese el ángulo podía ser un serrallo de odaliscas, un rastro especializado en ultimar filósofos o una cocina a la deriva?, pues Roque, en su afán de complacerlo, también había ordenado que se instalaran bajo el suelo unos gatos hidráulicos que producían un bamboleo como de barco y Correa, que de marinero no tenía ni un tatuaje, se la pasaba mareado y vomitando sobre las putas y los cadáveres.

Al influjo de aquellas circunstancias, Correa se olvidó de sí mismo, pues, cuando no tenía delante un contingente de filósofos que reclamaba su atención, alguna **V**, deseosa de desquitar su paga para que le prolongaran el contrato, se ponía en

una hamaca y desde ahí gritaba: Ven papacito, que don Roque me dijo lo que necesitas. Correa se acercaba obediente y –aunque prefería el sofá, la alfombra o hasta el escritorio sobre el que se extendía el mapa de la República donde figuraban sus progresos– se metía a la hamaca y qué dificultad, qué de maromas para no caerse, pues en la práctica, aquella ocurrencia de la hamaca hacía que el erotismo fuese un fiasco: tenía que doblarse antianatómicamente hasta quedar convexo para alcanzar a la prostituta o mantenerse con los pies en el piso y, entonces, los bordes de la hamaca le raspaban la entrepierna hasta llagársela: qué falso era aquel cuento del **MWMWM** y, sin embargo, tampoco en este asunto podía haber marcha atrás, pues a Roque no le bastaba con los asesinatos para admitir la historia del marinero huérfano, también era preciso que Benito Correa fornicara a la Pablo Jofer.

Aquellos meses de homicidios y viajes, discusiones con geómetras y alfileres en el globo terráqueo, habían erosionado la entereza de Roque: su odio original ahora manoseado por todos, conocido por todos, financiado con los dineros de unas arcas inagotables, era menos genuino: de materia prima saturada había pasado a convertirse en un producto adulterado; de ser la fuerza que arrastraba su vida, únicamente su vida y toda su vida, era el objetivo de una empresa transnacional con junta de administración, directores regionales, representantes por país, jefes de división, de departamento y hasta de área, pues, aunque Roque, celoso de su poder, seguía siendo el único con facultades decisorias en el organigrama, la administración de su odio había desarrollado una burocracia de alcances planetarios, frente a la que el aparato de producción, distribución y venta de enervantes era un departamentito insignificante.

Qué fácil había sido conservar intacto su odio durante los 20 años en que vivió confinado, cuando cada hora estaba bajo su

exclusivo control y había conseguido hacer de su vida un sello que estampaba sobre cada día para que todos los días fuesen idénticos. Qué diferencia ahora que contaba con un ejército transnacional de matones para llevar a cabo su venganza y, paradójicamente, sólo tenía para refrescarse la memoria, para atemperar su odio, un único recurso: frecuentar a Correa o, mejor dicho, a Pablo Jofer, pues sólo Pablo le recordaba el odio genuino del huérfano. Pero también el odio de Pablo se había debilitado, también a él la burocracia de la suboficina le había restado ímpetu, pensaba Roque y decidió reconstruirle la vieja circunstancia: ponerlo en su cocina, rodearlo de hamacas y de putas, que sintiera el puerto, que volviera a extasiarse frente a la claraboya para que fuera otra vez el odiador de antes.

Pero de nada servían las reformas en la mansión: Pablo no daba muestras de odiar más: al contrario, parecía reconciliado con la vida, entretenido con las putas, feliz sobre las hamacas y, cada vez más distante del odio, porque una cosa era estar dispuesto a todo con tal de mantenerse vivo, dispuesto a exterminar a cuanto filósofo hubiera en México o acostarse con cuanta **V** le llevaran, y otra odiar, porque el odio no se improvisa, no se puede fingir como la amistad o el amor y tampoco puede aprenderse de los demás ya que todos lo ocultan; se siente o no se siente y Correa no lo sentía.

Así, con la esperanza de refrendar su odio en el espejo, Roque visitaba a Pablo y, aunque ciertamente no conseguía nada de él, terminaba animándose: auto-entusiasmándose con sus incitaciones al odio que le permitían regresar, como nuevo, al laberinto de los tonys y las juntas con los matemáticos y los geómetras. Porque, de no haber sido por estas entrevistas de Roque con Roque a través de Correa, Roque se habría rendido ante las contundentes conclusiones del cálculo infinitesimal, porque los matemáticos y los geómetras tenían

razón: toda la razón, pero habían elegido un mal momento para emitir su dictamen: un día en el que el desteñido odio de Roque, avivado como una brasa de carbón por las palabras, había emocionado incluso a Correa que hasta lamentó no tener un padrastro que odiar. Ni un padrastro, ni una madre con un árbol en el pecho. Porque a Benito Correa, con la metralleta humeante entre las manos, le dolía no ser Pablo, no tener un motivo, un motivo menos ruin que salvar el pellejo para seguir asesinando filósofos: ¿qué le habían hecho esos hombres en su mayoría retraídos, en su mayoría petulantes, en su minoría de talento, para bloquear con sus despojos el canal del desagüe?

Qué ganas de ser Pablo, se decía, para mirar hacia un pasado de aventuras navieras, para proyectar un futuro más allá de la venganza y para chapalear sin congojas en ese presente sangriento. Correa bajó la metralleta, se tumbó en una hamaca, hizo una seña para que se llevaran los cadáveres, otra para que la **V** albina se acercara y, con los dedos manchados de pólvora, le oscureció las cejas, y con los dedos manchados de sangre le pintó la boca, y con los dedos, donde estaban sus auténticas huellas digitales, las que lo delataban como Benito Correa, la recorrió como sólo Pablo Jofer lo hubiera hecho. El blanco cuerpo de la albina, donde hasta las axilas resultaban canosas, se enrojeció. Una cascada de pequeños mordiscos iba magullándola centímetro a centímetro, haciendo que el blanco lechoso de su piel se volviera rosa. Primero, rosa pálido, luego rojo intenso y, finalmente, de un morado profundo en el que se clavó Correa. La **V** albina parecía una mujer extraterrestre: morada la piel, plateado el cabello, los ojos en blanco y unos gemidos que prolongaban una J seca que le subía del vientre: Qué bueno es ser Pablo, se dijo Correa, mientras se consubtancializaba con su mentira.

Tony se fue desinflamando por los efectos de la miel de abeja y, cuando al fin pudo separar los párpados, propuso un trato a la mulata: hacer el amor menos constantemente, menos rabiosamente y suspenderlo cuando él dijera «basta». Ella convino a condición de que sus honorarios no se vieran mermados, porque su tarifa era por hora y los días se cobraban completos hubiera o no trabajo. Pues hoy no habrá, le dijo Tony y le tendió un cheque.

Tony tenía el campo visual reducido a una raya, una delgadísima rebanada de luz le entraba por los ojos y recordó a don Sushi: eso era lo que veía el viejo japonés: prácticamente nada, y por eso vivía en una alerta paranoica constante: mirando así era imposible que los enemigos entraran a foco; había que suponerlos, deducirlos, descubrirlos a priori, adelantarse a ellos, nunca esperar a que apareciesen en el campo de visión porque entonces sería demasiado tarde. Pero, ¿cómo preverlos? Para forzarse al máximo, Tony cerró los ojos: si él había eliminado ya dos impostores sin el apoyo de la organización, ¿cuántos habría eliminado Roque disponiendo de toda la fuerza corporativa? Por un instante, Tony vislumbró en la pantalla de su fuero interno la verdad: el puente que conectaba con su imperio estaba terminado: entre él y Roque ya no había intermediarios: el Tony de Noruega era pura ilusión: sin lugar a dudas se trataba de Roque. Por supuesto, por algo en la pandilla lo apodábamos «el vikingo huérfano», recordó.

Tras el asesinato de los matemáticos y los geómetras, Roque conoció las paradojas del poder: la impotencia de los dictadores absolutos, porque si decía que faltaban cien tonys, sus ayudantes repetían que faltaban cien tonys, y se los llevaban; si se le ocurría declarar que faltaban siete y medio, el coro repetía que faltaban siete y medio y, ese mismo día, siete tonys completos y un Tony demediado estaban listos para

aceptar pacíficamente su suerte. Porque no todos los chivos expiatorios se defendían ni berreaban al ser presentados en la mansión de los atlantes: muchos iban ya tan torturados que, lejos de ver en Roque a un verdugo sanguinario, veían a un eutanasiador bondadoso, y otros había también, que llegaban voluntariamente a contratarse de víctimas con tal de que la organización procurara algún sustento a sus deudos.

En esas condiciones, Roque comprendió que no podía fiarse de nadie: ni de quienes estaban dispuestos a todo con tal de no morir, ni de quienes estaban dispuestos a morir con tal de obtener una partecita del todo. Los matemáticos y los geómetras se habían portado, al menos, mejor que Galileo, pues por temeridad o valentía habían sido los últimos en oponérsele y ahí estaban las pruebas: millares de ecuaciones que respaldaban la tesis de la inexistencia de Tony. Roque sintió curiosidad por el grueso fajo de páginas; pero los corchetes de las diferenciales, las cifras de 52 dígitos a la derecha del punto y, hasta algunas operaciones de simple aritmética eran un misterio para él: lo único legible en medio de ese tráfago de números era la conclusión: «Tony no existe». ¿En qué medida ese resultado podía ser cierto? No en su sentido literal, obviamente, pues el odio de Roque era fundamental y nada que pudiera socavarlo le parecía admisible; pero, ¿no habría otra manera de leer esa conclusión? Tal vez, dijo Correa, alguno de los filósofos que me están esperando pueda ayudarte. Y la sugerencia fue atinada: un lógico de la ciencia, tras estudiar el abigarrado informe, descubrió un error: los matemáticos y los geómetras habían considerado únicamente el universo de los tonys falsos y este universo, en efecto, estaba agotado: ya no existían más tonys de esta clase; pero ello no significaba que el Tony de a deveras no anduviera todavía por ahí. Roque sonrió complacido: si ya no existían más tonys en el laberinto, entonces el Tony de Marruecos tenía que ser el suyo.

VI

¿Cómo se encuentran los que se buscan? Los que no se buscan se encuentran por casualidad: la suerte los hace coincidir en una esquina o los reúne en un elevador: los pone a cada uno en una ruta que en apariencia no contempla cruzarse con la otra; pero que avanza fatalmente para desembocar en el sitio y en el instante al que llegan puntuales los que no se buscan: nadie podrá explicar jamás la demora o la vuelta impensada que nos arroja al llamado encuentro inesperado. Los que se buscan, en cambio, tienen que ponerse de acuerdo: conciertan una cita, revisan su agenda, proponen un punto para la reunión y hacen todo lo conducente para acudir a tiempo. Los que se buscan sustituyen el azar por la voluntad y sólo cuando las cosas salen de maravilla consiguen encontrarse. Pero, ¿qué ocurre con aquellos que, como Roque y Tony, se buscan para asesinarse? A estos no les funcionan ni el azar ni la cita, pues, el azar es eso: una recóndita oportunidad que bien podría no presentarse nunca, y las citas para matarse, los duelos, hoy por hoy resultan demasiado inocentes ante la extendida práctica

de la traición y la emboscada. A los enemigos a muerte sólo les queda el recurso de la cacería: ubicar al enemigo, estudiar sus pasos y elegir el momento para caerle encima.

Tony sabía que Roque operaba desde la mansión de los atlantes y Roque, muy pronto, descubrió no únicamente que el último cheque expedido por Tony había sido cobrado en Manaus, sino el número de la habitación que ocupaba en el hotel con la mulata y hasta el nombre de los desinflamatorios que había tenido que aplicarse en el cuerpo. La organización tenía ojos y sobre todo manos para atrapar a quien fuese en cualquier punto del planeta; sin embargo, Roque no podía encargar a ninguno de sus esbirros la captura de Tony, pues hasta sus más fieles servidores, al fin y al cabo asalariados, lo traicionarían en cuanto el desembolso de su enemigo superase el suyo.

Es más, Tony supo que Roque ya estaba informado de su paradero a través del mismo espía que había informado a Roque y, un minuto más tarde, Roque supo que Tony ya sabía que él sabía. Aquella situación les hizo comprender que ninguno de los dos conseguiría moverse sin que el otro se enterase de inmediato y que esas habrían de ser las reglas de su juego a muerte. Roque ordenó que le prepararan el avión para ir a Brasil, al tiempo en que Tony alquilaba un jet para volar a México. Sin embargo, ninguno abordó su aeronave, ya que al tener noticia de los planes del otro, ambos decidieron esperar a que el enemigo llegase. Al saber que el otro no había abandonado su lugar de origen, cada uno subió a su avión, pero a los pocos minutos del despegue las nuevas noticias hicieron que ambos regresaran a tierra.

Cansados de despegar y aterrizar, tanto Tony como Roque decidieron hacer, en el último momento, lo contrario de lo que declaraban: No voy a Manaus equivalía a sí ir a Manaus; pero esta estratagema resultó peor, pues aunque al principio permitió que los aviones de ambos cobraran altura y tomaran

su curso, minutos más tarde, con los oídos tapados, los enemigos volvían a tierra, y el colmo fue cuando los dos aviones, como en las piruetas aéreas, comenzaron a describir círculos perpendiculares a la pista, pues los pilotos, ya también hartos de tanta contraorden, decidieron mantenerse en una rueda que a cada tanto rozaba la tangente de la pista.

La avidez por conocer los movimientos del enemigo generó, como era de esperarse, los informes falsos: Roque recibió una lluvia de mentiras acerca de Tony, y a su vez, Tony pagó una millonada por un alud de patrañas acerca de Roque. Todos los destinos posibles figuraban en los informes: desde Alaska y Groenlandia hasta la Costa de Marfil, pasando por las Islas Marquesas, las Islas Baleares, el Perú, Kenia o Egipto. Según los soplones, Tony estaba por arribar simultáneamente en 50 aeropuertos y Roque, otro tanto. El formidable sistema de información: oportuno, veraz e instantáneo devino, como era lógico, en un mar de desinformación donde igual hacían su agosto las infidencias más imaginativas que las menos ocurrentes. Al cabo de unos días, tanto Tony como Roque, ahogados por los mensajes, comprendieron que podían moverse con absoluta libertad, pues así como uno ya no creía en nada, tampoco el otro.

El dinero que entró a Manaus por concepto de los soplones volvió a reactivar la economía: los botones y las recamareras se volvían propietarios de los hoteles; los cajeros de los bancos pasaban a ser inversionistas cada que la mulata de Tony cobraba algún cheque y, hasta aquellos empleados de las sucursales bancarias en las que Tony no tenía cuenta alguna se les veía prosperar inexplicablemente. Todo Manaus volvió a revivir: el clima de esperanza y alegría hizo que resurgieran con nuevos bríos los *boites*, que renovaran sus coreografías, que otra vez se abrieran las compuertas de la cachaza y que hasta el Amazonas fuera más caudaloso.

Roque, desesperado ante las distintas versiones que minuto a minuto recibía, decidió, contra el 97 por ciento de los informes, volar a Manaus: ir a comprobar por sí mismo si Tony seguía o no en aquella ciudad, en aquel hotel, y llegó por la tarde con cuarenta guaruras hasta la cama donde su enemigo había pasado la convalecencia de los excesos del amor: las sábanas eran un sudario donde la silueta de Tony había quedado impresa: un lamparón de pomadas y miel sobre el que Roque descargó su furia, porque Tony no estaba y porque era verdad lo que decía el 3 por ciento de los soplones, que se había cruzado con su enemigo en el aire.

A esas mismas horas, Tony se encontraba en México, en la mansión de los atlantes, adonde había llegado con la mulata y con los mercenarios brasileños que, tras acabar con los guardias de Roque, se lanzaron sobre las putas que había en las hamacas. Tony recorría sorprendido sus antiguos dominios: no lograba reconocer su despacho: ¿qué hacía ahí esa esfera gigantesca plagada de ligas y alfileres? ¿Por qué el suelo del salón se bamboleaba? ¿Qué hacían esos peroles y esos costales de patatas sembrados en el piso? Mandó que arrasaran con todo y, cuando el globo terráqueo se quebró como un huevo, apareció Correa. ¿Lo matamos?, preguntaron a Tony, y el dedo pulgar de Tony apuntó hacia arriba: Prefiero primero interrogarlo.

Correa reconoció inmediatamente a Tony: por sus manos habían pasado las fotos que Roque enviaba a todo el mundo y, por primera vez, no supo qué decir: Tony había sido siempre un maestro en el arte de la mentira y ahora, seguramente estaba harto de la imaginería de los soplones. Soy Benito Correa, dijo decidido a jugarse todo a la carta de la verdad. Tony lo miró indiferente y Correa volvió a decir su nombre como si fuese una fórmula mágica de valor extraordinario. Muy bien, dijo Tony, eres Benito Correa, ¿y eso qué? Que es mi nombre

auténtico, afirmó esperando algún beneficio de aquella confesión. Pero Tony levantó los hombros: lo que él quería saber era el paradero de Roque, la razón de esos absurdos cambios en su despacho y qué hacía ahí Benito Correa o como te llames. Intenté suicidarme, dijo y Tony levantó los hombros en actitud de desdén.

Una vez más su vida verdadera no lo salvaba. ¿A quién podían importar las razones por las que había ingerido medio kilogramo de barbitúricos y, más aún, la mediocridad pálida de su vida auténtica? Soy el único en quien Roque confía, dijo Correa tras un largo silencio. Roque está convencido de que soy un huérfano como él. La mirada de Tony se afiló: aquella sí era una verdad valiosa, confirmada por las putas y respaldada por las modificaciones en la mansión. ¿Y a cambio de qué me ayudarías a cazar a Roque? A cambio de lo suficiente para tener la vida que deseo. Tony sonrió: cualquier suma era lo de menos.

Un momento después, Roque leyó en la pantalla de su computadora un escueto mensaje firmado por Pablo Jofer: Encontré y maté, por fin, a mi padrastro. Quería que lo supieras. ¿Y eso es todo el anzuelo?, preguntó Tony. Correa afirmó con la cabeza y, ciertamente, a los pocos minutos una extensa felicitación aparecía en la computadora de la sub oficina de búsqueda. Roque quería saber qué se sentía materializar el más grande, el más profundo de los anhelos y pedía a Pablo que se encontraran en la Ciudad de México, en la casa secreta de San Ángel, a donde llegaré mañana, porque en Manaus nada me retiene.

Mañana era un plazo perfecto para preparar la emboscada. A Tony le sonó como la mejor de todas las distancias, le sonó a futuro tangible y, de inmediato, se trasladó a San Ángel con sus hombres; los ocultó estratégicamente, les dijo lo que tenían que hacer y, al mirar su reloj, eran apenas las once de la

noche. Correa fumaba sentado a una mesa. Tony se tumbó en una poltrona. Mañana, pese a su perfección, aún quedaba demasiado lejos. Miró su reloj, el segundero parecía quieto. ¿Por qué intentaste suicidarte?, preguntó al fin Tony. Correa soltó el humo: Es una historia que no tiene importancia. Tony insistió: Servirá para pasar el rato.

Hace varios años, al entrar a mi departamento, comenzó Correa, no me extrañó no encontrar a mi esposa: era costumbre que los jueves se le hiciese tarde. Encendí el televisor para esperarla, me quedé dormido y, cuando al día siguiente abrí los ojos, ella aún no había regresado. Era la primera vez que eso ocurría y llamé a la casa de sus padres, a la de sus amigas, a su oficina; pero no sabían nada. Preocupado, decidí ir a buscarla, pero al salir del edificio, ella llegaba: ¿Dónde has estado?, le pregunté entre ofendido y contento. Ella contestó: Luego te digo, y sin más explicaciones siguió de largo hasta la cama adonde la alcancé con la misma pregunta, pero ya indignado. No quiso responderme: estaba rendida, tengo sueño, hablamos después, ¿sí? Y me dio la espalda. Sentí el impulso de echarme sobre ella, de zarandearla bajo el chorro de la regadera; pero me contuve: di un portazo y me fui.

Maquinalmente llegué a mi oficina: era un día como cualquier otro con la agenda repleta, por mi despacho habría de desfilar una docena de personas que llevaban semanas pidiéndome una cita; crucé la sala de espera: todavía no llegaba nadie. Qué bueno, pensé, tendría unos minutos para meditar mis problemas. La mañana avanzó sin que se presentara nadie y, sin darme cuenta, me había pasado el día imaginando escenas de infidelidad. Tan concentrado estaba en los asuntos de mi vida íntima que no presté atención al inusual hecho de que todo el mundo me hubiese dejado plantado sin hacer siquiera una llamada telefónica; tampoco me importó el olvido

de mi secretaria, pues el café, que varias veces le pedí, jamás llegó. Sólo hacia las tres de la tarde, cuando ya con retraso me iba a una comida en la que habría de cerrar un importantísimo negocio, supe que mi secretaria se había ido sin recordarme la cita y sin decirme nada. Mi disgusto conyugal asomó, entonces, convertido en un coraje de oficina del que tampoco pude desquitarme, pues el jefe de personal, que en el escalafón quedaba a varios escritorios por debajo del mío, no quiso o no pudo recibirme. Yo tenía prisa por acudir al restorán donde, pese a la reservación, otras personas ocupaban mi mesa. Tampoco se presentaron mis invitados y, sólo una hora después, cuando hubo mesas de sobra, pude tomar asiento. No me ofrecieron el menú ni me llevaron a la mesa el maldito vaso de agua que necesitaba urgentemente, pues de tanta contrariedad se me había secado la boca.

Salí del restorán prometiéndome no volver nunca y, como si todavía me faltara otro disgusto, el encargado de los autos desapareció con mi boleto y no hubo modo, por más que alcé la voz y amenacé, de recuperar mi automóvil. No me hicieron caso; ni ahí, ni en la policía, ni en la aseguradora. Abatido y ya en la madrugada, regresé caminando a mi departamento, pues para colmo de colmos, el taxi que abordé se detuvo varias veces a levantar otros pasajeros a quienes llevó a las direcciones que le decían, sin que mis protestas desviaran el taxi hacia mi domicilio y, por supuesto, al entrar a mi casa tampoco había llegado mi esposa. Decidí esperarla para aclarar de una vez por todas su conducta, pero, como con el resto de las personas, también la esperé de balde: no volvió por la mañana, ni al día siguiente, sino luego de un mes, de un mes terrible en el que el mundo entero parecía haberse confabulado en mi contra y, para entonces, yo ya no tenía fuerzas para reclamarle nada. Porque no fue únicamente ella quien comenzó a comportarse como si yo no existiese, sino

todas las personas con las que entraba en contacto: igual en mi oficina, de la que muy pronto me despidieron por no saber manejar a mis subalternos, que en la cola de los bancos o los cines donde todos me brincaban. Hasta en mi propia familia, donde por muchos años había sido el sostén económico, el hijo predilecto, el hermano mayor, comenzaron a ninguneame y un día, por fin, pude hablar con mi esposa. Su respuesta terminó de aplastarme: Es que no te das a respetar, me dijo y se quedó dormida.

Perdí completamente la confianza en mí mismo. No es que antes hubiese sido un hombre cien por ciento seguro, de esos a quienes basta con una mirada para que todo se enderece y marche; pero tenía mi aplomo, un carácter como el de cualquiera: podía imponer mis opiniones o aceptar las ideas de los otros. Era medianamente respetado.

Al principio levanté la voz y empujé; un día sacudí a mi esposa y le dije que nos divorciáramos. Ella se echó a reír, no había manera de recuperar su respeto ni el de nadie: ¿Y cómo vas a mantenerte?, dijo burlona, mientras se arreglaba el peinado para irse a un baile. Y era verdad, desde que me despidieron, me pasaba los días en las agencias de empleos, donde lo común era la negativa: la negativa y el trato humillante.

Tuve que rogar mucho para conseguir finalmente un empleo en la misma oficina donde había sido subdirector: un puestecito para ir de escritorio en escritorio repartiendo la correspondencia y haciendo mandados, porque eso fue lo que me dieron y acepté mi suerte: la saña de quienes habían estado bajo mis órdenes y, sobre todo, la de mi ex secretaria que demostró una agudeza para la crueldad que yo jamás había sospechado.

Así, pasó el tiempo y lo que al principio me había mantenido: la esperanza de recuperarme, de volver a ser alguien, dio paso a un único deseo: ahorrar lo suficiente para alquilar un

ataúd y para conseguir mi propia acta de defunción, porque ya para entonces no quería dar molestias a nadie...

El traqueteo de las metralletas regresó a Correa y a Tony al presente: estaban asaltando la casa de San Ángel: los guaruras de Roque disparaban contra los mercenarios de Tony y estos a su vez repelían desde las ventanas el ataque. Los vidrios reventaban, los marcos de madera saltaban en pedazos, los muros se iban poniendo cacarizos como si una súbita viruela se apoderase de ellos y abajo, en el jardín, las hojas de los árboles estallaban en el aire y hasta las ramas más gruesas caían tronchadas.

Había balas en todas direcciones que tejían un infierno de muerte, pues no sólo iban de afuera hacia adentro o de adentro hacia afuera, sino también de afuera hacia afuera y de adentro hacia adentro, porque los bandos estaban mezclados por toda la casa. Y es que Roque no acababa de llegar, sino que estaba ahí, oculto con sus hombres, desde antes de que a Tony se le hubiera ocurrido montarle la emboscada e, incluso, desde antes de recibir de Pablo la falsa noticia de que había eliminado a su padrastro.

Disparar y cubrirse, disparar y correr, disparar y caer, esas eran las instrucciones y, en medio de la reyerta, todos las cumplieron, pues disparaban todos contra todos y se cubrían con los cadáveres y caían muertos. En unos minutos, el pasto del jardín, la alfombra de las habitaciones, la azotea y, sobre todo, el sótano, estaban encharcados de sangre, charcos de varios centímetros de altura que obligaban a los heridos que yacían boca abajo, a elegir entre morir ahogados en su propia sangre o levantar la frente y recibir una bala en la cabeza.

Gritos, quejidos, ráfagas de ametralladora, insultos y roncos estertores hicieron una sinfonía cuyo *allegro* vivísimo duró media hora. Media hora intensa de fuego cruzado que paulatinamente fue amainando hasta que tronó un último

disparo: pareció el último, porque marcó el comienzo de un silencio larguísimo que se extendió como la prueba de que no había sobrevivido nadie. Correa y Tony estaban inmóviles. Había sido un acierto elegir esa habitación sin ventanas para pasar la noche. Correa pegó el oído al muro; hizo un gesto de que no oía nada. Tony sonrió y, tras unos minutos, ambos empezaron a quitar el armario, la poltrona, la mesa, las sillas, todo con lo que habían bloqueado la puerta. Con el revólver empuñado, Tony abrió: la neblina de la pólvora iluminada por la luz del amanecer era cuanto se erguía en esa casa sembrada de cuerpos. Pisó un cadáver, luego otro, había suficientes como para salir sin embarrarse los zapatos. Y ante ellos, tras la nube de pólvora que disipaban con su respiración, estaba Roque. Roque ileso, con una faja de cartuchos de dinamita en la cintura y apuntándoles también con un revólver.

Por fin, luego de tantos años, estaban frente a frente: Tony ya no se parecía a sí mismo: entre este y los retratos hablados que Roque recordaba no había un solo rasgo en común, era como si el tiempo lo hubiera cambiado hasta de raza. Roque, en cambio, seguía idéntico: la misma expresión infantil, el azul de esos ojos titubeantes: era el loco de siempre. Por un momento, ninguno dijo nada: Roque, contra lo que había imaginado, no sintió un odio real: la pasión de toda su vida había quedado hueca: Tony le resultaba indiferente; desvió la vista hacia Correa buscando algo en lo cual inspirarse; pero Benito Correa, como de costumbre, olía a miedo, no a odio. No es así como esperaba encontrarte, dijo. Tampoco yo, respondió Tony reparando en el mecanismo que hacía de Roque una bomba humana y añadió: No hay para qué matarnos. Te equivocas, para ti sería muy fácil seguir. También para ti existen muchas lauras. Correa había dado un paso atrás, los viejos enemigos lo ignoraron. ¿Lauras?, dijo Roque, Laura era mi madre. ¿Cómo puedes seguir con eso? Laura

fue una mujer como cualquiera que elegimos para el asalto. No, ella era mi madre, rugió Roque queriendo convencerse y se fue contra Tony.

Benito Correa ganó el jardín, ganó la calle, corrió una cuadra y escuchó la explosión: centenares de vidrios de todo el vecindario saltaron en añicos. Cayó de rodillas, de la casa de seguridad de San Ángel y de las construcciones aledañas no quedaba nada: un hueco enorme rodeado de llamas. En medio de su aturdimiento se abrió paso una sola sensación: Qué maravilla era estar vivo. Vivo entre la gente, porque en un instante la calle se volvió un hormiguero de personas que no sabían qué hacer, que corrían de un lado al otro. Qué maravilla estar a cuatro patas, firmemente apoyado sobre la realidad, porque eso era la realidad: el duro pavimento, la evidencia del duro pavimento, la intemperie. Estaba vivo y a salvo, libre de Roque y de Tony.

Ante Correa se detuvo un lujoso automóvil, dos de los narcotraficantes de la suboficina de búsqueda que él había comandado bajaron: se le hizo un hueco en el estómago, pero no, no hay ningún motivo para que se alarme don Benito –le dijeron con la misma voz reverencial con la que se dirigían a Roque y a Tony–, pero será mejor que nos vayamos. Por primera vez lo llamaban por su nombre y le decían «don». ¿Don Benito?, repitió Correa extrañado. Sí, don Benito Correa, respondieron ellos con naturalidad, mientras le abrían la portezuela del automóvil que salió como bólido contra y entre las ambulancias y los bomberos que en esos momentos iban llegando con sus sirenas a todo sonar.

Y Correa vio por la ventanilla que la gente corría hacia el incendio, que árboles y postes corrían hacia el incendio y, ya en la autopista, que los letreros que señalaban la ruta hacia la mansión de los atlantes también corrían hacia el incendio. ¿Sería verdad que todo marchaba al holocausto, menos él?

Una sonrisa le iluminó el rostro. Él era el único que había sobrevivido. De los hombres con mando sólo quedaba él. El resto eran soldados rasos, matones nuevos que desconocían los números de las cuentas bancarias y el abecé del negocio, pues entre Roque y Tony habían desmantelado el imperio. Sobre el gusto de estar vivo se acumuló la sospecha de que había heredado el poder: si eso resultaba cierto, no sólo podría respirar, sino respirar a sus anchas, y sus anchas no tendrían límite ninguno.

En la mansión de los atlantes encontró la respuesta: no sólo la mulata de Tony se derritió al verlo y lo llamó don Benito, sino que en la computadora del despacho estaba la certificación de su poder, la certificación y la lascadura de su omnipotencia, pues junto con las felicitaciones que cada capo le había enviado por ser el nuevo jefe del cartel mexicano, estaban también las peticiones de don Jordi, los deseos de don Williams, las demandas de don Baruch: lo que querían todos a cambio de admitirlo en el olimpo de los narcotraficantes. Y Correa pensó que estaba bien, que esas tajadas no le iban a bajar los pisos al rascacielos de su júbilo pues, aunque le quitaran los bancos y los buques, los garitos y los laboratorios, y cuanto le pedían, aun así le quedaba más de lo suficiente para comprar personas y países, aun así no habría sólo un sueño, por inconmensurable que fuera, que no pudiese realizar. Lo que quieran, escribió en la pantalla de la computadora y de un teclazo estableció la paz y las nuevas fronteras de su encogido imperio.

¿A ver quién se atrevía a ningunearlo ahora? ¿A ver quién volvía a quitarle el gusto de vivir? Y para festejar –no la adquisición del poder, sino la vida, esa nueva vida– se encerró con la mulata, porque en los labios de aquella hija del esmero de los dioses se oía mejor que en ningún otro lambiscón su nombre, y ella lo llamó «don Benito» de trescientas maneras

distintas y bailó exclusivamente para él su danza multidimensional y, también, exclusivamente para él, subió y bajó sus caderas hipnóticas.

Fueron seis meses los que necesitó Correa para servirse en bandeja de plata todos los sueños, para curarse del deseo de lo que solamente existe para unos cuantos en el mundo, y un día volvió, volvió insatisfecho a la mansión de los atlantes, pues, aunque había recorrido de cabo a rabo las rutas del placer en el presente y el futuro pintaba igual de viable, no había conseguido mejorar su pasado: esa estación de su vida seguía como siempre doliéndole, pesándole. Y descubrió lo obvio: que el poder, cuando es lo suficientemente grande, sirve para vengarse y que la venganza es la manera de ir al pasado a repararlo: compró la empresa donde había sido subdirector y mandadero. La compró con todo y personal, y ordenó a su antigua secretaria: Tráigame un café, y el café estuvo listo inmediatamente, como a él le gustaba: ni tibio ni hirviendo, sino a 62 grados exactos y a 23 centímetros de su mano derecha. Y cuando la secretaria entró al privado, Correa experimentó un placer más intenso que el que le provocaba la mulata, pues, aunque parezca mentira, el verdadero mundo donde Correa quería mandar era en ése, en el microcosmos donde unas dificultades insignificantes le habían perforado el hígado y partido el alma. El poder absoluto del narcotráfico se volvía tangible para él, no por permitirle desquiciar un país o exterminar, como ya lo había hecho, a todos los filósofos mexicanos, sino al permitirle reparar los pequeños asuntos insolubles de la que había sido su vida. Y no hubo un solo mesero que no lo atendiera, ni nadie que le ganara el sitio para estacionarse, ni un compañero de oficina que ostentara como propio su trabajo, ni un pariente que osara arrebatarle la palabra subiendo el volumen de la voz. Como un dios reparó las fallas de su universo desplegando

un poderío desmedido: un huracán de seis matones se encargaba de su secretaria; un terremoto de quinientos guaruras ocupó la empresa; doce limusinas artilladas vigilaban el sitio que había elegido para estacionarse.

Ya sólo le faltaba reparar su mundito doméstico para enmendar todo el pasado y entregarse al futuro sin ningún pendiente; pero no encontraba a su esposa. Otra vez nadie pudo o nadie quiso decirle dónde andaba. Había decidido no cometer los errores de Roque pidiendo que se la llevaran. ¿Para qué poner una vez más a prueba la eficacia de la organización y condenar sus días a la penosa tarea de entrevistar a centenares de mujeres que tuvieran la desgracia de parecerse a su esposa? Resultaba más sencillo, y sobre todo más placentero, esperar en el departamento a que su esposa volviese por sí misma como era su costumbre: qué sorpresa iba a darle. Esperar era grato, las horas muertas se las llenaba la mulata y podía repasar lo extraña y milagrosa que había sido su vida en los últimos meses. Necesitaba tiempo para reflexionar: no terminaba de entender que la historia inventada en los separos hubiese sido cierta, que Tony, Roque y Laura hubiesen existido realmente y, menos, que todas las posibilidades infinitas estuviesen abiertas para él. Esperar en ese miserable departamento, sabiéndose todopoderoso, lo hacía sentir la alegría en bruto: eso era el paraíso: visitar como un dios la Tierra.

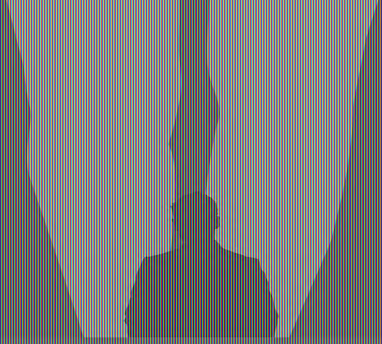
Y pasó casi un mes antes de que su esposa regresara. Ella metió la llave en la cerradura como era su costumbre, empujó la puerta como era su costumbre y no pudo arrojar el saco sobre la silla de la entrada, como era su costumbre, porque un hedor a materia podrida salió a recibirla y tuvo que cubrirse la boca. Conteniendo el asco, abrió las ventanas de la sala para limpiar el aire, miró que sobre el sofá de los recados había unos papeles: una nota manuscrita de su esposo y un

documento con firmas y sellos oficiales. La fetidez venía de la habitación: todo estaba en penumbras, olía a muchos kilos de carne descompuesta, apretó el saco contra la cara, corrió las cortinas, corrió el ventanal y al girarse, ahí sobre la cama, encontró a Correa, pero no con la mulata ni con su séquito de guaruras, sino solo y metido en un cajón de muerto. Leyó la carta de despedida, leyó el acta de defunción, vio los frascos de barbitúricos vacíos y se acercó a la caja: su esposo estaba ahí y, a pesar de las burdas capas de maquillaje, tenía el rostro completamente negro y, pese al estado de descomposición, una luminosa sonrisa donde podía leerse el triunfo. Quedó horrorizada. Benito nunca había mostrado esa expresión de éxito y de júbilo. Dio un paso atrás: no entendió, no entendería nunca que para aquellos a quienes la muerte alcanza dormidos, leyendo o en estado de coma, lo último que sueñan está fabricado de la misma materia que la vida.

Índice

I	9
II	39
III	61
IV	85
V	107
VI	121

La vida de un muerto
Se imprimió en el mes de octubre de 2026
en Editorial Arte
Caracas, Venezuela
Son 1000 ejemplares



· Colección Continentes ·

Concebida originalmente para recoger l
producción narrativa venezolana y latinoam
de todos los tiempos, Continentes se ha a
para incluir también la obra de los narrado
representativos de otras regiones del mundo

· Otros títulos publicados en esta co

Cuentos completos
Gustavo Díaz Solís

El mar que me regalas
Jorge Rodríguez

Trilogía de Caracas
José Negrón

No todos los cíclopes nacen ciegos
Sol Linares



• Colección Continentes •

La vida de un muerto condensa una vertiginosa persecución policíaca donde la paranoia, el deseo, el destino y los límites de los personajes alcanzan a cuestionar la propia condición humana. Con una prosa sutil, culta y llena de giros inesperados, la obra cautiva al lector al combinar el rigor del *thriller* con la elegancia de una alegoría existencial. La trama parte de un hombre que, decidido a dejar este mundo de manera meticulosa y sin causar molestias, termina en fantásticas circunstancias donde lo uno y lo múltiple dejará de ser un tema ontológico para convertirse en un hecho material. El autor, filósofo por demás, utiliza esta paradoja a fin de imaginar cómo una individualidad tiende a ramificarse al límite de la despersonalización. Tal desvarío abre las puertas a un laberinto insólito.

9 789800 125939

IMPRESO EN TIEMPOS DE GUERRA ECONÓMICA CONTRA VENEZUELA

MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Ministerio del Poder Popular para la CULTURA